

CSI:

max allan collins

ola de calor



Lectulandia

El jefe del crimen Kurt Wallace se esfuerza por mantener su inmenso imperio, hasta que unas balas dan fin a su vida. Su muerte pone en marcha el duro enfrentamiento por apoderarse del control de sus negocios ilegales en Miami. Los agentes del CSI de Caine deben reunir las pruebas para descubrir quién es el responsable del crimen que todo Miami podría haber cometido.

Lectulandia

Max Allan Collins

Ola de calor

C.S.I.: C.S.I. Miami - 2

ePub r1.0

Titivillus 07.12.15

Título original: *Heat wave*
Max Allan Collins, 2004
Traducción: Esther Roig Giménez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para nuestros amigos,
Ed y Steph Keenan...
una banda de dos

Quiero agradecer a mi ayudante, Matthew V. Clemens, su trabajo de investigación forense y de coautor de la trama. Otros agradecimientos aparecen al final de la novela.

M.A.C.

*Hay más en el cielo y en la tierra,
Horatio, de lo que se sueña en tu filosofía.*
WILLIAM SHAKESPEARE,
Hamlet, Acto I

*Todos nos dábamos cuenta de que estábamos sentados sobre un barril de dinamita
sin posibilidad de conocer la longitud de la mecha.*
ELIOT NESS

Sé rápido, pero sin prisas.
JOHN WOODEN,
exentrenador de baloncesto
de la UCLA

1

Aviso de tormenta

Olas aceradas azotaban la playa, golpeando con fuerza al romper, bajo un cielo gris y engañosamente plácido, presagio de la tormenta que se fraguaba más allá del horizonte. Era una época del año fresca para la zona de Miami, pero algo desagradable se acercaba. Algo caliente; y no era el tiempo.

Aquí y allí los hoteles vacíos parecían grandes lápidas, como si la ciudad estuviera convirtiéndose poco a poco en un cementerio, aunque el resto del perfil de la ciudad recibía al Atlántico con centelleante optimismo. Esa noche, el océano no parecía convencido, y se movía como una figura encapuchada de negro con guadaña, la amenaza de tormenta inminente crecía a cada minuto y la bienvenida de neón de Miami Beach resultaba más forzada a medida que el cielo pasaba del gris al carbón y después a una casi negrura.

En Ocean Drive, con sólo la fina franja esmeralda de Lummus Park entre el cemento y el agua agitada, los coches pasaban en su habitual y lento desfile mientras la hilera de hoteles art déco, bien iluminados, invadían el cielo oscurecido con su vibrante geometría rosa-azul-amarillo. Algún escaparate de la hilera de tiendas estaba a oscuras, huecos en la sonrisa comercial de la calle, la fuerte competencia de South Beach que aniquilaba a los débiles. Con todo, a pesar de los relámpagos estroboscópicos que se vislumbraban en el mar, se respiraba un ambiente festivo.

Aquello era Miami Beach, al fin y al cabo, y había una reputación que mantener; no necesariamente una buena reputación, pero sí una reputación irresistible para los jóvenes de todas las edades.

Centenares de peatones, la mayoría turistas, paseaban arriba y abajo por la acera occidental, estudiando las cartas de los restaurantes, incitados por bonitas azafatas de cuerpos macizos y ombligos al aire que pregonaban sus restaurantes y hoteles (todos los «mejores» en aquel paseo pastel).

En todas las paradas, los peatones eran ensordecidos con música vibrante que salía de distintos sistemas de sonido, con tanta facilidad como salía el alcohol de los bares de South Beach. Del Tides salía música *jazz*; del Breakwater, reggae; soul clásico del Leslie, y así sucesivamente siguiendo la hilera, y las únicas pausas para los mirones eran los locales vacíos de los clubes rivales cerrados.

En el Archer Hotel —un edificio de tres pisos, blanco, con adornos verde menta y rosa—, tanto el bar de la planta baja como el restaurante de la terraza estaban repletos de clientes que no parecían nada alterados por lo que el cielo pudiera depararles. Los altavoces último modelo vociferaban rock de los sesenta y una cola de potenciales clientes esperaba en la acera, cerca de las azafatas, igual de ajenos a la tormenta que

avanzaba hacia la costa.

El trueno lejano se perdió entre los bajos a todo volumen del Spencer Davis Group, que desgarraba *Gimme Some Lovin'*. Por todas partes, los clientes movían los pies siguiendo el conocido y pegadizo ritmo, mientras otros lo seguían repicando con los cubiertos sobre la mesa, acompañando la batería. Sin embargo, los cuatro hombres sentados a una mesa cuadrada del extremo sur del porche, al aire libre, no parecían escuchar la música en absoluto.

A Kurt Wallace, de espaldas a la ventana que daba al bar de la planta baja, no se le pasaba por la cabeza la posibilidad de que pudieran dispararle.

Estaba sentado frente a Ocean Drive y tenía a un hombre corpulento y bien trajeado sentado a cada lado; eran guardias de seguridad que trabajaban para él desde hacía años. A su derecha, Cummings, con la nariz chafada, vigilaba la calle. A la izquierda de Wallace, Stevens vigilaba el restaurante, y su cabeza de perro guardián se movía de un lado a otro como si no tuviera cuello.

Un tercer guardaespaldas, Anthony, estaba en el bar, pero él también era un antiguo empleado, y Wallace confiaba en el corpulento exfutbolista (un defensa, por supuesto) para que le vigilara las espaldas. Los trajes hechos a medida del pequeño contingente de seguridad —el de Anthony era negro, el de Cummings era marrón y el de Stevens de rayas grises— los ayudaban a encajar en la vida nocturna de Miami Beach; aquellos cortes tan caros disimulaban que iban fuertemente armados.

Una de las mejores sastrerías de la ciudad se encargaba de vestir a los hombres de Wallace; en cuanto al jefe, esa noche había elegido un traje de Armani, cortado especialmente para él.

Alto, con el pelo negro rizado salpicado de gris, Wallace era guapo y lo sabía. Lo que podría haber sido una belleza masculina convencional —la nariz recta y larga era absolutamente perpendicular a la línea de la boca, por ejemplo— tenía un punto, gracias a los ojos marrón oscuro, que siempre parecía insinuar enfado o crueldad, o ambas cosas, dependiendo de la luz, el ángulo y, por supuesto, de su estado de ánimo. Unas espesas pestañas oscuras acentuaban sus cambios de expresión.

Con el asesinato de Peter Venici a principios de año, Wallace se había reafirmado como el nuevo padrone del crimen organizado en Miami. Wallace quizás había soñado y planeado aquel ascenso hasta la cima desde hacía una década pero, en aquel momento, el hombre de negocios americano que por fin había desplazado al jefe de la mafia siciliana dudaba de si matar a Venici habría valido la pena.

Aunque controlaba los muelles, los sindicatos, la prostitución y casi todo el juego ilegal, Kurt Wallace estaba enfrentado constantemente con las bandas juveniles, que últimamente se habían convertido en minicárteles, y le habían robado parte del negocio de la droga. Los más preocupantes eran los Culebras, el grupo de cubanoamericanos de segunda y tercera generación, antes al mando de Juan *el Patán* Padillo.

Que al tal Padillo, conocido en ciertos círculos como Johnny *el Holgazán*, lo

había hecho desaparecer Venici no era ningún secreto, y Wallace creyó que los Culebras serían un nuevo aliado cuando hubiese eliminado al jefe del crimen.

No fue así.

El nuevo jefe de los Culebras, Antonio Mendoza, parecía odiar más a Wallace que a Venici. Que Wallace hubiera traicionado a Venici —por mucho que despreciara al jefe de la mafia de la vieja escuela— hacía de Wallace un traidor para Mendoza. ¿Es que esos jóvenes matones no entendían cómo funcionaba el negocio? ¿Que de vez en cuando era inevitable un golpe de mano hostil?

Los Culebras no eran los únicos que se entrometían en el comercio de la droga de Wallace; la lista era tristemente larga: los Mitus, de Colombia; los Faucones, cuya sede estaba en Little Haiti; los Trenches, que habían tomado el nombre del famoso barrio de Kingston; y hasta esos monstruos neonazis del norte del estado... Todos intentaban servirse una tajada de la *pizza* de Venici.

Wallace se preguntaba si, de haber sabido que iba a ser tan complicado, se habría decidido a eliminar a Venici.

¿A quién quería engañar? Sabía perfectamente la respuesta: por supuesto que lo habría hecho.

Kurt Wallace podía parecer un figurín esclavo de la moda, pero en el fondo era un luchador, y no tenía intención de dejar que nadie se entrometiera y le dividiera su territorio.

Era por eso por lo que esa noche cenaba en el Archer Hotel con Sonny Spencer. De hecho, la situación actual era la única razón que podía imaginar por la que había considerado la posibilidad de sentarse con alguien tan baboso como Spencer.

Spencer era un representante de lo que ahora se denominaba Dixie Mafia. La americana blanca sobre una camiseta de color pastel y vaqueros ponía en evidencia que Spencer creía que Miami Vice era lo último.

Qué palurdo...

El rubio neonazi estaba sentado frente a Wallace, con los ojos azules fijos en un ceño que sin duda suponía que le daba un aire endurecido, cuando sólo le hacía parecer miope. Es verdad que era lugarteniente —y sobrino— de Billy Joe Spencer, jefe de la banda con quien Wallace esperaba cerrar un trato... pero Spencer no era precisamente el mejor ni el más listo de su banda.

Sin embargo, había que tener en cuenta que Sonny Spencer había consentido en acudir solo y que se había sentado de espaldas a la concurrida calle. Por otro lado, la aparente falta de precauciones de Spencer reflejaba algo de lo que tanto él como Wallace eran conscientes: el joven Spencer no tenía nada que temer de Kurt Wallace.

La verdad era que en aquel momento Wallace necesitaba a todos los aliados que pudiera reunir en una guerra que parecía caerle encima con la misma inexorabilidad que la tormenta inminente que se acercaba a la costa.

Por ese motivo, los dos competidores entre los que no había ningún afecto que perder se sentaron para una cena que los dos esperaban que terminara en un acuerdo

de paz que permitiera a las dos partes no sólo sobrevivir, sino también prosperar en aquel mundo de peligros siempre presentes.

Spencer recogió la carta y dijo:

—En serio, Kurt, vamos a necesitarnos mutuamente cuando todos esos pringados salgan de sus escondites para ir tras lo que es nuestro por derecho.

Kurt Wallace asintió, al mismo tiempo que pensaba cuánto odiaba a aquel mentecato ignorante que tenía delante.

Se preguntó en serio si el precio de la supervivencia no sería demasiado alto si significaba aliarse con los perros miserables que Sonny Spencer representaba. De todos modos, sólo era un negocio, y la primera regla era que no importaba a quién le vendías la mercancía; la segunda era que no importaba con quién hacías negocios. Que aquel autodenominado supermán se obsesionara cuanto quisiera con la raza; el único color que motivaba a Kurt Wallace era el verde...

Y Wallace tenía que hacer algo antes de que los Culebras y otros descubrieran lo tenue que era su posición actual en realidad.

—Y creo que tenemos que empezar con esos niñatos de los Culebras —dijo Spencer.

—No, Sonny —interrumpió Wallace—. No estoy de acuerdo.

Spencer frunció el ceño, como si formar un pensamiento le doliera.

—Empecemos por la cena —dijo Wallace con su sonrisa más encantadora.

La expresión de Sonny se iluminó.

—Me parece muy bien —convino, y centró toda su torturada atención en la carta.

En realidad, aquel idiota tenía razón. Aunque absolutamente todas las facciones del crimen callejero hacían cola para arrebatarse a Wallace alguna de sus posesiones, los Culebras estaban en la primera fila de sus pensamientos.

De alguna forma, al apoderarse de los intereses de Venici, Wallace había heredado la enemistad de los Culebras hacia Venici.

Había sido Venici quien había utilizado a aquel grupo de tiradores retirados de Nueva Jersey para hacer desaparecer a El Patán del planeta, ¡no a Wallace! El grupo de tiradores de Jersey ya estaba deshecho: uno estaba en el otro barrio y los otros dos en la cárcel. Con Venici muerto, el asunto debería estar cerrado.

Además de los Culebras y de la competencia de las bandas, tanto la policía de Miami-Dade como los federales tenían las operaciones de Wallace en el punto de mira. No sólo las drogas —eso era de esperar, caramba—, sino también el juego, la prostitución y todo, desde los préstamos hasta la construcción, todo estaba sometido a un minucioso escrutinio.

Dos policías en concreto le amargaban la vida a Wallace últimamente. Horatio Caine, el supervisor del CSI en Miami-Dade, había atrapado al grupo de tiradores retirados de Jersey, lo que había abierto la veda de la investigación del crimen organizado local.

Peor aún, Jeremy Burnett, agente de la DEA, no paraba de entrometerse en los

negocios de droga de Wallace. Para ayudar y apoyar a esos dos buenos samaritanos estaba Kenneth LaRussa, un fiscal del Estado que imputaba a toda persona de la ciudad a la que pillaran con algo más potente que un frasco de aspirinas en la mano.

Dirigiéndose a Cummings y a Stevens, Wallace dijo:

—Vosotros pedid algo también.

En general los guardaespaldas comían más tarde, pero Wallace se sentía seguro, en medio de la trampa para turistas de South Beach. Sin decir palabra, los dos guardaespaldas cogieron sus cartas.

Wallace cogió la suya y sopesó si podría convencer a Spencer para que se cargara a uno o a los tres agentes del orden en cuestión. Una acción peligrosa pero, si la culpa se la cargaba ese grupo de descontentos del norte del estado, la reacción se centraría en ellos.

Si salía bien, Wallace se quitaría de encima a los agentes y algún día también a los Spencer. Con una pequeña sonrisa, leyó la carta, pensando que todo podía salir bien al fin y al cabo.

Wallace se decidió por un filete de lenguado y miró a Spencer a los ojos.

—Espero que no te importe si pido el chuletón. El pescado no me va mucho — estaba diciendo el rubio.

—Pide lo que quieras... —Wallace frunció el ceño.

—¿Está bien, señor Wallace?

—Sí. Pide lo que quieras, Sonny. Yo invito.

Spencer sonreía golosamente, y estudiaba la carta buscando los precios más altos, pero los ojos de Wallace estaban puestos en la calle.

Acababa de darse cuenta de que algo andaba mal. La música seguía sonando de fondo —Goin' back to Miami—, y por eso no había notado, de entrada, el silencio que reinaba en la calle. Pero, mirando por detrás de Spencer, vio que no pasaban coches frente al hotel. En Ocean Drive los coches eran tan constantes como la propia marea, y no ver tráfico, una ausencia que se extendía hasta la esquina, hacía sonar alarmas en la cabeza de Wallace.

Cummings, percibiendo la alarma de su jefe, miró por encima de su carta, siguiendo el rumbo de la mirada preocupada de Wallace, y advirtió el mismo hecho perturbador. Los dos oyeron el chirrido de neumáticos en el mismo instante... y entonces el tiempo se hizo más lento para Wallace: vio un coche plateado que doblaba la esquina y golpeaba ligeramente un coche aparcado; después seguía a toda velocidad hacia el Archer.

Una parte despegada de su mente observó con fascinación aquel miniespectáculo, y vio con claridad la cabeza y los hombros de un hispano que sobresalían por la ventana del pasajero del coche.

El hombre tenía los ojos marrones y grandes, la piel morena, el pelo negro y rizado («No muy diferente a mí —pensó Wallace— cuando era más joven»), y un bigote tan poblado y negro que Wallace se preguntó si sería falso.

La boca del hombre del coche estaba muy abierta, los dientes a la vista, muy blancos en contraste con la piel y el fondo del cielo oscuro. Parecía gritar algo, pero Wallace no podía entender sus palabras.

A la derecha de Wallace, Cummings gritó algo, pero Kurt tampoco entendió sus palabras —también parecían muy lejanas, en aquel paisaje de ensueño a cámara lenta — y sus ojos permanecieron fijos en el hombre del coche. Vio el brutal AK-47 en las manos oscuras, el cañón apuntando hacia el Archer Hotel Café, el tambor redondo de la recámara colgando como un avispero por debajo del arma, a punto para picar si se le molestaba.

A pesar de que la velocidad del coche balanceaba al asesino, a Wallace los movimientos del hombre le parecían seguros, casi elegantes, como si fuera un bailarín fantasmagórico, con colores tan brillantes como las llamas amarillas y naranjas escupidas por el cañón.

El jefe del crimen oyó los gritos de la gente y vio que sus dos guardaespaldas ya estaban de pie: Stevens buscaba el arma debajo de la americana, mientras Cummings se acercaba a Wallace en un intento fútil de protegerle. Los ojos de Sonny Spencer se abrieron sorprendidos y él también se puso de pie, y sus labios se movían, pero Wallace tampoco pudo oírle. Era como si todos hablaran a la vez a su alrededor, y sin embargo Wallace se sentía inmerso en un vacío de silencio.

Después los labios de Spencer dejaron de moverse y le salieron chorros de sangre carmesí de la boca, que salpicaban el aire mientras él se agitaba, y al caer surgieron flores de color escarlata en su americana blanca deportiva. El brazo fornido de Cummings pasó frente a Wallace, y después volvió atrás mientras el guardaespaldas temblaba y chocaba contra el cristal del restaurante, algo que Wallace presintió más que vio, incapaz de apartar la vista del tirador del coche. El vehículo ya casi había pasado, y los ojos de Wallace seguían fijos en los del asesino.

Todavía atrapado en unos efímeros segundos que parecían largos minutos, Wallace oyó que el arma de Stevens golpeaba el suelo de baldosas al caer el guardaespaldas. El asesino sonrió a Wallace, y surgió una llama del cañón del arma, y Wallace sintió como si le golpearan en el pecho, una vez, dos veces, y después una tercera vez, como si un tipo pesado estuviera golpeándole el pecho con un dedo grueso para dejar claro un argumento.

De repente estaba tirado boca arriba mirando el cielo negro. No tenía ni idea de cómo había acabado así, pero cuando intentó levantarse, no pudo; por mucho que lo intentó, no pudo. Una mano invisible le mantenía tirado sobre el suelo del porche.

Se sintió aliviado por no haber sido malherido; Wallace no sentía dolor, aunque no podía ver nada más que nubes negruzcas... ¡Qué raro! La sonrisa del tirador balanceándose en el espacio por encima de él como una luna creciente. Como Alicia en el país de las maravillas, cuando aquel gato desaparece y deja la sonrisa suspendida...

El olor áspero de la cordita empapaba pesadamente el ambiente y —aunque se

esforzara por discernir los sonidos— lo único que oía Wallace era el eco de miles de tiros. Volvió la cabeza y vio a Anthony boca abajo a su lado, con un limpio agujero en la frente. Anthony había muerto al correr para salvarle.

Qué triste.

Malditos Culebras. Alguien pagaría por esto.

Antonio Mendoza, el sucesor de Padillo en los Culebras, no sólo era más listo que su predecesor, sino mucho más despiadado. Este intento de asesinato llevaba la firma de Mendoza. Cuando Padillo sólo habría intentado apoderarse de una tajada por la fuerza, Mendoza era de los que pensaba que, si eliminaba a Wallace, podía quedarse todo el pastel para él.

Mendoza, Wallace lo sabía, se creía la reencarnación de Tony Montana, el gángster a quien daba vida Al Pacino en la película *Scarface*. Muchos de los miembros de la banda local veían al personaje como un héroe. Wallace, en cambio, despreciaba a cualquiera que no viera que Montana era arrogante y estúpido y, al final, había acabado muerto, agujereado por las balas en un charco de sangre.

Aquél no era el final que Wallace veía para sí mismo. Saldría de aquel intento de asesinato y le enseñaría a Mendoza que no era tan fácil arrebatarle Miami a Kurt Wallace.

Miró otra vez al cielo, inconsciente de que su entendimiento también estaba convirtiendo segundos en minutos, y la primera gota de lluvia cayó y le besó la frente.

La sensación fue como una llamada a despertarse, y Wallace intentó sentarse otra vez. Qué curioso, todavía no podía moverse. Una cara de mujer se cruzó en su campo de visión. Sus labios se movían, aunque Wallace no entendía lo que decía.

Pero era hermosa, un ángel cuyo pelo largo era de un negro brillante que hacía juego con el cielo y los oscuros arcos que oscilaban de un lado a otro, el viento que se acercaba. Los ojos marrones eran grandes y expresaban... ¿Qué era? ¿Alarma? ¿Miedo?

Wallace abrió la boca para decir a aquella transeúnte —comprensiblemente asustada por el tiroteo— que no pasaba nada. Pero tosió y en lugar de palabras le salió una saliva escarlata.

Los ojos de la mujer se abrieron aún más, y el jefe del crimen sintió que se ahogaba. Por primera vez se dio cuenta de que le habían dado. La lluvia empezó a caer con más fuerza, le empapó la cara y sintió frío por todo el cuerpo. La tormenta había llegado rápidamente. Pensó en su esposa, Christina, que le esperaba en casa. Se pondría furiosa.

Finalmente logró hablar, sin dejar de mirar a la atenta belleza:

—Mi... esposa me... me matará.

La cara de la mujer ya no tranquilizaba a Wallace, y cerró los ojos.

Tenía suerte de haber encontrado una esposa tan buena como Christina, que soportaba sus engaños y la clase de negocios que hacía. Esperaba que Christina

entendiera —porque por fin había entendido que la negrura que tenía delante no era el cielo— que él no había querido acabar así.

Con un último frío suspiro, Kurt Wallace expiró.

Metro ochenta y delgado, el teniente Horatio Caine —con pantalones negros de algodón y una cazadora azul del CSI— se inclinó contra el viento mientras iba a buscar su equipo de escenario del crimen al maletero del Hummer. Con el pelo rojizo agitado por el fuerte viento, se preguntó tristemente cuánto daño habría infligido ya la madre naturaleza a aquel escenario del crimen.

La tempestad se adentraba desde el océano, sin nada que le impidiera el paso, rugiendo por Ocean Drive, dejando caer una lluvia que pinchaba como agujas. Preservar el escenario del crimen era imposible en tales condiciones, pero al menos tendría a todo su equipo para controlar los daños.

La experta en armas de fuego del laboratorio, Calleigh Duquesne, se encontró con él en la parte trasera del vehículo. La menuda rubia platino poseía una belleza fría, equilibrada por un carácter cálido; llevaba la gorra del Departamento de Policía de Miami-Dade y el pelo recogido en una larga cola metida por el agujero de la gorra. Cuando Caine abrió el maletero del Hummer, Calleigh sacó su equipo de escenario del crimen y se fue directamente a la calle a buscar todos los casquillos que pudiera encontrar antes de que la lluvia torrencial se los llevara. Lo que Caine apreciaba más de la CSI Duquesne —apodada con cariño Chica Bala por sus colegas— era su pasión por recoger e interpretar las pruebas que pertenecían a su especialidad.

Caine esperaba que se hubiera puesto ladrillos en los bolsillos de la cazadora del CSI, porque si no el viento se la llevaría volando o el agua torrencial la arrastraría a la cloaca.

Un segundo Hummer se paró y, casi antes de que se apagara el motor, Tim Speedle y Eric Delko —también con cazadoras del CSI— estaban de pie junto a Caine, mirando a su supervisor a través del torrente de lluvia.

—¿Qué tenemos, H? —preguntó Speedle, gritando para hacerse oír.

Speedle era el único miembro del equipo que parecía poco afectado por el furioso viento. Su pelo corto y oscuro se apretujaba sobre su cráneo, parecía que no se hubiera afeitado en toda la semana, pero su expresión era despierta y transmitía una aguda inteligencia.

—Un tiroteo desde un coche —dijo Caine, con una mirada de soslayo al escenario del crimen: el Archer Hotel—. Y el tiempo empeorará antes de que empiece a mejorar. Recojamos todo lo que podamos, si no la lluvia lo dejará todo limpio.

—¿Muertos? —preguntó Delko.

Delko, el miembro más nuevo de la brigada, más alto que Speed, tenía unos ojos grandes y despiertos que daban a su cara color café con leche una expresión acaso

sugere de ingenuidad.

Los otros dos CSI se volvieron hacia su Hummer. La especialidad de Delko era recuperar pruebas bajo el agua, y Caine se preguntó lúgubrementes si el tiempo se complicaría tanto que Eric acabaría poniéndose el traje de neopreno antes de terminar el trabajo. La lluvia golpeaba a Caine mientras iba hacia la acera con su equipo de escenario del crimen.

El detective Frank Tripp, parpadeando para protegerse del viento y la humedad, se adelantó al encuentro de Caine.

—Horatio.

Caine le saludó con la cabeza.

—Frank. ¿Es muy malo?

—Ocho muertos, once heridos.

Caine tensó el labio superior.

—¿Cuántos testigos?

—Ooh —exclamó Tripp, inclinando la cabeza—, ¿qué te parece todo South Beach? Incluido Ken LaRussa...

—¿Un fiscal del Estado en un tiroteo? —preguntó Caine—. ¿Podría ser un objetivo?

—No estaba aquí, cenaba en otro restaurante de la calle. Vino corriendo cuando oyó el tiroteo y los gritos.

—¿Dónde está ahora?

—Dentro. Pero tu intuición es correcta, Horatio.

—¿Cómo puede ser?

Tripp gesticuló hacia el restaurante.

—Seguramente fue un asesinato por encargo. Kurt Wallace y tres de sus guardaespaldas han muerto. Otro tipo que estaba sentado con Wallace ha muerto también, sólo que a éste no le reconozco.

—Un lugar público, muchos civiles... No es el estilo de la mafia.

Tripp se encogió de hombros y con el movimiento expulsó gotas de lluvia.

—¿Qué mafia? Hay más de una hoy día... y cada una tiene su estilo.

—Es cierto —dijo Caine tristemente—. ¿Por fin ha llegado, Frank?

—¿Qué ha llegado, Horatio?

—Aquella guerra de bandas que nos temíamos.

Tripp suspiró.

—Si no lo es, se trata de una imitación muy buena.

—¿Has hablado con algún testigo?

Tripp asintió.

—Y todavía me faltan.

—¿Has descubierto algo?

El detective soltó una risa amarga.

—Veinte testigos... ¿Cuántas versiones crees?

—Veinte —contestó Caine encogiéndose de hombros—. Al final, las pruebas nos darán su versión.

—Pero hay algo en lo que sí están todos de acuerdo.

—¿Qué es?

—El vehículo que llevaba al asesino golpeó un coche aparcado en la esquina con Twelfth. Todavía no hemos encontrado al dueño.

—A eso le llamo yo un accidente afortunado; lo comprobaremos. —Caine tocó la manga mojada del detective—. Más vale que me ponga a trabajar antes de que la lluvia se lleve todas las pruebas.

Como se imaginaba, su equipo ya estaba trabajando a marchas forzadas. Cada uno se afanaba con su misión, pero nadie iba con prisas. Trabajar rápidamente, les había enseñado Caine, invocando una antigua regla de entrenador, pero sin prisas. No era un mantra sin sentido: cuando vas con prisas, pasas por alto cosas. No obstante, la lluvia empeoraba y les quedaba poco tiempo. La madre naturaleza hacía de cómplice de un asesino.

Como el tiroteo se había efectuado desde un coche, Calleigh empezó en la esquina y fue peinando la calle en busca de casquillos. Speedle fotografió a las víctimas traspasadas mientras el equipo de emergencias atendía a los heridos. Delko buscó en la fachada del hotel y en los muebles, y Caine tomó fotos y muestras de pintura del coche aparcado que había sido golpeado por el vehículo del asesino.

Sin embargo, al final, la tormenta les venció.

Menos de una hora después, Caine se sacudía el agua en el agujereado bar del Archer, pisando cristales rotos, rodeado por su equipo.

Se habían llevado a los muertos, y habían trasladado a los heridos al South Shore Hospital. Sólo quedaba el equipo de Caine, el detective Tripp, y uno de los testigos... Uno muy especial: el fiscal del Estado Kenneth LaRussa.

El fiscal, de piel olivácea, treinta y tantos años o quizá cuarenta, llevaba el pelo negro largo, cubriéndole las orejas y peinado hacia atrás, al estilo de Pat Riley, el entrenador de baloncesto del Miami Heat. Vestía una camisa blanca, pantalones negros de algodón y mocasines negros con borla. En la camisa blanca tenía una gran mancha roja: no era una herida de bala, sino una mancha de salsa de tomate.

El ambicioso fiscal había aparecido en escena hacía unos años en un puesto de ayudante del fiscal del distrito, y había ascendido hasta su posición actual trabajando mucho y con un índice de condenas ejemplar. Se rumoreaba que su objetivo era ser el próximo senador demócrata de aquel estado mayoritariamente republicano.

Caine no tenía ningún problema con el fiscal LaRussa, ni con sus ambiciones: sin duda, LaRussa había obtenido resultados positivos.

Pero para Caine era un problema que LaRussa esquivara los casos perdidos y los derivara al Estado y, en cambio, se apoderase de los casos más importantes basándose en algún tecnicismo que le permitía imputar al acusado en un tribunal federal. En parte eso significaba que algunos delincuentes cumplieran condenas más largas, lo

que no estaba mal; pero un par de criminales realmente peligrosos habían sido juzgados en el tribunal federal cuando podrían haberlos machacado en los juzgados del Estado.

Por supuesto, LaRussa nunca hablaba de esos casos en sus frecuentes entrevistas en los medios.

Caine indicó al fiscal que le acompañara a un rincón del bar que el tiroteo no había alcanzado. Se situaron junto a una mesa sobre la que una acuarela impresionista de colores pastel que mostraba una puesta de sol marina hacía de contrapunto paradójico al local destrozado.

—Teniente Caine —dijo LaRussa, alargándole la mano. Con la otra se señaló la mancha roja de la camisa—. Perdona mi desaliño, me eché la lasaña encima cuando intenté resguardarme.

Como cualquier buen político, LaRussa tenía una sonrisa fácil que hacía que la gente se sintiera cómoda, así como un apretón de manos fuerte que se suponía que transmitía fuerza pero no despotismo, resolución pero no pesadez: sólo un hombre simpático al que sería agradable conocer.

Caine pensó que el hombre haría mejor en practicar el derecho que el apretón de manos.

—Señor LaRussa —dijo Caine, obviando la disculpa del fiscal—. Me preocupa más este... desaliño.

—Llámame Ken —lo dijo sonriendo, pero después adoptó una estudiada expresión sombría—. Me alegro de saber que tú y tu famoso equipo os ocupáis del caso.

—Te lo agradezco —dijo Caine sin convicción y le indicó la mesa, donde los dos hombres se sentaron.

Una conversación civilizada en una sala convertida en un infierno.

Haciendo un esfuerzo para dirigirse al fiscal por su nombre de pila, el CSI preguntó:

—¿Has visto lo que ha pasado, Ken?

El fiscal meneó la cabeza frunciendo el ceño.

—No, Horatio... Te llamas Horatio, ¿verdad?

—Sí.

—Lo siento, pero no. Estaba con mi esposa y unos amigos, cenando en el Surfsider.

Caine conocía el hotel, otra estructura art déco con un restaurante en el porche, una manzana más abajo.

—Cuando oí los tiros —siguió el fiscal—, salté por encima de la mesa hacia Nance, para meterla debajo. —Chasqueó la lengua de forma lamentable; todo lo que hacía aquel hombre parecía forzado—. Así me manché de lasaña.

—Y Nancy... ¿tu esposa?

—Sí.

—¿Nancy no está herida?

—No, ninguno lo está, gracias a Dios. Sólo dispararon contra el Archer... pero todo el mundo se escondió por si acaso. No sabíamos cuándo ni dónde se detendría el tiroteo.

Caine entrecerró los ojos y sonrió, sólo un poco.

—Me sorprende que oyeras los tiros.

—¿Y eso por qué, Horatio?

—Bueno, Ken, en el Surfsider la música está muy alta, ¿no? Estabas a dos manzanas de distancia.

La cara de LaRussa perdió toda expresión; curiosamente, por fin parecía sincero.

—Horatio..., teniente..., sólo era un novato de diecinueve años cuando invadimos Granada. Pero esta noche he oído el sonido de un AK-47, y te aseguro, teniente, que no es un sonido que se olvide, ni siquiera en la distancia.

Asintiendo con la cabeza, Caine dijo:

—Entonces sabes qué arma se ha utilizado, eso es una ayuda.

—Me alegro de ser útil, pero es lo único que puedo ofrecer. —Se encogió de hombros con artificiosidad—. Como todo el mundo, Nancy, yo y nuestros amigos estábamos detrás de una mesa volcada... esperando a que se acabara el tiroteo.

—¿No habéis visto nada?

LaRussa meneó la cabeza.

—Éramos un puñado de personas asustadas. Yo incluido.

Apreciando el comentario sorprendentemente humano, Caine hizo un gesto de asentimiento.

—¿Y qué hiciste cuando el tiroteo terminó?

LaRussa lo pensó un momento.

—Primero, comprobé si todos estaban ilesos. Es decir, mi esposa y mis amigos.

—Por supuesto. ¿Y después?

—Resulta que estábamos cenando con Brad y Darcy Willis.

El fiscal pronunció los nombres con reverencia, pero para Caine no significaban nada.

—Le dije a Brad que se llevara a Nancy y a Darcy al coche y que volvieran a casa enseguida —siguió LaRussa.

—¿Por qué no te fuiste con ellos?

—Pensé que quizá podría ayudar aquí.

«Y salir un rato por la tele», pensó Caine.

La expresión de Caine debió de traicionarle, porque LaRussa se puso a la defensiva.

—¿No habrías hecho lo mismo, teniente? ¿Como agente de la ley?

—Sí —admitió Caine.

Como si les hubieran oído, los dos primeros periodistas de televisión y sus cámaras aparecieron detrás del perímetro amarillo del escenario del crimen.

Con los ojos puestos en los medios, LaRussa respiró hondo y soltó el aire lentamente.

Reprimiendo una sonrisa, Caine pensó: «No quieres parecer nervioso ahora, ¿verdad, Ken?».

—¿Hemos terminado, Horatio?

Caine reflexionó un instante.

—¿No tienes viajes programados? ¿Por trabajo o vacaciones?

—No. Como testigo, estaré disponible si me necesitas, a la hora que sea.

—Te lo agradezco.

—Gracias, Horatio.

LaRussa se levantó y le ofreció la mano otra vez.

Refunfuñando para sus adentros, Caine se puso de pie y sufrió en silencio otro apretón de manos de Kenneth LaRussa. A continuación el fiscal desapareció por la puerta hecha pedazos del vestíbulo, y Caine se quitó un peso de encima.

El supervisor del CSI notó que había alguien cerca, se volvió y vio a Delko con aspecto nervioso.

—Hola, Eric, ¿tienes algo?

Delko sonrió.

—Tengo algo —contestó.

2

Trabajo sucio

Eric Delko sabía que era una buena idea, y sin embargo le extrañó que a Caine le gustara.

No era que su jefe tendiera a llevarle la contraria. Caine siempre estaba abierto a las sugerencias de los miembros de su equipo. Por otro lado, la fuerza de la personalidad de su líder y su concentrada intensidad a veces tenían un punto intimidatorio que no había animado a Delko a hacerse notar en los primeros meses de trabajo.

Un ceño de desaprobación de Caine era como una bofetada para Delko, que le admiraba muchísimo. Pero Delko, cada vez más, iba dejando atrás aquella sensibilidad de «novato» y planteaba sus puntos de vista. Valía la pena arriesgarse a recibir una mirada de desaprobación de Caine, si también había la posibilidad de oír aquellas estimulantes palabras: «Bien hecho».

Diez minutos después de recibir el visto bueno de Caine, Delko salió del servicio de caballeros del bar con el traje negro de neopreno con las letras MDPD pintadas en amarillo en la espalda. Un hombre saliendo del restaurante de un hotel con un traje de neopreno ya parecería bastante raro, pero Delko había rizado el rizo sustituyendo los pies de pato por unas pesadas botas de goma de bombero.

Caine, reprimiendo una sonrisa, se adelantó y puso una mano en el hombro de Delko. En voz baja le preguntó:

—¿De dónde has sacado esas botas?

—Bueno... Se cayeron de la caja de un camión en un caso de hace seis meses.

—¿Y no has encontrado el momento de devolverlas?

—Exacto.

—Bueno... —dijo Caine, levantando las manos—, no me cuentes nada más porque no quiero ser cómplice. ¿Preparado para bajar y ensuciarte?

—Claro que sí.

Caine hizo un gesto con la cabeza hacia la calle.

—Va a llover más, Eric..., y ya sabes lo rápido que corre el agua abajo. Quedaría mal en mi expediente que se me ahogara un CSI en la cloaca. No me pongas en un aprieto.

—Yo no haría eso, H.

Caine dio una palmadita a Delko en el hombro, un pequeño gesto que hizo sonreír espontáneamente al joven CSI, a pesar de la poco agradable tarea que le esperaba.

Delko fue hacia el Hummer, donde Speedle le esperaba con los guantes, una linterna y herramientas.

—Te van a faltar manos allí abajo —dijo Speed, en un tono forzado—. ¿Quieres compañía?

Teniendo en cuenta las veces que Speed había utilizado su antigüedad para endosarle los peores trabajos, Delko estuvo tentado de aceptar su oferta. Pero finalmente dijo:

—Con uno de los dos basta. Pero te lo agradezco... ¿Has encontrado el cinturón?

Speedle le alargó un cinturón de nailon con suficientes bolsillos para impresionar a Batman, así como una pistolera para la nueve milímetros de Delko y una anilla para la linterna. Delko se ajustó el arma, luego cogió la larga linterna negra y se la colgó en el lugar asignado del cinturón. En un gran bolsillo de la cadera metió el walkie-talkie.

A continuación, Speedle ayudó a Delko a pasarse el hilo por la espalda y colocarse el micro en el cuello del traje de neopreno. Después Delko se colocó un disco plano y negro en la parte exterior de la muñeca izquierda: el Borealis Aqua Pulse, lo último en detectores de metales submarinos. El Borealis estaba equipado con luces rojas, amarillas y verdes, además emitía una vibración de baja frecuencia que avisaba a los submarinistas de que estaban cerca de una pieza de metal.

De todos modos, Delko nunca había utilizado el aparato en una cloaca...

Bueno, con un poco de suerte, el agua sólo le llegaría hasta el extremo superior de las botas. Sin embargo, por si acaso, también se llevaba un detector de metales manual A.J. Greenfield 8X, un aparato de un metro de longitud aproximadamente, con un mango metálico parecido a una muleta para manejarlo con facilidad, y un control del tamaño de una cajetilla de cigarros montado en la barra, que acababa en un aro de unos treinta centímetros de diámetro.

Finalmente, Delko se cargó un saco negro de red, pasando la larga cinta por el hombro derecho, de modo que le colgara sobre la cadera izquierda. Encontrara lo que fuera lo guardaría en bolsas de pruebas y lo metería en el saco.

Los dos hombres caminaron hacia donde Speedle había abierto previamente una tapa de cloaca; unos conos naranja acordonaban la zona. Speed llevaba el detector de metal Greenfield bajo un brazo, una cuerda colgada del hombro y una luz de trabajo halógena en la otra mano, mientras Delko se ponía un par de guantes de látex.

Por encima de ellos el cielo seguía negro y sin estrellas y Delko sentía que el viento le azotaba burlonamente la cara. Se les acababa el tiempo. Hacía bastante que vivía en Miami para saber que el siguiente chubasco no estaba lejos... y nunca se sabía cuánto podía durar la lluvia, o hasta qué punto podía ser fuerte la tormenta...

Mientras se introducía por el agujero, buscando apoyo con las pesadas botas en los peldaños resbaladizos, Delko miró a su compañero.

—Detector de metal, por favor, enfermera.

—Toma, doctor —dijo Speedle, entregándole el aparato.

—¿Está encendido?

—¿No confías en mí? Detectará cualquier cosa que haya aquí abajo.

—¿El Borealis también está encendido?

—En modo Todo Metal.

Speed se agachó, pasó un extremo de la cuerda por el mango de la lámpara halógena y lo ató con un nudo de seguridad. A continuación apretó el interruptor y bajó la lámpara por el agujero, con cuidado, para que no golpeará a Delko, que descendía lentamente por la escalera.

La escalera rechinaba con el peso de las botas de Delko; los peldaños le resbalaban incluso con los guantes de trabajo. Iba bajándolos con cuidado.

—Saluda a Norton de mi parte —gritó Speedle por una abertura que ahora a Delko le parecía muy lejana.

—¿A quién? —preguntó Delko, con una voz que resonaba con un timbre metálico.

Arriba, Speed meneó la cabeza.

—¿No has visto *The Honeymooners*? Vaya vida cultural más triste que has llevado, Eric..., y ¡cuidado con los caimanes albinos!

Se oyó una risotada en los bajos mundos.

—¡Speed, no hay caimanes albinos aquí abajo! ¡Esto es Miami, no Nueva York!

Delko se puso a trabajar, agradeciendo el esmero de su compañero, aunque eso representara cargar con tantos aparatos. El olor allí abajo era una mezcla de basura, orina, excrementos y alcohol. Un CSI tenía que soportar muy malos olores en un escenario del crimen, pero aquella mezcla ponía a prueba la resistencia a las náuseas de Delko. Tragó saliva y respiró por la boca, como había aprendido a hacer en la sala de autopsias.

Saltó del último peldaño provocando una salpicadura y aterrizó en el agua sucia, que le subía hasta los tobillos. Encendió el Greenfield 8X e introdujo el brazo por el mango. La lámpara halógena que Speedle había bajado ofrecía algo de luz, pero no dejaba de balancearse, adelante y atrás, creando sombras en blanco y negro que bailaban en las paredes repletas de tuberías.

Maldiciendo en silencio, Delko sacó la linterna y apretó el interruptor. Con la linterna en la mano izquierda y el detector de metales en la derecha, esperaba no tropezar con uno de los caimanes albinos de Speedle o, ya puestos, una rata hambrienta, en cuyo caso tendría que contentarla con el detector. Se tocó la pistolera con el brazo, sintió el peso tranquilizador del arma... y sonrió pensando que no podía permitir que Speed se le metiera en la cabeza de aquella manera.

Lentamente, balanceó la linterna de un lado a otro. El canal de cemento de la cloaca era más ruidoso de lo que esperaba, y el agua corría a sus pies, resonando al caer por la rejilla, a lo lejos. Aún más lejos oía que el agua tropezaba con algo más. A esta sinfonía hidrocínética, Delko le añadió el sordo zumbido del Greenfield 8X en activo.

Esperaba que el detector de metales le sirviera para encontrar casquillos arrastrados por el agua de la tormenta. Los problemas de esta teoría eran dos:

primero, no podía ver el fondo del canal, debido al agua en movimiento; y segundo, los propios casquillos eran de la medida de un dedo meñique, y si había alguno, seguramente se movía con la corriente.

A menos que hubieran caído en una de las trampas que sabía que el agua ocultaba. Los cestos de metal empotrados estaban pensados para atrapar las piedras y otros detritus que llegaban a las cloacas y que podían atascar los filtros. Esas trampas se escondían bajo el agua para romperle el tobillo, o algo peor...

Por la radio llegó la voz entrecortada de Speedle:

—¿Hasta dónde estás hundido ahí abajo?

—No más que una de tus historias con las chicas. Siento desilusionarte, Speed, pero no hay ningún caimán albino a la vista.

—Paciencia, chico, deja que huelan tu aroma y acudirán enseguida. ¿Has encontrado algo?

—No, acabo de empezar.

Delko balanceó el detector en pequeños arcos planos frente a él. La corriente que alimentaba la espiral mandaba un campo electromagnético que podía detectar cualquier corriente de un campo electromagnético de metal bajo el agua turbia.

Moviéndose despacio, Delko se acercó al desagüe del otro extremo de la manzana. Había avanzado apenas diez metros, metódicamente, cuando el detector de metal que tenía en la mano vibró.

Aquí hay algo... pero ¿qué?

Dibujó arcos más y más pequeños, hasta que estuvo seguro de hallarse encima del objeto. Entonces, equilibrando con cuidado el detector de metales y la linterna en la mano izquierda, sumergió la mano derecha en el agua helada y viscosa y palpó el áspero suelo de cemento del canal.

A través del guante de látex el fondo no sólo parecía frío como el hielo, sino resbaladizo.

¿De quién había sido la idea?

Siguió palpando el fondo, y tocó algo... pero cuando intentó coger aquella cosa, la corriente se la llevó. Era como encontrar una pastilla de jabón en un gran baño de espuma. Aunque no es que hubiera mucho jabón por allí...

La idea de que podía estar allí metido el resto de la noche, buscando quién sabe qué, se consolidó en él como una niebla húmeda y deprimente. Se pasó el detector de metal a la mano derecha y empezó a dibujar arcos de nuevo, pero esta vez en la dirección por la que había venido.

Sólo tardó un par de balanceos en volver a localizar el objeto.

Ahora, en lugar de buscarlo palpando, Delko apagó el Greenfield 8X, encendió el detector de muñeca Borealis, más pequeño, y se pasó la linterna a la mano derecha, junto con el Greenfield. Se agachó con cuidado, y el Borealis se puso a vibrar, comunicándole que seguía encima del objeto.

Cuando sus dedos se cerraron afanosamente sobre él, sacó el objeto a la

superficie, y se alegró de ver que era un casquillo de 7,62 milímetros, del tamaño de los que dispara un AK-47, el arma que según Kenneth LaRussa se había utilizado en el tiroteo.

Delko guardó el casquillo en una bolsa de pruebas, la selló, la metió en el saco y encendió el micro.

—Un casquillo —informó.

La voz de Speedle le llegó nerviosa.

—¿Lo reconoces? ¿O tengo que mandar a Calleigh abajo?

—Ni siquiera ella querría vadear por aquí buscando casquillos. Es de un AK-47.

—LaRussa tenía razón.

—Eso parece. A ver qué más encuentro.

Speedle volvió a hablar en un tono más apremiante.

—No te demores mucho, Eric, está lloviendo otra vez. No deberías estar demasiado tiempo abajo por si llega un torrente repentino.

—Un poco más —contestó Delko, poniéndose de nuevo a buscar.

Había bajado más o menos tres cuartas partes de la manzana, y había recogido un par de casquillos de AK-47 más, cuando notó que el agua empezaba a subir.

Y al iluminar la reja del desagüe, frente a él, vio una cascada de agua de lluvia.

Volvió a oírse la voz de Speedle por la radio. Tenía un tono preocupado, aunque mantuviera la informalidad habitual del CSI.

—Es mejor que lo dejes, submarinista, esto se va a poner muy húmedo.

«Muy listo, Sherlock», pensó Delko, pero reprimió el comentario.

—Enseguida.

Quería apresurarse, pero recordó el mantra de su maestro: Horatio Caine le había dicho mil veces: «Trabaja rápido, pero sin prisas».

Siempre era un buen consejo.

Delko volvió a encender el detector de metal Greenfield y empezó a dibujar arcos en dirección a Eleventh Street. Con un movimiento rápido de la linterna pudo ver que el agua entraba por la rejilla a mayor velocidad, y cuando apuntó hacia sus pies comprobó que el agua le llegaba hasta media pantorrilla.

Dentro de poco las botas se le llenarían de agua.

Siguió adelante hasta que el detector de metales vibró tan fuerte que casi le salió disparado de la mano. Se inclinó, notó el borde de algo profundo... y se dio cuenta de que había estado a punto de tropezar con una maldita trampa de desagüe.

Volvió a agacharse, con la luz y el detector de metales en equilibrio en la mano izquierda, palpó el borde de la trampa, y enseguida descubrió que no era más que una bandeja fabricada a partir de una reja de metal pesado. Repasó el borde cuidadosamente con el detector y calculó que tendría unas dimensiones de sesenta por noventa centímetros.

Aquellas trampas no tenían que ser demasiado grandes, por las rejillas de desagüe no pasaban precisamente coches, sólo agua que arrastraba inevitables desechos.

El problema era que para tirar de la trampa tendría que soltar la linterna y el detector de metales. Speed tenía razón: a Delko le faltaban manos. Se preguntó si sería capaz de quitar la trampa en la oscuridad. Tal vez fuera mejor decirle a Speed que bajara y le echara una mano.

Pero Delko llevaba el único traje de neopreno que tenían, y nunca sometería a Speed a aquella marisma infernal de cemento con ropa de calle, y encima con el peligro de que la lluvia inundara el canal.

De modo que dejó el Greenfield en el suelo, echó un último vistazo a su alrededor para darse ánimos, apagó la linterna y se la guardó cuidadosamente en el cinturón.

La lámpara halógena del otro extremo del túnel ya no le servía para nada, y la lastimosa cantidad de luz que llegaba a su extremo tampoco le servía de mucho. De rodillas, con el agua fría pasándole por encima, golpeándole el pecho, salpicándole la cara, y ahora ya con las botas de bombero descaradamente llenas de aquella encantadora agua turbia, Delko tiró de los bordes de la trampa... pero no logró que se moviera ni un centímetro.

El agua cada vez se le echaba encima con más fuerza. Miró hacia arriba, intentando dominar el pánico. En la calle debía de estar cayendo una tormenta infernal.

Delko buscó los bordes de la trampa, tiró de nuevo y notó que la cesta de metal se movía un poco. Tiró otra vez, pero no hizo ningún progreso. Se agachó, gruñó y tiró con todas sus fuerzas, poniendo a prueba sus bíceps, para liberar la trampa.

El cesto se aflojó con una sacudida y echó a Delko hacia atrás. Su cabeza casi se hundió bajo el torrente de escorrentías, aunque al menos evitó que el contenido de la cesta se vertiera en el agua.

Finalmente Delko recuperó el equilibrio, se ajustó la cesta contra la pierna, sacó la linterna del cinturón y apretó el interruptor.

El cesto era pesado, un amasijo oxidado que no parecía haber sido vaciado desde que Al Capone cumplía condena en Biltmore. Frondas de palmera, porquería, algunas piedras y cuatro casquillos más llenaban el fondo de la cesta. Le habría gustado sacar la cesta a la calle para examinarla, pero no había manera de pasarla por el agujero sin verter el contenido. Y el agua que entraba por la reja también hacía imposible pasarla por allí.

Avanzando con cuidado, se sujetó la linterna debajo de la axila del brazo con que sostenía el cesto contra la pierna y con la mano Ubre sacó los casquillos uno por uno. Haciendo malabarismos, los guardó en una bolsa de pruebas, que metió en el saco.

A continuación, y no fue lo más divertido que había hecho últimamente, Delko pasó la mano entre la porquería hasta que tocó algo sólido.

Con gran sorpresa, sacó un revólver pequeño y plateado.

—¿Cómo habrá llegado esto aquí? —dijo en voz alta, y sus palabras resonaron enfatizando su sorpresa.

Delko embolsó la pistola y la guardó en el saco, y con gusto recolocó la pesada

cesta de metal en el fondo del canal.

Palpando debajo del agua, cada vez más alta, por fin localizó el Greenfield, casi a un metro de distancia de donde lo había dejado. Después empezó a arrastrarse hacia el agujero con el saco lleno de pruebas.

Ya llevaba las botas repletas de agua, y subir la resbaladiza escalera le costó mucho más que bajarla; pero por fin sintió que Speedle le arrancaba el Greenfield de la mano al mismo tiempo que intentaba ayudarle a subir los últimos peldaños.

La lluvia les azotaba la cara, y Speedle parecía un autostopista desaliñado, del tipo que Noé no cogería nunca aunque en el arca le faltara aquella especie.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó Speed, disimulando el alivio con irritación.

Delko se tocó el saco.

—Recogiendo pruebas. Es lo que hacemos, ¿no?

—Mira, lo que he hecho yo ha sido estar aquí, bajo la lluvia, preocupándome por ti. Creo que H estaba a punto de mandarme abajo a buscarte.

—Lástima, Speed. Te habría encantado. Y ¿dónde está Horatio?

Speedle señaló hacia el Archer.

—Sigue en el bar, buscando pruebas.

—¿Calleigh también está?

Asintiendo con la cabeza, Speedle contestó:

—Sí, podrás darle los casquillos... ¿Por qué sonríes? ¿Qué más has encontrado?

—No mucho. Ven a verlo, si quieres..., chico.

—Ya te estás quedando conmigo, ¿eh, Delko?

Delko sonrió.

—Es lo que tienen las cloacas, ¿no?

La lluvia que penetraba por las ventanas rotas había vuelto el suelo de baldosas de la parte frontal del bar peligrosamente resbaladizo. Delko y Speedle se movieron con cuidado para evitar una caída embarazosa.

Delko cogió una silla cercana a una ventana rota, se quitó una bota y la vació fuera: el sonido del agua y las cosas que cayeron con ella le hicieron estremecer.

Luego volvió a ponerse la bota y repitió la acción con la otra.

—Espero que hayas recogido los frutos —dijo Speedle, mirándole con los ojos muy abiertos—. En serio, colega, ¿qué has estado haciendo?

—Ya lo verás.

La pareja de CSI encontró a Caine, a Calleigh y al detective Tripp en un reservado del fondo, apartados de la lluvia.

—Ya empezabas a preocuparme —exclamó Caine, lanzando a Delko una manta de la policía para que se calentara—. ¿Has encontrado algo?

Una por una, Delko sacó las bolsas que había traído. Cada casquillo estaba guardado por separado en su propia bolsa. Las de la trampa estaban juntas en otra bolsa. Por último sacó la bolsa con la pistola plateada.

Esta última la depositó frente a Calleigh, como si ella fuera su novia y el arma un anillo de compromiso.

Ella sonrió soñadoramente al coger la bolsa.

—Eric —dijo ella en su ligero, pero inequívoco, acento sureño—, tú sí sabes cómo volver loca a una chica.

—¿Qué es? —preguntó Caine.

—Es una pistola —contestó Speed.

Caine le dirigió una mirada torva.

—Esperaba una respuesta un poco más específica.

—Eso es cosa de Calleigh —dijo Speed, encogiéndose de hombros.

Caine arqueó las cejas como diciendo: «menuda nohecita».

A la luz del bar, Delko podía ver mejor la pistola; un revólver plateado de cañón chato, con el mango blanco, y la palabra «Valor» grabada en negro, dentro de un círculo negro doble, en el lado izquierdo de la empuñadura. En el lado izquierdo del cañón había la inscripción «Cal 32 S&W lg», y en el derecho se distinguía «Made in Germany», además del metal raspado donde había estado el número de serie.

Con calor, Calleigh dijo:

—Gerstenberger & Eberwein de Gussenstadt.

Delko y Caine la miraron fijamente y Speedle dijo:

—Gesundheit.

Ignorando alegremente a Speed, Calleigh siguió:

—Es un Valor, un revólver de seis balas que dispara, como dice en el cañón, cartuchos del calibre treinta y dos Smith & Wesson, largos.

—Nunca había oído hablar de él —admitió Caine.

—Es normal —dijo Calleigh, con un encogimiento de hombros que los tranquilizó a todos—. Originalmente eran veintidós, pistolas de principiantes.

Caine frunció el ceño.

—¿Pistolas de principiantes?

Ella asintió, y se le balanceó la cola.

—Sí, y después las modificaron. A mediados de los sesenta, aquellos angelitos se importaron de Alemania y se vendieron como Valors... pero los ilegalizaron con la ley de Control de Armas de 1968.

Caine parecía meditar sobre eso mientras Calleigh examinaba más de cerca el arma embolsada.

—El hallazgo de Eric —dijo— no parece que haya estado en la cloaca desde 1968..., o sea, que sin duda es más seguro pensar que es una de las cosas que se venden en Europa.

Los ojos de Caine se endurecieron.

—Y se entran de contrabando en el país.

Ella asintió, alegremente.

—Y se entran de contrabando en el país.

Speedle se rascó la cabeza y le echó una mala mirada.

—¿Cómo sabes estas cosas? Hace treinta y cinco años que esta pistola es ilegal en Estados Unidos, mucho antes de que nacieras, ninguno de nosotros había oído hablar de ella, y mucho menos había visto una, y tú lo sabes todo.

Ella le miró con compasión.

—Es mi trabajo, Tim.

Speed abrió mucho los ojos.

—Vaya, ahora sí que lo tengo claro.

—Pregúntale si sabe quién es Ed Norton —dijo Delko a Speed con una sonrisita.

—Oh, me encanta *The Honeymooners* —exclamó Calleigh.

—Antes de que esto degenera aún más —interrumpió Caine, levantándose—, llevemos los hallazgos de Eric al laboratorio... No sé cómo podrían haber utilizado el revólver en este crimen, pero los casquillos sí, y quiero descubrir lo que sea posible cuanto antes.

Todos asintieron.

Cuando empezaban a salir, Caine levantó una mano en señal de alto y todos se quedaron quietos.

—Chicos —dijo el supervisor—, un tiroteo en South Beach va a levantar mucho alboroto: el alcalde, los medios, el jefe. Todos van a estar encima de nosotros las próximas veinticuatro horas. Por lo tanto, encontremos algo que decirles. Ah, Eric.

—¿Sí?

—Buen trabajo.

Delko sonrió y Speed le dio un golpecito en la espalda. Calleigh le dedicó una de sus encantadoras sonrisas... y un guiño.

A poca gente le había caído bien Kurt Wallace, y menos aún llevaría luto por su muerte; no obstante, después de la desaparición de Peter Venici, Wallace había impedido que las bandas se mataran entre ellas.

La verdad, Horatio lo sabía perfectamente, era que no había muchas personas en la ciudad que se preocuparan por si las bandas se mataban las unas a las otras: lo único que pedían era que no hubiera bajas de civiles en esa guerra. Aquél era un punto de vista que Caine no sólo consideraba cínico, sino inmoral.

Pero aquella noche habían muerto inocentes además de culpables, lo que representaba que la opinión pública se alarmaría. A Caine le parecía una hipocresía, por decirlo suavemente. Sin embargo, haría lo que se esperaba de él.

No quería que muriera nadie más, ni inocentes ni culpables.

A lo mejor estaba anticuado.

Mientras los CSI recogían el equipo y volvían a los Hummer, el detective Tripp se entretuvo un momento con Caine.

El detective se secó la cara con una toalla por enésima vez desde que había salido

fuera, bajo la lluvia, y miró a los ojos al CSI.

—¿Crees que Antonio Mendoza y los Culebras han matado a Wallace?

—Todavía no creo nada.

—¿No?

—Frank, ¿no prefieres esperar a ver qué dicen las pruebas antes de empezar a hablar de esto?

Tripp soltó un bufido.

—¡Demonios, Horatio, no quiero ir a juicio! Sólo te pido tu opinión.

—No estoy seguro de tener ninguna.

—Hagamos como si la tuvieras.

Caine parpadeó sin sonreír.

—El planeta está lleno de gente que odiaba a Kurt Wallace. Mendoza es uno de ellos; Chevalier de los Faucones, otro.

—¿Y los haitianos?

—Entre tantos.

—Bueno, a mí tampoco me caía bien.

Caine sonrió.

—¿Tienes una buena coartada, Frank?

Con otro bufido, Tripp volvió a secarse la frente.

—Wits dice que el tirador era hispano. Eso descarta a los Faucones.

—A menos que lo contrataran. —Caine se encogió de hombros—. También podría ser uno de los de Manny Calisto.

—Los Mitus, sí, esos colgados tampoco amaban precisamente a Wallace. Que Calisto trabajara para él era insultante para ellos y para sus contactos en su ciudad natal.

Caine meneó la cabeza lentamente.

—Demasiados sospechosos, Frank. ¿Ves por qué tenemos que dejar que hablen las pruebas antes de decidir detrás de quién vamos?

—Genial. ¿Qué hacemos mientras tanto?

—¿Te consideras un experto en bandas?

—Lo que acabas de oír es más o menos todo lo que sé.

—Yo también. Y tengo la intención de hablar con alguien que se mueve en este mundo de forma más habitual que nosotros.

Tripp frunció el ceño meditabundo.

—¿En quién piensas?

—En Jeremy Burnett.

—El agente de la DEA —dijo Tripp—. Sí, estaría bien.

—En los últimos años, ha estado en la primera línea de todas las operaciones relacionadas con las bandas. Si alguien sabe quién está metido en qué, Burnett es nuestro hombre.

Tripp pegó una patada a un pedazo de cristal, con aire ausente, y lo arrastró con el

pie.

—Oye, ¿Burnett no formaba parte de la Unidad Especial de Narcóticos? ¿Con Ray?

Raymond era el hermano menor de Caine, y había muerto en un tiroteo durante un robo relacionado con las drogas, hacía tres años.

Caine entendía por qué Tripp parecía reticente a hablar del tema. También sabía por qué Tripp sentía que tenía que hacerlo, aunque se arriesgara a tocar un punto doloroso para Caine.

Muchos policías de Miami —tanto locales como federales— creían que Ray había sido un policía corrupto, un aprovechado que sacaba más droga de la calle esnifándola que confiscándola.

Caine siempre había creído que esos rumores eran mentiras... y el mentiroso que más podía ganar con ellas era un oportunista llamado Chaz, que había sido la fuente de la mayoría de los rumores sobre Ray y las drogas. Caine sabía que su hermano a veces había perdido el rumbo y se había involucrado demasiado en los casos, pero eso no hacía de Ray un mal policía.

Caine hizo un gesto cansado con la cabeza al detective.

—Sí, trabajaron juntos, de vez en cuando.

Tripp no había dicho nunca nada negativo de Ray a Caine, aunque era evidente que el detective había oído los mismos rumores sin confirmar que todos los policías de la ciudad. John Hagen, el antiguo compañero de Ray, compartía el vestuario con Tripp y los demás detectives, y Caine sabía perfectamente que Hagen seguía dudando de la honestidad de Ray.

En realidad, Hagen tampoco confiaba en Caine, como si pensara que lo de ser mal policía viniera de familia; tanto si las acusaciones eran ciertas como si no, para él los dos hermanos tenían que ser corruptos por fuerza.

Lo paradójico era que, cuando Ray estaba vivo, el equilibrio se había inclinado hacia el otro lado, y todos esperaban que el «pequeño» superara la gran reputación de su hermano mayor.

Un poco tenso, Caine preguntó a Tripp:

—¿Por qué lo preguntas?

—Por nada. Es que... pensaba que podía ser un problema, por eso. Con Burnett, me refiero. Él es la personificación del agente honesto, al fin y al cabo.

—Bueno, pues —dijo Caine, esforzándose por ser cortés—, ¿por qué no lo descubrimos? Si me dispensas.

Caine se apartó para tener intimidad y sacó el móvil. Miró el reloj y marcó el número que todavía sabía de memoria, a pesar de no haberlo utilizado desde hacía tiempo.

Al primer timbre oyó una voz de barítono que conocía:

—Burnett.

—Jeremy, soy Horatio Caine; perdona que te llame tan tarde.

—Los escenarios del crimen no tienen horario, y nosotros tampoco. No te preocupes, leía en la cama. ¿En qué puedo ayudarte?

—Esta noche han asesinado a Kurt Wallace.

—¡Vaya por Dios! Espero que no me llames para hacerle el elogio. No creo que a la familia le gustara lo que yo pueda decir.

Caine dejó pasar el humor negro.

—Pensaba que...

—Yo podría decirte quién es el más probable candidato a desear su muerte.

—Bueno, sí.

—¿Tú no eres de los que prefieres que las pruebas te indiquen el camino?

—Lo soy. Pero estaría bien tener un poco de contexto donde situarlas.

—¿Qué necesitas, Horatio?

—Esperaba que pudieras pasar por mi despacho mañana y me dieras tu opinión sobre quién querría matar a Wallace, y de paso me pusieras un poco al día de la actividad de las bandas.

—¿Por qué no me invitas a desayunar?

—Eso está hecho.

—¿Conoces el Lobito's? ¿El café de la esquina de Collins y Marti?

—Claro —contestó Caine.

—Bien. A las ocho, y no lo olvides: tú invitas.

—¿Por qué no me sorprende? —exclamó Caine con una sonrisa, y colgó.

Los federales siempre querían algo gratis, hasta los más honestos.

Y Jeremy Burnett siempre había sido uno de éstos, un trabajador empedernido con un expediente envidiable y una lista formidable de honores.

Posiblemente Burnett era el único hombre de todo el estado que podía ayudar a Caine a mantener a distancia la guerra de bandas que el CSI temía que acabara de declararse aquella noche.

La frialdad de la noche era engañosa, y Caine lo sabía; pronto se calentaría el ambiente. Se calentaría mucho.

3

Burnett caído

Después del anochecer era una institución en Miami Beach desde que Caine podía recordar. El restaurante, antaño familiar y casero, se convirtió en un local abierto las veinticuatro horas cuando el Lobito original falleció, hacía quince años, y sus hijos ampliaron el horario, con lo que especializaron a su clientela sin quererlo.

Como era habitual en Miami Beach, el exterior del Lobito's era una combinación de rosa y verde, con el nombre deletreado en neones parpadeantes que alternaban el dorado y el blanco. Lo que en algún momento había sido elegante ahora parecía exactamente el antro que era; pero así se ahuyentaba a los turistas, que nunca descubrirían lo buena que era la comida, y aquél seguiría siendo un secreto compartido sólo por los lugareños.

Dentro, el suelo de baldosas, que había tenido un color pastel, era de un negro y un gris roñosos. Por sus asientos Naugahyde y la barra y las mesas de fórmica, el local podría haber sido un viaje nostálgico, si no fuera porque la mayor parte de los asientos estaban rasgados y las mesas estaban llenas de manchas y quemaduras de cigarrillos.

Horatio Caine se sentó en un compartimiento del fondo a esperar a Jeremy Burnett, el agente de la DEA, mientras se tomaba su segunda taza de café, y se preguntó por qué no comía allí más a menudo: la comida era buena, a su manera grasienta, y el café le daba a uno un comienzo del día realmente estimulante.

Distraído, miró a un trío de travestidos con minifalda y medias de redecilla, sentados a la mesa siguiente, y puso cara de póquer cuando uno de ellos le pasó a otro un papelito doblado por encima de la mesa.

«Claro —pensó, sonriendo irónicamente para sus adentros—. Ahora recuerdo por qué no como aquí más a menudo».

—Por cierto —dijo por encima del borde de la taza, sin mirarlos—. Soy poli.

Uno de ellos se volvió y dijo:

—Sí, y yo soy Britney la p...

El epíteto murió en la garganta del travestido al ver que Caine le mostraba la placa, todavía sin mirarlos.

Volviéndose hacia la barra, el que estaba más cerca levantó una mano y dijo:

—¡La cuenta, por favor!

Caine no pudo evitar chasquear la lengua.

A las ocho y un minuto, Jeremy Burnett cruzó la puerta con una seguridad y unos andares ágiles que Caine admiró. Alto y delgado, pero dotado de músculos vigorosos, Burnett llevaba el pelo negro corto, con un flequillo que apenas le tocaba la frente.

Las patillas le llegaban a media oreja, pero por lo demás iba pulcramente afeitado.

Como el difunto Kurt Wallace, el agente de la DEA poseía una belleza convencional: la barbilla cuadrada y fuerte, la nariz recta y una sonrisa de labios finos, casi inexistente, que a menudo le hacía parecer afligido, incluso cuando estaba contento.

Aquel día, Burnett llevaba un traje de lino —que hacía un siglo más o menos que estaba de moda en Miami—, camisa blanca y corbata gris, con zapatos negros. Vio a Caine y se acercó a él rápidamente. Se sentó frente al supervisor del CSI.

—Tienes buena cara, Horatio, considerando que ayer seguro que te acostaste tarde.

—Creo que se sobrestima el sueño.

—En nuestro trabajo no hay duda. Tu llamada no fue la última que me mantuvo despierto anoche.

—¿Ah, no?

—Mi jefe, Matthers.

Caine le conocía, era un buen hombre, obstinado y con reputación de buen gestor.

—Vaya.

—Me llamó una hora después que tú, más o menos. Dice que estamos en Código Naranja.

Caine sonrió perezosamente.

—Me temo que no domino la carta de colores federal.

—Bueno, varía de una agencia a otra. Pero Matthers considera esto un principio de guerra de bandas, y como yo me he movido más o menos en la primera línea del cotarro, mi gente y yo estamos en alerta.

—¿Lo que significa...?

Burnett se rió con un gruñido.

—Lo que significa ropa interior Kevlar hasta nuevo aviso.

Vino la camarera, rellenó la taza de café de Caine, ofreció una a Burnett y apuntó el pedido del desayuno.

Caine hacía meses que no se sentaba con Burnett; antes de empezar a hablar de trabajo era necesario ponerse al día.

—¿Cómo está Joanna? —preguntó.

La esposa de Burnett —una morena espectacular— se había portado tan bien con Caine tras la muerte de su hermano como el propio Burnett. No todos le habían apoyado en los tristes días posteriores a la muerte de Ray. Caine siempre valoraría a los Burnett por su amistad en tiempos difíciles.

—Está preciosa —dijo Burnett sonriendo—, pero eso ya lo sabías.

Se encogió de hombros con un gesto teatral; era uno de esos hombres que están realmente enamorados de su esposa pero se avergüenzan un poco de ello, como si no merecieran tanta suerte.

—Ya conoces a Joanie —decía Burnett—, pasa de una causa perdida a otra.

Siempre está ocupada.

—Seguro que no se aburre.

—Eso sí que no, Horatio. Eso sí que no.

Menos cínica que su marido, con los años Joanna se había involucrado en el salvamento de ballenas, manatíes, bibliotecas y alguna planta de pantano que Horatio no conocía de nada; actualmente trabajaba con Hábitat para la Humanidad, una organización benéfica con la que Caine había colaborado.

Mientras esperaban la comida, Burnett fue directo al grano.

—Bueno, a Kurt Wallace lo han quitado de en medio. ¿Crees que la civilización occidental sobrevivirá?

—¿Has visto los periódicos o escuchado las noticias esta mañana?

—No —contestó Burnett—, lo único que sé es lo que me ha dicho Matthers, que ha sido muy poco. Ponme al día, Horatio, por favor.

—Ocho muertos en total. Once heridos, dos de ellos muy graves.

Frunciendo el ceño, Burnett dijo:

—No pueden ser todos hombres de Wallace, a menos que viajara con un pequeño ejército.

—No, sólo tres guardaespaldas y un pringado del norte del estado con quien estaba cenando. Todos ellos ahora residentes en el depósito.

La expresión de Burnett era seria.

—¿El resto eran civiles?

Con un asentimiento lúgubre, Caine sacó una foto de la parte central del escenario del crimen —Wallace y sus compañeros de mesa— y la empujó por encima de la mesa hacia Burnett, que le echó un vistazo.

—Ellos son los blancos evidentes —dijo Caine—. Pero ya sabes lo indiscriminada que es una matanza desde un coche en marcha. Y encima con un AK-47.

Con una expresión angustiada, el agente de la DEA dijo:

—¿Y los heridos?

—Todos civiles, parece, aunque estamos investigándolos a todos.

Burnett tocó la fotografía.

—El rubio es Sonny Spencer, el sobrino de Billy Joe Spencer.

—¿De qué van? ¿Dixie Mafia?

Burnett asintió con la cabeza.

—Tiene lógica: Wallace se aliaba con esos mentecatos neonazis.

—¿Por qué?

—Bueno, entre estas bandas étnicas hay poca tensión racial, por sorprendente que sea: es un puro negocio.

—¿Asimilación del sistema capitalista?

—Claro. Pero ¿los tontos de Spencer? Wallace podía haberlos manipulado no sólo en cuestiones de negocios, sino en plan fascista a la antigua. Mira, todas las demás

bandas estaban contra Wallace, desde que se cargó a Venici.

—¿Conchabadas?

Burnett meneó la cabeza.

—No lo creo. Con tantas rivalidades por el negocio, dudo que fueran capaces de ponerse de acuerdo el tiempo suficiente para cargarse a Wallace... Pero por separado, todas las bandas son el principal sospechoso.

—No es que escaseen.

—No. Cada facción quiere una tajada del pastel de Venici que Wallace se había adjudicado.

Caine entrecerró los ojos, cavilando.

—Veamos, Sonny y Wallace podrían haberse reunido para hablar de una alianza.

—Yo diría que era una reunión preliminar. Sonny era un tonto, o sea, que sólo podía ser un emisario. Al fin y al cabo, se vieron en un lugar público.

—¿Y eso qué te sugiere?

Burnett sonrió con astucia.

—Tú ya te lo imaginas, ¿verdad, Horatio?

Asintiendo lentamente mientras bebía café, Caine pensó en lo que le convenía decir.

—Alguien que sabía dónde estarían Wallace y sus hombres...

—... se lo dijo a los tiradores. Y si no era alguien de su organización, ¿quién?

—¿Los chicos Dixie?

—Es posible, pero de todas las facciones, era la que tenía menos motivos para cargarse a Wallace. ¿Para qué matar a un tipo que va a compartir el pastel contigo?

—No lo sé, Jeremy, ¿quizás un codicioso que quería todo el pastel?

—Bien pensado.

La camarera trajo el desayuno, y los dos callaron un rato mientras comían.

A los pocos minutos, después de apartar su plato, Caine preguntó:

—¿Tienes alguna facción preferida, algún presentimiento fundamentado sobre cuál es más probable que esté detrás de esto?

Burnett masticó un bocado de tostada y se encogió de hombros.

—Bueno, Mendoza y los Culebras son acaso los únicos que podrían cargarse a Wallace y después retener el territorio conquistado.

—O sea, que votas por Mendoza.

Burnett se fregó la barbilla.

—No necesariamente. Mendoza está loco, eso está claro; pero es un loco listo, y es muy consciente de que él es el principal sospechoso si alguien se carga a Wallace.

—¿Lo bastante listo para no hacerlo?

—Bueno, veamos... Lo bastante listo para no cargarse a Wallace en un lugar como el Archer Hotel y matar a civiles y ponerse a sí mismo en el radar del legendario Horatio Caine y su equipo de CSI.

Caine se rió un instante.

—Te agradezco el voto de confianza, Jeremy. Entonces, ¿qué nos queda?

Burnett frunció el ceño, pensando.

—Probablemente, los chiflados de los Meth, no..., no tienen ni el poder ni el dinero, y mucho menos el ánimo.

Caine sonrió a medias.

—Los colgados ya tienen bastante con estar colgados.

—Sí, les lleva mucho tiempo. Yo los descartaría. ¿Chevalier y los Faucones? No creo que tengan los medios para montar algo de tal envergadura. Los testigos han dicho que el tirador era hispano, ¿no?

—Sí.

—Bueno, Chevalier no tendría tratos con un hispano si pudiera evitarlo.

—¿Por racismo?

—No. Lo de siempre, rivalidad empresarial, no hay confianza entre ellos.

Frunciendo el ceño, Caine preguntó:

—¿Qué me dices de Peter Shakespeare y los Trenches?

Burnett empezó a asentir con la cabeza.

—Sin duda, son suficientemente implacables. Pero no creo que Shakespeare desee el jaleo que supone matar a Wallace, sea quien fuere el culpable.

Caine se removió en el asiento y suspiró:

—De acuerdo, Jeremy. No paras de decirme quién podría no haber sido.

—Sólo nos quedan Manny Calisto y los Mitus. A Calisto nunca le cayó bien Venici... y Wallace aún le caía peor.

Con cara de preocupación, Caine preguntó:

—¿Por qué Calisto?

La mirada de Burnett era serena.

—Wallace se consideraba el pez gordo. En cambio la imagen que tiene de sí mismo Calisto es la de mediador; al fin y al cabo, es la gente de Calisto en Colombia la que fabrica la coca. Si Wallace desaparece, y Calisto amplía sus horizontes, de repente la imagen que tiene Calisto de sí mismo mejora.

—El nuevo pez gordo —dijo Caine.

—Es mi intuición. Una intuición fundamentada.

La camarera pasó para rellenar las tazas de café.

Caine tomó un sorbo pensativamente y afirmó, separando bien las palabras:

—Nadie sabe más de esas bandas que tú, Jeremy.

—Yo no diría tanto.

—A ver, dime: ¿la muerte de Wallace desencadenará una guerra de bandas?

—¿Que merezca un Código Naranja? —preguntó Burnett con ironía; se encogió de hombros—. Supongo que dependerá de quién haya matado a Wallace y de lo que las demás bandas creen que pueden o deben hacer. En cierto modo, Horatio, esto es política, al estilo república bananera, y no me refiero a las apariencias.

—¿Quién sale ganando con una guerra de bandas?

Burnett soltó una risa hueca.

—Caramba, los hombres de Wallace podrían empezarla, pensando que no tienen nada que perder.

Caine lo pensó un momento. Después, mirando a su amigo a los ojos, dijo:

—Gracias, Jeremy. Esperemos que las pruebas nos señalen alguna facción. Entonces quizá podamos atajarlo antes de que se desmadre.

—Lo espero de todo corazón. Y si puedo hacer algo por ayudar, sólo tienes que decírmelo.

—Gracias, Jeremy. Sabes que lo haré.

Los ojos del agente de la DEA se endurecieron.

—Oye, hay algo más que deberías saber.

—Siempre deseoso de aprender, Jeremy.

—Anoche, Matthers habló de una unidad especial. Nosotros con Miami-Dade.

Caine pestañeó.

Burnett levantó una mano.

—Lo sé... lo sé. Cada vez que se forma una unidad especial como ésta, asumen el mando los federales. No tengo ningún interés en que esto suceda.

—Bueno, me alegro de saberlo, Jeremy... pero ¿por qué?

La sonrisa de Burnett era torcida.

—Resulta que sé lo buenos que sois, tú y tus hombres, Horatio. Me encanta que os lo carguen a vosotros. Por lo tanto, votaré en contra de la unidad especial.

Asintiendo, Caine dijo:

—Me parece prudente. Creo que podemos lograr más trabajando cada uno por su lado... aunque colaborando.

—Manteniéndonos al día los unos a los otros.

—Te enseño mis cartas —dijo Caine, arqueando una ceja—, si me enseñas las tuyas.

Burnett sonrió y los dos hombres se estrecharon la mano por encima de los restos del desayuno.

Caine se fue con la espada de Damocles de una guerra de bandas inminente sobre su cabeza, pero se sentía mejor sabiendo que Burnett le ayudaría si era necesario.

Con Burnett como recurso —y nadie en el sur de Florida sabía más de bandas y sus actividades que el agente de la DEA—, Caine podría sacar adelante aquella investigación.

Tal vez todavía era posible evitar una guerra a gran escala.

Pero el desayuno de Lobito's, digiriéndose en su estómago, parecía no estar de acuerdo.

Si las paredes de color malva del laboratorio criminal pretendían ser tranquilizadoras, no ejercían ese efecto en Calleigh Duquesne.

A decir verdad, no era consciente de lo que la rodeaba, absorta como estaba en su trabajo, ni enfadada ni estresada, aunque su ceño de concentración pudiera hacer pensar otra cosa a un observador casual.

Estaba sentada en una silla frente al ordenador, con la bata blanca tan impecable como cuando se la había puesto. Con el largo pelo rubio recogido en una cola, Calleigh intentaba comparar los casquillos del escenario del crimen de Wallace con los casquillos de AK-47 en el NIBIN, la Red de Información Balística Integrada Nacional.

Creado en 1997 y supervisado por el ATF, el NIBIN contaba con numerosos éxitos en su historial, incluido uno atribuible a la propia Calleigh. La unidad de expertos en armas de fuego del CSI había relacionado un arma involucrada en el asesinato del ejecutivo hotelero Thomas Lessor en Miami al homicidio sin resolver de un chico de quince años de Nueva Jersey. Aquel hallazgo había sido el primer paso para imputar al grupo de tiradores retirados que —el difunto— Peter Venici había traído del norte.

Ahora tenía otra vez la esperanza de conseguir resultados con la base de datos del ATF...

Tenía muchos casquillos por introducir, los más de cincuenta recogidos en la manzana del tiroteo y el puñado que Eric Delko había sacado de la cloaca. Después de eso empezaría a trabajar con las balas recuperadas de los cuerpos de muertos y heridos y otras encontradas en las paredes del Archer Hotel. También tenía varias balas perdidas en el hotel contiguo y una hallada en el bolso de una mujer que cenaba en el Archer. El bolso se había caído al suelo, junto a su silla.

Todo eso debía hacerlo antes de empezar a mirarse el revólver Valor del calibre treinta y dos que Eric había localizado en su escondite de la cloaca. Ahora Eric estaba buscando huellas en el arma.

No oyó que se abría la puerta, pero presintió algo y levantó la cabeza. Vio a Caine.

—¿Cómo va? —preguntó él con una sonrisa paciente que intentaba transmitir al mismo tiempo una disculpa por interrumpir, satisfacción por su trabajo y una curiosidad innata.

Ella le dedicó una sonrisa menos compleja y dijo:

—Digamos que será un turno muy largo.

Caine arqueó las cejas.

—Pero ¿hacemos progresos?

—Lentos.

—Sigue así.

Y volvió a sonreír.

Ella también sonrió.

Horatio Caine dejó a Calleigh con su trabajo y fue al laboratorio de autopsias, dominio de Alexx Woods, una forense afroamericana, esbelta, con los pómulos altos,

los ojos oscuros, los labios llenos y una inmensa compasión, igualada sólo por su coeficiente intelectual.

Alexx, que tenía dos hijos, mostraba una simpatía por los muertos con los que trabajaba que fascinaba a Caine. En cierto modo, parecía identificarse con ellos. En ese momento estaba inclinada sobre el cadáver del jefe del crimen Kurt Wallace, totalmente desnudo, exceptuando una fina sábana blanca que cubría sus partes íntimas.

—Qué cosa más horrible te han hecho —susurraba la mujer al cadáver depositado sobre la litera de frío metal—. Pero ya no podrás hacer daño a nadie más. Esos días han acabado. Sólo necesito tu ayuda para encontrar a la mala gente que te ha hecho esto...

A Caine le maravillaba la ternura con que hablaba Alexx a los muertos, aunque fueran personas tan despiadadas como Wallace.

Caine y sus CSI estaban investigando el asesinato de un hombre que sin duda era el responsable de docenas de muertes, desde la eliminación de gánsteres rivales hasta permitir que los drogadictos murieran de sobredosis cuando no estaban robando o matando por el dinero para la droga.

Pero Caine no juzgaba a los muertos; en cuanto a los vivos..., eso ya era otra cosa.

—No te escondas en la sombra, Horatio —dijo Alexx con voz musical, mirándole con una sonrisa—. Puedes entrar y salir siempre que quieras..., no como mis cadáveres.

Allí las paredes eran blancas, la luz, de fluorescente y áspera, con otra serie de lámparas situadas directamente sobre la mesa de trabajo de acero inoxidable. A la derecha había una larga hilera de armarios y estantes, donde Alexx guardaba sus herramientas y los suministros necesarios para su oficio.

En la pared izquierda, unas cámaras de acero inoxidable, dos filas de seis puertas cada una, contenían los cadáveres de los fallecidos recientemente; después de la masacre del Archer, había pocas habitaciones libres en el hotel de Alexx. Sobre las cámaras había una zona acristalada con ordenadores, archivadores y una pantalla de plasma en la que los visitantes podían observar con detalle una autopsia.

Caine se situó junto a Alexx.

—No quería interrumpir la conversación.

Los labios de Alexx insinuaron una sonrisa.

—No está bien escuchar a escondidas.

—¿Qué tiene que decirnos el señor Wallace?

—Bueno —dijo ella, mirando al pálido cadáver—, si no me equivoco, el señor Wallace ha aprendido la lección.

Las cejas de Caine subieron y bajaron.

—Sí, diría que finalmente ha recibido una dosis de lo que él ha repartido entre sus competidores en los últimos años. Pero por curiosidad, Alexx, ¿causa de la muerte?

Alexx levantó la sábana para que Caine pudiera ver el trío de oscuros agujeros en la parte superior del torso de Wallace, una línea desigual de puntos inconexos.

Al cadáver le dijo:

—Te dieron tres balas, ¿eh, cariño?

—¿Sabemos en qué orden? —preguntó Caine.

Señalando una herida cercana al hombro izquierdo del hombre, ella dijo:

—La primera entró por el hombro izquierdo, tocó la vena subclavia y salió. — Levantó un poco el cuerpo, para enseñarle la espalda—. Salida por el músculo trapecio izquierdo.

—Ya lo veo —dijo Caine.

—La segunda, la que lo mató, entró por el pecho, laceró la arteria pulmonar izquierda y se alojó en la columna.

—¿Y la última? —preguntó Caine.

Ella volvió a Wallace del otro lado para que Caine pudiera ver las heridas de entrada y salida en el lado derecho.

—Entró por el pectoral derecho, pasó el lóbulo medio del pulmón derecho y salió por el interés mayor.

La forense volvió a dejar el cuerpo en su posición inicial.

Con las manos en las caderas, Caine preguntó:

—¿Has acabado con alguna otra víctima?

Ella meneó la cabeza.

—Sabía que Wallace era tu prioridad, por eso he empezado por él.

—Te lo agradezco.

Su sonrisa tenía un punto juguetón, a pesar de la melancolía que la teñía siempre.

—No te asustan, ¿verdad, Horatio? Mis pequeñas conversaciones con la clientela.

—No —dijo Caine—, mientras no te contesten.

Ella se rió silenciosamente, y Caine le hizo un gesto amistoso; los dos sabían que ella tenía muchas autopsias por delante.

Speedle era el siguiente en la lista del supervisor, y Caine encontró al joven CSI en el laboratorio, trabajando en la identificación de la pintura que el propio Caine había rascado del coche aparcado.

Como de costumbre, sonaba una música rock que Caine no conocía de nada. La música estaba alta, pero no demasiado; personalmente Caine prefería trabajar en silencio, pero a Speed no le gustaba demasiado la tranquilidad.

Sea como fuera, funcionaba.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Caine.

Por costumbre, Speedle apagó la música antes de contestar a su jefe.

—Ahora mismo lo estoy pasando por el espectrómetro y el GC. Pronto sabré lo que es exactamente; entonces podré compararlo.

El cromatógrafo de gas, o GC, se utilizaba para separar las muestras en sus distintos componentes; a continuación, el espectrómetro de masas bombardeaba los

componentes con electrones que dividían los componentes en iones. El siguiente aparato, el analizador de masa, separaba las muestras en un ratio de masa a carga, y producía el espectro de masa que podría utilizarse para identificar la composición de la muestra cuando se comparaba con la biblioteca de composiciones ya conocidas.

—En cuanto lo sepa yo, lo sabrás tú, H.

—Es lo único que pido, Speed.

Caine encontró a Delko en el laboratorio de huellas. En la gran sala doble con paredes de color malva, a juego con el laboratorio de armas de Calleigh, las mesas y los mostradores estaban llenos de toda clase de aparatos, productos químicos y ordenadores. Delko estaba en una punta, inclinado sobre un cubo de plexiglás: el tanque de vapor Super Glue.

—¿Ha habido suerte con la pistola que encontraste?

El encogimiento de hombros de Delko no comprometía a nada.

—Estuvo abajo bastante tiempo. Está muy sucia. No es probable que se conserve ninguna huella, pero hay que intentarlo.

—Fue un buen trabajo encontrarla.

—Gracias, H.

Caine se acercó más y miró la pistola en el cubo de plexiglás. La técnica del Super Glue, empleada por primera vez en Japón en 1977, había sido un descubrimiento afortunado que había que agradecer a Fuseo Matsumur, un inspector de rastros del Departamento Nacional de Policía, que utilizaba el adhesivo para montar cabellos en una platina de microscopio cuando descubrió que la cola hacía que emergieran las huellas latentes en la platina.

De hecho el concepto era bastante sencillo. El objeto que debía analizarse —en este caso, el revólver Valor— se colocaba dentro del cubo; después se bombeaban los vapores del Super Glue en el cubo, donde se unían a los residuos de transpiración sobre las huellas latentes. Lo que había descubierto Fuseo Matsumur por casualidad hacía casi treinta años era ahora parte integral de la investigación del escenario del crimen en todo el mundo.

—Estoy deseando saber lo que descubres —dijo Caine.

—Yo también —dijo Delko.

Caine volvió a su despacho, pensando que Eric ya empezaba a adaptarse; al principio el joven le había parecido inseguro. Aunque Caine no era reticente a hacer elogios, no era partidario de excederse; los elogios tenían que significar algo. Lo que intentaba hacer era estar disponible sin entrometerse en el trabajo de sus hombres, y por eso pasaba a verlos con frecuencia, lo justo para que no se pusieran nerviosos si no tenían resultados que ofrecerle.

El trabajo de laboratorio llevaba tiempo; lo sabía. La paciencia era una de las cualidades que ayudaban a Caine a exceler en su trabajo. Por otro lado, el alcalde, el jefe y el público no serían tan pacientes, teniendo en cuenta que se habían perdido vidas inocentes.

Caine sabía que necesitaban adelantar algo en el caso lo antes posible. Miami era una ciudad turística, y los turistas no disfrutaban viajando a zonas de guerra. Para Caine todo aquello era secundario, pero sabía que sus superiores no estarían de acuerdo; pronto llegarían presiones de arriba.

Haría lo que pudiera para mantener a su grupo al margen.

Joanna Burnett observó su reflejo en el espejo del tocador.

El inventario no le desagradó: pelo oscuro largo hasta los hombros, acentuado por unas mechas rubias; cejas espesas y bien dibujadas sobre unos ojos marrones bien separados y sin patas de gallo —gracias a Dios—; una nariz estrecha y noble que Jeremy, su marido, calificaba —hasta hoy— de mona; una boca grande que tenía el grosor correcto con el lápiz de labios; unos pómulos altos que serían la envidia de una modelo, y una piel rosada y juvenil —incluso en Miami, ella se mantenía apartada del sol.

Le preocupaba el peso, pero todos decían que lo llevaba bien; con sesenta kilos y metro setenta tenía curvas, que no estaban muy de moda, pero que atraían al sexo contrario.

En conjunto, no estaba mal para tener treinta y dos años.

Tenía un aspecto saludable, se dijo, y feliz, o al menos lo sería pronto, cuando se quitara ese asunto terrible de la conciencia.

Los problemas se remontaban a cuando cumplió treinta años, y le habían provocado tanta ansiedad que había llegado a creer que Jeremy la abandonaría. Le había vuelto loco —le había apartado de ella— con sus tonterías de que a los treinta se había acabado todo y él había tenido una aventura con una de sus mejores amigas —¡que tenía treinta y cinco años!—. Se intercambiaron las habituales recriminaciones y gritos, pero habían superado aquel mal momento, como todos.

Aquello había sido casi todo culpa de él. Pero esta vez la culpa era de ella, cansada de que siempre estuviera trabajando y deseosa de devolverle la pelota. Ahora ya estaban en paz: había tenido una aventura, tontamente, absurdamente, pero por fin lo había dejado, esa misma tarde.

Y había decidido decírselo a Jeremy. Esta noche. Y rogaba que él la perdonara como ella le había perdonado.

Había tardado bastante en llegar a esta conclusión: al principio se había convencido de que no valía la pena decírselo. Que podría vivir con el secreto. Que lo que él no supiera no le dolería. Pero ¿y si se enteraba? ¡Era detective, al fin y al cabo!

Luego vinieron todas aquellas noches de dar vueltas en la cama, sin poder dormir; bueno, anoche había dormido como un tronco, después de tomar la decisión. No podía vivir con aquella mentira. Le pondría fin. Y se lo diría a Jeremy. Él lo comprendería.

Esperaba que pudieran estar juntos para siempre. Envejecer juntos, como los

padres de ellos. Tener por fin una familia, como habían pensado...

Sonrió valerosamente ante el espejo. Lo resolverían todo: siempre lo habían resuelto antes. Seguía amándole. Era el único hombre al que había amado de verdad, y creía que todo podía arreglarse.

Él ya se había dado cuenta de que ella había cambiado. ¿No le había pedido que se arreglara para salir esa noche? ¿Cuándo era la última vez que lo habían hecho? El vestido que había elegido para la velada era el favorito de Jeremy. De gasa blanca con toques rosa, naranja, azul y verde pastel, largo hasta la pantorrilla y con una falda de vuelo y un top escotado que insinuaba su busto..., otro de los detalles preferidos de su esposo.

Levantó un frasco de perfume del tocador, se roció el cuello, las muñecas y, finalmente, una pizca en el fondo de la V del escote. Que hoy le hubiera pedido que estuviera a punto para cuando la recogiera en casa era típico del viejo Jeremy, el hombre de quien se había enamorado en la Universidad de Duke, el hombre que no sólo era capaz de salvarla a ella, sino al mundo entero si era necesario.

Ni siquiera le había importado que él la llamara para decirle que llegaría tarde porque estaba liado en el trabajo: el tiroteo en Miami Beach que había salido en la tele.

Sin embargo, la conminó a vestirse para matar —frase de él—, y sí, saldrían a cenar de todos modos. Después de eso, ella decidiría si iban a ver una película o prefería volver a casa tranquilamente.

¿Debía decírselo durante la cena? ¿En público? ¿O en casa? La duda le susurraba en la cabeza: «¿Por qué decírselo? Te quiere. ¿Por qué buscarse problemas?».

Pero ellos habían basado su matrimonio en la sinceridad. Se lo diría. Encontraría la manera. Esta noche...

Oyó que su coche se paraba frente a la casa, el portazo, la puerta de la casa que se abría, después se cerraba, seguido de la voz de Jeremy al pie de la escalera.

—Cariño, ¿estás lista?

Sonriendo al espejo por última vez —sí, seguía estupenda para su edad—, Joanna cogió el bolso y bajó saltando los escalones para encontrarse con su marido.

—Eh —dijo.

El saludo familiar.

—Eh —contestó él con afecto.

—¿Cómo te ha ido?

—Brutal y largo —dijo él, echándole un buen vistazo antes de abrazarla—. ¡Vaya! Qué guapa...

—Deberías hacer algo más que mirar —dijo ella dándole un beso amoroso.

Él se lo devolvió con pasión, y se animó rápidamente. Empezó a acariciarla y ella le dejó hacer durante medio minuto, pero después se apartó.

—¿No habíamos hecho una reserva?

Él le sonrió maliciosamente.

—Me dices que haga algo más que mirar, y después retiras el anzuelo... ¿Me cambio de traje?

—No, me gustas mucho con este traje de lino.

—Lo llevo desde esta mañana.

—Estás muy bien. Ya te ducharás después.

La expresión de él se volvió juguetona y lasciva.

—Quizá podríamos ducharnos juntos.

—Oh, Jeremy...

Y le abrazó muy fuerte.

Él la apretó un momento, y después la apartó para mirarla.

—Jo, ¿estás bien?

—No... Es que... tenemos que hablar de algo.

Él meneó la cabeza.

—Después de cenar. Que nada nos estropee la velada. ¿Quieres coger una chaqueta?

—No, creo que no la necesitaré. —Se agarró a su brazo—. Si cojo frío, te tengo a ti.

—Siempre —dijo él, dedicándole una gran sonrisa, la que la hacía volver al campus de Duke.

Jeremy le abrió la puerta, y ella salió al pequeño porche. No era una casa demasiado grande, pero les gustaba el barrio de Pinecrest, no muy lejos de Biscayne Bay, con un bajo índice de delincuencia, y buenos vecinos. La casa de dos pisos del 130 de Terrace era perfecta para los Burnett.

Al cruzar el césped hacia el coche, ella oyó unos neumáticos que chirriaban detrás, un sonido poco habitual en el barrio. Joanna se volvió a mirar, y notó que Jeremy también se volvía, con ojos aprensivos. «Será algún chiquillo...».

Joanna había dado unos pasos hacia la calle cuando el coche plateado apareció a toda velocidad. Abrió la boca al ver al hispano asomado a la ventana del coche, con una gran arma en las manos.

Jeremy se puso delante de ella, protegiéndola con los brazos abiertos, y la noche retronó mientras su marido recibía varias balas en el pecho y caía, medio cuerpo en la acera, medio cuerpo en el césped.

Desprotegida, gritando entre el tiroteo, Joanna levantó las manos como si pudiera detener así lo que se le venía encima. Cuando la primera bala le dio, atravesándole la mano izquierda y alojándose en su hombro, le sorprendió lo mucho que le dolió.

El grito de Joanna se interrumpió y ella vaciló hacia atrás. A su lado, Jeremy estaba de rodillas y buscaba su pistola. Después, algo parecido a un aguijón de abeja le pinchó la frente y la hizo tambalearse. La cabeza le dio vueltas y empezó a ver lucecitas frente a sus ojos. Todavía temblorosa, levantó la cabeza cuando algo le golpeó el estómago y la tiró hacia atrás haciéndola caer sobre el trasero de forma muy poco femenina; le preocupó que el vestido se le ensuciara.

Algo muy malo le sucedía a su cuerpo. Sentía los brazos y la cabeza calientes, pero tenía las piernas frías y no podía moverlas.

A su lado, oyó que la pistola de Jeremy caía al suelo, y al mirarle vio que él se desplomaba a su lado, con la parte frontal del traje manchada de sangre. Tenía los ojos cerrados, la cara pálida, y tuvo la horrible sensación de que ya estaba muerto. Se miró el vestido, los tonos pastel se volvían oscuros con la sangre que le salía del abdomen.

El coche plateado había desaparecido, y el estruendo del tiroteo era sólo un débil eco en sus oídos. Algo cálido le resbalaba por la cara, y la mancha de su vestido crecía; sabía que tenía que hacer algo rápidamente ¿Por qué no venían los vecinos a ayudarla?

«Tienen miedo», dijo una vocecita en su cabeza. Sonaba débil y distante, pero clara. Se apretó una mano sobre la herida, intentaba mantener la presión mientras buscaba el móvil en su bolso con la otra.

Tenía que pedir ayuda...

¡Ya!

Apretó las pequeñas teclas iluminadas del teléfono: 911.

Contestó a la llamada, al segundo timbre, una voz femenina segura y tranquila.

—Urgencias nueve-uno-uno, ¿en qué puedo ayudarle?

La cabeza le daba vueltas otra vez, y sentía que estaba debilitándose, como si fuera a desmayarse.

—Ayúdenos.

—¿Dónde está? ¿Qué ayuda necesita?

—Tiroteo —dijo Joanna, con un susurro áspero y seco.

Ojalá tuviera una botella de agua, si pudiera beber algo, aunque no fuera Evian, agua del grifo...

—¿Quién está herido?

—¡Mi... marido! Y... yo.

La telefonista dijo:

—¿Dónde está?

«Sé nuestra dirección —se dijo Joanna—. Es... es...». Pero no lograba reconstruir las letras en palabras, los números en el orden correcto. Había un uno... ¿o no?

Por fin, murmuró:

—Ayuda... —El móvil se cayó al suelo y Joanna Burnett se desplomó sin vida junto a su marido, desangrándose sobre el césped.

Vivir con su infidelidad ya no era un problema.

4

Control de armas

Como tantos CSI, Horatio Caine se había endurecido frente a las tragedias que podía esperar encontrar en un escenario del crimen. Un CSI tenía que distanciarse de los sentimientos de rabia o de tristeza por lo que le había sucedido a un pobre inocente; dar rienda suelta a las emociones hacía un flaco favor a las víctimas.

Pero al subir al Hummer, con la sirena y la luz encendidas, en dirección al doble 420 —código de radio para los homicidios, que en este caso habían sido dos—, Caine sentía el corazón oprimido, y apretó las manos sobre el volante hasta que se le pusieron blancas.

Conocía perfectamente la dirección que estaban radiando: era la de Jeremy y Joanna Burnett.

—Marca Delko —dijo Caine, utilizando el teléfono manos libres del Hummer.

Delko contestó al tercer timbre y Caine dijo:

—Horatio. Habla, Eric.

—Estoy en casa de los Burnett. Con Speed.

—¿Situación?

—Una baja: la señora Burnett. Lo siento, H. Sé que eran...

—¿Y Jeremy?

—Está vivo, pero ha perdido mucha sangre. No estoy seguro de cómo está. Le están atendiendo. H, ha vuelto a ser un tiroteo desde un coche.

Caine parpadeó.

—Estoy a punto de llegar. Sigue con tu trabajo.

Podría haberse recusado a sí mismo, pero su equipo estaba de turno, y ésa era la única justificación que necesitaba. Sus amigos le necesitaban, incluida Joanna. Los ayudaría como ayudaba a los desconocidos... y esperaba hacerlo con el mismo profesionalismo.

Dobló a la izquierda en Montgomery Drive, también conocida como SW 120th Street, y después dobló a la derecha en Sixty-seventh Avenue, y finalmente otra vez a la derecha en la calle de los Burnett. Al doblar la esquina, Caine vio un panorama que no evocaba más que tragedia.

A media manzana, frente a la casa de Jeremy y Joanna, las luces parpadeantes de los tres coches patrulla iluminaban la noche de rojo y azul. El Hummer de Delko, una ambulancia, y al menos tres Crown Vic sin identificación policial delataban que en el escenario no sólo había detectives de la policía de Miami, sino también federales.

Con el anonimato que proporciona la oscuridad y la presencia tranquilizadora de la policía, los vecinos habían salido a los porches a fisgar. Algunos se habían

aventurado un poco más y estaban reunidos en grupitos en la acera, charlando en voz baja, con esa combinación de inquietud y excitación que mora en los márgenes de los escenarios del crimen.

Caine redujo velocidad y dejó que el coche entrara despacio en la calle; con tantos coches de urgencias se vio obligado a aparcar tres casas más abajo de la de los Burnett. Bajó del coche y —cosa rara en él— no se molestó en recoger el equipo de escenario del crimen.

Primero quería averiguar cómo estaba Jeremy. Después ya vería lo que estaban haciendo los miembros de su equipo; incluso en la distancia, Caine distinguía el *flash* de Delko, que tomaba fotos del césped. Al acercarse, Caine vislumbró a Speedle peinando el asfalto de la calle con la linterna, evidentemente en busca de casquillos.

¡Otro tiroteo desde un coche, maldita sea!

Quien fuera era muy atrevido: declarar la guerra a ambos lados de la ley era lo nunca visto. Pero Caine sabía que, por muy estúpido que pareciera asesinar a un agente de la DEA, eliminar al mayor experto en bandas de la ciudad tenía un sentido, por perverso que fuera.

Hasta que llegó frente a la casa del lado Caine no pudo, ver, entre los *flashes* parpadeantes de la cámara de Delko, la sábana blanca que tapaba uno de los cuerpos sobre el césped en suave pendiente de los Burnett. Alrededor, se había acordonado el jardín con la cinta amarilla usada en los escenarios del crimen, y Caine tuvo que exhibir la identificación para que el agente situado en la acera lo dejara pasar. En cuanto entró en el perímetro, Caine vio a un grupo de autoridades: hombres trajeados cerca del coche de Jeremy, en el camino de entrada situado en una esquina de la casa.

Cuando uno muere violentamente, el mundo se vuelve formal de repente: hombres de uniforme o trajeados se encargan de ti, desde enfermeros de ambulancia vestidos de blanco y policías vestidos de azul hasta detectives y empleados de la funeraria con traje y corbata.

El detective Frank Tripp estaba de espaldas a Caine, de cara a un semicírculo de cuatro o cinco hombres. En la penumbra, Caine no podía distinguir cuántos perritos falderos se apretujaban detrás de los dos primeros hombres, el agente especial del FBI Robert Sackheim y el agente de la DEA Leonard Matthers, el jefe más bien tenso de Jeremy.

Lo que sí vio inmediatamente Caine era que había llegado en plena discusión.

Cada traje era una declaración por parte del hombre que lo lucía. El de color negro de Sackheim le sentaba de maravilla y decía que mandaba mucho y que no estaba para bromas; el marrón a rayas de Matthers —un guiño al estilo—, pañuelo amarillo en el bolsillo—, un guiño a la clase—, evocaba lo mismo, pero de una forma más sutil. El traje de Tripp gritaba con indignación que había pasado de la percha a su poseedor y no había sido lavado en seco desde que el tiempo refrescara, y ¿a quién le importaba?

Alto, hombros anchos, muy americano, Sackheim había entrado en el FBI al salir

de la Facultad de Derecho, donde había jugado como quarterback en el segundo equipo, en Bowling Green. Era el típico tipo que está acostumbrado a que se le escuche dentro de un grupo.

—El ataque a un agente federal —decía Sackheim— exige una investigación federal. Fin de la discusión.

—No podría estar más de acuerdo, Bob. —El jefe de la DEA, Matthers, un afroamericano igual de alto y ancho de hombros que su homólogo en el FBI, llevaba la cabeza rapada, gafas de montura marrón y un bigote bien recortado que de algún modo parecía dibujar una expresión de enojo hasta cuando los labios sonreían—. Pero lo que pasa es que es mi hombre y por lo tanto es mi investigación federal.

La boca de Tripp formó un círculo con el cual disparó palabras como si fueran balas.

—Esto es un asunto de la policía, y no permitiré que vosotros os entrometáis. Burnett y su esposa son ciudadanos de Miami, el crimen se ha producido aquí, en su casa, y...

—Y él es un agente federal —interrumpió Sackheim.

—En la DEA —añadió Matthers.

Caine se colocó junto a ellos.

—Bueno, supongo que no debería sorprenderme.

Todas las caras se volvieron hacia él, con los ojos muy abiertos.

Caine sonrió como un angelito.

—¿Estáis haciendo un concurso a ver quién mea más lejos? Os estáis comportando como gilipollas.

Los ojos de Sackheim ardieron, y el hombre del FBI acercó la cara a la de Caine.

—¡Vete a la mierda, Horatio! Haz tu trabajo, y nosotros haremos el nuestro.

Caine sonrió tensamente.

—Bob, no necesitas acercarte tanto.

Sackheim tragó saliva, un poco avergonzado, y retrocedió.

—Pero lo que has dicho es verdad, Bob —dijo Caine, con una voz tranquila, pero fría—. Tengo trabajo y mis hombres también, como primer CSI en el escenario del crimen. Vosotros también tenéis mucho que hacer, y cuanto más discutáis por derechos territoriales, más se enfriará el caso, y menos trabajo se hará.

Ahora le tocaba a Matthers.

—Horatio, eras amigo de Joanna, y eres amigo de Jeremy. ¿Crees que es correcto que lo lleses tú?

—Mi equipo se encarga. Yo sólo superviso. Pero sí tengo algo que pedir.

Sackheim frunció el ceño.

—¿Qué?

—Dejad de pisotear mi escenario del crimen.

Tres hombres y los dos federales que estaban cerca miraron a su alrededor, como si se dieran cuenta por primera vez de que la prioridad era la conservación de las

pruebas.

Caine levantó una mano, en señal medio de alto, medio de bendición.

—A ver, chicos, Bob, Len, ninguno de los dos tiene el equipo ni la experiencia para trabajar correctamente en un escenario del crimen, en cambio mis hombres sí. Dejados hacer nuestro trabajo y Frank os mantendrá al día... ¿No es así, Frank?

Como un chiquillo que jurara a su profesor que se portaría bien, Tripp dijo:

—Claro.

Caine apoyó las manos en las caderas y dijo:

—Estoy seguro de que este caso tiene aspectos que los federales pueden tratar mejor. No obstante, con un homicidio local, tenemos que llevar la voz cantante aquí, por el bien de las víctimas.

Sackheim empezó a decir algo, pero lo pensó mejor.

—Cuando pillemos al tipo que lo ha hecho —siguió Caine—, podéis juntaros todos y decidir quién se lleva el mérito y quién lo imputa. Lo único que me importa es identificar al culpable.

—Siempre tan virtuoso... —empezó Sackheim.

—No me gusta tu tono, Horatio —dijo Matthers—, Jeremy es como un hermano para...

—Para todos nosotros —dijo Caine, interrumpiéndole. Miró al detective de la policía—. Tengo entendido que Joanna ha muerto.

—Sí —dijo Tripp meneando la cabeza solemnemente—. Le dieron en los intestinos, se desangró antes de que llegaran para ayudarla.

—¿Y Jeremy?

—Recibió un tiro en el brazo, pero dos le han dado en el pecho. De no haber llevado el chaleco, también estaría muerto.

Caine miró a Matthers.

—Parece que tenías razón al decretar el Código Naranja.

Tragándose la aflicción, Matthers dijo:

—A... a Joanna no le ha servido de nada.

—Es lo que tienen las guerras —observó Caine—. Muchas bajas no son de soldados...

El CSI miró hacia la fantasmal sábana blanca sobre el césped. Joanna Burnett era una buena persona, una persona afectuosa que, desde que la conocía, siempre había trabajado por el bien común. Nunca había hecho nada más que intentar ayudar a los demás, y ahora había muerto sólo porque estaba junto a su marido.

Volviéndose a mirar a Matthers y a Sackheim, Caine dijo:

—Nunca sobran genios cuando pasa una cosa así. Trabajaremos juntos, caballeros, y cogemos al que lo ha hecho.

Matthers y Sackheim intercambiaron miradas, y después los dos se volvieron hacia Caine.

—Miami-Dade dirige —dijo Matthers.

—Pero tenemos que estar al tanto de todo —intervino Sackheim.

—Me parece justo —aceptó Caine.

Lentamente, vigilando donde ponían los pies, todos se dispersaron, menos Tripp.

No hacía demasiado, Tripp se había enfadado con Caine por inmiscuirse en las investigaciones del detective; quizá por eso su tono sincero estaba teñido de cierta vergüenza.

—Gracias, Horatio.

Caine hizo un gesto de desdén.

—Tranquilo. Pero cumple mi palabra, Frank, y mantenlos informados. Y no vaciles en utilizar sus recursos.

—Por supuesto.

—Veamos, ¿qué tenemos?

Después de soltar un gran suspiro y encogerse de hombros, Tripp dijo:

—Un tiroteo desde un coche, el mismo *modus operandi* que en el golpe contra Wallace: un coche plateado, el tirador era un hispano... Alguna clase de arma automática.

—¿Estaba consciente Jeremy?

—Sí, pero no ha podido ayudar mucho. Estaba destrozado por lo de Joanna. El primer equipo de urgencias que ha llegado dice que encontraron a Jeremy en el jardín, abrazándola. Se ve que estaba prácticamente histérico.

—¿Y quién no lo habría estado?

—Había sangre, o sea, que el Kevlar no paró todos los tiros. Y por la forma como respiraba, seguro que tenía alguna costilla rota.

—Es lo normal. El Kevlar para la bala, pero no el impacto.

Volviéndose hacia el jardín para observar a los CSI, Caine vio que Delko le miraba y le hizo un gesto para que se acercara. Delko llevaba pantalones negros y una camiseta negra de seda, aunque sólo se le veía el cuello debajo de la cazadora del CSI.

—Lo siento mucho, H —dijo.

—Al menos hay un superviviente.

Delko arqueó las cejas.

—Que también es testigo.

—Mejor que mejor. ¿Qué tienes?

Delko meneó la cabeza tristemente.

—Ojalá tuviera más. Sólo fotos del escenario... pero el propio Burnett lo ha estropeado bastante, abrazando a su esposa.

—¿Crees que nosotros lo habríamos hecho mejor?

—¿A qué te refieres, H?

—A si reaccionaríamos mucho mejor que un civil ante un escenario del crimen que afectara a un ser querido. ¿Qué harías tú, Eric? ¿Conservar las pruebas, o apretar en tus brazos a tu esposa moribunda?

—Me temo que abrazaría a mi esposa. Si la tuviera, claro.

Con una sonrisa, Caine dio una palmadita en el hombro al joven.

—Buena respuesta.

Delko señaló la casa.

—He sacado una docena de cartuchos de la pared, y ahora repasaré el suelo alrededor de los cuerpos con el detector de metal para buscar los casquillos que puedan haber quedado entre la hierba.

—Excelente idea. Así sabremos si estamos buscando la misma arma que en el escenario de Wallace.

Delko asintió, señalando la calle.

—Speed ha sacado fotos de huellas de neumáticos un poco más arriba... y desde hace un rato está buscando casquillos en la calle.

Caine miró de lado hacia Tripp.

—¿Testigos?

Tripp hizo un gesto amplio con la mano.

—Estamos interrogando en un radio de seis manzanas.

—Bien.

—Bueno, ya sabes lo que pasa cuando se trata de un agente. Tenemos voluntarios de todos los cuerpos de policía del sur de Florida.

—Entonces, si alguien ha visto algo, lo sabremos.

—Eso seguro.

Mirando a Delko, Caine preguntó:

—¿Y la casa?

—La he inspeccionado yo, H.

—¿Y?

Delko se encogió de hombros.

—No hay señales de que haya entrado nadie después del tiroteo. No creo que Jeremy haya vuelto dentro.

Tripp refunfuñó:

—No creo que hubiera podido.

Delko continuó:

—Se recibió una llamada al nueve-uno-uno desde el móvil de Joanna, y después tres o cuatro vecinos también llamaron.

—Los buenos vecinos fueron un poco lentos.

—En un barrio así no se ven tiroteos con un AK-47 muy a menudo —observó Tripp.

—Estaban asustados —dijo Delko, encogiéndose de hombros otra vez.

—Y los Burnett —dijo Caine— se desangraban... ¿Cuál fue el tiempo de respuesta?

—No muy bueno, H. La señora Burnett no llegó a dar su dirección a la telefonista, y era un móvil. Tardaron un poco en descubrir dónde era.

Sonrió con tristeza.

—Hasta que los vecinos llamaron.

Nadie dijo nada.

Speedle subió por entre el césped hacia ellos. Llevaba una camisa oscura por fuera que seguramente alguien planchó hacía tiempo; los vaqueros eran descoloridos y holgados, las zapatillas de deporte estaban en un estado no del todo deplorable, aunque el momento en que podían calificarse de blancas era un recuerdo lejano.

Por ahora las insinuaciones ocasionales de Caine de que un aspecto más profesional sería lo correcto habían caído en saco roto; por otro lado, los demás aspectos del rendimiento del CSI eran la eficiencia personificada. O sea, que hasta el correcto Horatio Caine se veía obligado a decir: «Qué más da...».

En ese momento, por ejemplo, Speed llevaba en la mano dos bolsas de plástico llenas de casquillos de 7,62 milímetros.

—¿Cuántos? —preguntó Caine.

—Setenta y uno; ha utilizado un tambor de cartuchos, como en Ocean Drive.

—Entendido. Llevemos los casquillos y las balas a Calleigh, revelemos las fotos y veamos si hay algo en ellas.

—Me parece bien, H —dijo Speedle.

—Speed, si te encargas de las fotos, yo pasaré el detector de metal por el jardín. Después, le llevaré a Calleigh toda la munición que encuentre —propuso Delko.

—Creo que ya lo tenéis todo controlado —observó Caine.

Speed frunció el ceño.

—¿Te vas?

—Al hospital, con Tripp, a hablar con nuestra víctima.

Pero Caine se quedó un rato más para ver cómo cargaban el cadáver de Joanna Burnett en la ambulancia. Justo antes de que él y Tripp se marcharan cada uno en su vehículo, Caine observó solemnemente la ambulancia que se la llevaba, con la sirena y las luces apagadas.

No había prisa. Ninguna prisa.

Media hora después, una enfermera rubia y maciza acompañó a Horatio Caine y a Frank Tripp a una sala de espera cuyo único ocupante era el jefe de Jeremy Burnett, Leonard Matthers, que se había marchado antes del escenario del crimen.

Matthers estaba sentado en un rincón, con un vaso de poliestireno en la mano y la tele sintonizada en la CNN, aunque no la miraba.

Matthers levantó la cabeza cuando los dos hombres se sentaron frente a él.

—¿Has encontrado algo en el escenario, Horatio?

—No mucho.

—Eso no es muy concreto. ¿No tenías que mantenernos informados?

—Déjame procesar las pruebas primero, Len. No estés encima de mí todo el rato,

y yo no estaré encima de ti.

Los ojos de Matthers se fijaron en él, y de repente sonrió.

—Por eso me gustas, Horatio, no hay nadie que te haga tragar.

Caine no dijo nada. Respetaba a Matthers, pero Jeremy le había hablado de su estilo de microgestión para saber que lo más prudente era mantenerse a cierta distancia de él.

El silencio estaba volviéndose violento cuando Tripp lo rompió:

—La enfermera ha dicho que lo estaban cosiendo.

—Ha tenido suerte —dijo Matthers, tirando el vaso vacío a la papelera—. Una suerte de narices.

—Ha perdido a su esposa —dijo Caine—. A mí no me parece una gran suerte.

Matthers levantó los ojos al cielo.

—Bien podría estar tan muerto como ella. Cualquiera de los tiros que ha parado el chaleco podría haberle matado... y sólo se ha roto una costilla. Unos centímetros más arriba y le habrían volado la cabeza.

—Me han dicho que sangraba —dijo Caine.

—Una bala le ha dado en el brazo derecho. —Matthers se quitó las gafas y se pasó una mano por la cara antes de contestar—. Apenas un rasguño... Pero los dos sabemos que Joanna lo era todo para él. No sé cómo se las va a arreglar sin ella.

—El tiempo también curará esa herida —observó Tripp.

Caine no dijo nada. ¿Cuánto hacía que Ray había muerto? Y el tiempo no había curado nada todavía...

La enfermera metió la cabeza por la puerta otra vez.

—Ahora pueden verlo, agentes, pero sólo unos minutos.

El trío de agentes de la ley la siguió a la sala de urgencias y después hasta el final de un corto pasillo, donde ella apartó una cortina y vieron a Jeremy Burnett echado en una cama, con el pecho descubierto y un vendaje blanco teñido de rosa alrededor del brazo derecho.

También tenía el pecho vendado, seguramente porque se le había roto una costilla donde una de las balas había impactado en el chaleco; el feo cardenal provocado por la otra seguía al descubierto. Tenía los ojos rojos de llanto y una expresión de absoluta desesperación.

De repente, el seguro Jeremy Burnett era un hombre a quien no le importaba lo que pudiera depararle la vida.

Matthers dio la vuelta a la cama y se colocó en el lado izquierdo de Burnett.

—¿Te tratan bien, Jeremy? —preguntó con evidente incomodidad, dando palmaditas al brazo bueno del agente.

Al principio Burnett no dijo nada.

—Gracias por venir —murmuró a su jefe después de tragar saliva, luego sus ojos enrojecidos se posaron sobre Caine—. La bala ha rozado la arteria braquial —dijo, por fin.

—Qué suerte —dijo Caine.

Los labios finos del hombre herido dibujaron una sonrisa tétrica.

—¿Eso crees?

—Jeremy —dijo Matthers—. Sigues con vida. Perder a Joanna... Nada de lo que podamos decir te servirá. Pero tú sigues vivo. Eso es algo.

Finalmente, Burnett asintió, pero no había ningún entusiasmo en su gesto, ni aceptación en sus ojos.

—Me gustaría poder decirte que estamos contigo y te dejamos en paz con tu dolor. Pero ahora mismo no podemos —dijo Caine.

Burnett suspiró, con un gesto de dolor.

—Soy vuestro testigo. Tenemos que hablar.

—Sí. ¿Te ves ya con ánimos de contarnos lo que ocurrió?

—No... pero sé que debo hacerlo. Mientras todavía está fresco.

—Sí.

—Agente Burnett —dijo Tripp—. Con tu permiso, tomaré notas.

—Adelante.

Tripp sacó un pequeño cuaderno y un bolígrafo del bolsillo de la chaqueta deportiva.

Los tres visitantes se quedaron expectantes alrededor de la cama del agente de la DEA. Los ojos de Burnett se cerraron lentamente, y pareció que se adormecía. Caine se preguntó si se habría desmayado o si los fármacos le habían atontado.

Caine intercambió una mirada con Matthers: sus ojos delataban que pensaban que quizá se habían quedado más tiempo del conveniente y ahora no podrían interrogarle.

Pero entonces, con los ojos todavía cerrados, el agente de la DEA se puso a hablar, como si estuviera en trance.

—Esta noche he salido tarde del trabajo... La preocupación por el tiroteo contra Wallace, las bandas y todo eso, ha alargado mucho el día... y habíamos quedado en salir a cenar. —Sus palabras eran lentas y medidas—. Llegaba tarde, habíamos reservado mesa, no he tenido tiempo de cambiarme... Acabábamos de salir por la puerta cuando ha empezado.

—¿El tiroteo? —inquirió Caine.

—El tiroteo...

—¿Qué has visto, Jeremy?

Burnett siguió sin abrir los ojos; parecía estar reviviendo los sucesos en la pantalla de su cerebro.

—Primero hemos oído chirrido de frenos.

—¿Cercanos? —preguntó Tripp.

—Sí, al este de la casa. Sonaba como si el coche viniera en nuestra dirección. Los dos hemos mirado. Es un vecindario tranquilo; no se oyen muchas cosas así.

—Has visto el coche —dijo Caine.

—Sí. Un Lexus plateado. Podría ser el de Manny Calisto. Al menos, era igual.

—¿Has visto la matrícula?

—No. Maldita sea, no. —La rabia iba dirigida contra sí mismo—. Ni siquiera un trozo. Se veía borrosa.

Caine se inclinó y habló en un tono mesurado.

—Eso significa, Jeremy..., que has mirado la matrícula. Piensa. ¿Recuerdas algún número?

Los ojos de Burnett, todavía cerrados, se apretaron más en el esfuerzo de pensar. Finalmente, sin abrir los ojos, dijo:

—Una matrícula de delfín^[1]. L... D... lo siento. No recuerdo nada más. LD.

—Está bien —dijo Tripp, apuntando las letras en su cuaderno—. Ya es algo.

—¿Has notado algo en el coche? —preguntó Caine.

—¿Como qué?

—Algo fuera de lo normal. Una abolladura. Algún adhesivo.

Burnett meneó la cabeza.

—De acuerdo. ¿Qué ha pasado después? —preguntó Tripp.

—He visto a un hispano asomado a la ventana del coche. De unos veintitrés o veinticuatro años. Con el pelo negro rizado, la cara oscura, los ojos oscuros, un bigote grueso. Llevaba una camisa blanca.

—¿Lo habías visto antes? —preguntó Caine—. ¿Lo has reconocido como miembro de una banda?

—Ojalá pudiera decir que sí, Horatio. No. He repasado mi archivo mental, toda la banda de Calisto... y no me suena.

—Hay mucho movimiento en esa banda —señaló Tripp.

—Lo estás haciendo bien, Jeremy —dijo Matthers, inclinándose hacia su amigo—. Muy bien.

De repente los ojos de Burnett se abrieron, como movidos por un resorte.

—Entonces he visto el arma, un rifle automático, AK-47, o uno de sus clones. Cartuchera de tambor. Y ha empezado el tiroteo.

—Sé que esto es difícil —intervino Caine—, pero tienes que decírnoslo.

—Me he puesto delante de Joanna y he recibido las primeras balas. He caído. Eso... eso ha dejado a Joanna en primera línea de fuego. Una le ha atravesado la mano y el hombro.

—Estabas en el suelo.

—Sí. He intentado levantarme, pero las balas eran más rápidas que yo. La segunda le ha dado en el cuerpo. No sé dónde..., en el estómago, creo. Entonces he sacado el arma e iba a cogerla para tirarla al suelo, pero... pero creo que me he desmayado. Cuando me he despertado, ya estaba muerta. Creo... creo que no ha sufrido mucho. Lo espero de todo corazón...

Se tapó la cara con la mano izquierda.

—¿No es suficiente por ahora? —preguntó Matthers.

Caine asintió y Tripp no se opuso.

Burnett bajó la mano y tenía la cara llena de lágrimas y los párpados húmedos.

—Horatio, no permitas que te aparten del caso.

—No lo permitiré, Jeremy.

—Espero... espero no pedir demasiado. Pero Joanna se merece lo mejor, y... eres tú.

—No vamos a pelearnos por la jurisdicción en este caso, Jeremy. Horatio y su gente, y el detective Tripp, están al mando.

—Bien —dijo Burnett. Logró esbozar la sonrisa más leve que Caine hubiera visto—. Ve con cuidado, Horatio... Yo acabo de darme cuenta de lo peligrosa que puede ser la primera línea.

Cuando volvió a la central, Caine reprimió los deseos de pasar a ver a Delko y a Speed.

Sabía que estarían trabajando incansablemente, y no serviría de nada que estuviera encima de ellos. Sin embargo, que el asunto involucrara a un colega le molestaba. Ninguno de ellos daba menos del cien por cien en todos los casos, pero cuando se trataba del tiroteo de otro agente, la necesidad de dar el doscientos por cien era abrumadora. Existía el riesgo de emitir juicios apresurados y conclusiones precipitadas. Lo mejor que podía hacer Caine era dar ejemplo de paciencia.

Su despacho, como casi todo el edificio, estaba a oscuras. No faltaba mucho para que diera la medianoche cuando Caine se encontró en el umbral, mirando el feo sofá de la pared de la izquierda. Había pasado en él más de una noche, pero decidió no hacerlo en esta ocasión, y encendió la luz. Se puso detrás de la mesa, se quitó la chaqueta, la dejó en el respaldo de la silla y se sentó.

La silla no era especialmente cómoda. Le gustaba así; cuanto menos tiempo pasara en la oficina, mejor. Sin embargo, esta noche, después de tantas horas de tensión, la silla le pareció bastante confortable. Caine se acomodó, dispuesto a estudiar parte del papeleo que tenía que poner al día.

No había avanzado mucho cuando oyó una tímida llamada a la puerta. Levantó la cabeza y vio a Calleigh que le miraba con seriedad desde el umbral.

—¿No es tarde para el papeleo? —preguntó.

—Estoy cansado, aunque muy despierto. Pasa. Por favor. —Hizo un gesto hacia la silla colocada frente a la mesa—. ¿Qué excusa tienes para estar aquí?

Calleigh se sentó en el borde de la silla.

—Quería examinar los casquillos que Eric ha traído del ataque a los Burnett. Por cierto... ¿cómo está tu amigo?

Caine esbozó una mueca.

—Físicamente, se va a poner bien. Muy pronto.

—Pero emocionalmente... ya es otra cosa, ¿no?

—Ha visto morir a su esposa, delante de él. Quién sabe cómo reaccionaríamos

ante una cosa así...

Ninguno de los dos dijo nada durante un par de segundos.

Después, con delicadeza, Calleigh dijo:

—Ella también era amiga tuya.

—Sí, lo era.

—Es diferente, ¿no? Cuando conoces a la gente.

—Sí, es difícil mantener la objetividad.

—Pero tenemos que hacerlo, de todos modos.

—Sin duda. —La miró atentamente—. Calleigh... ¿estás bien?

—Por supuesto.

Estaba repiqueteando con los dedos sobre las rodillas, con una expresión de agotamiento total, mezclada con energía nerviosa.

—¿Cuánta cafeína llevas encima?

Ella sonrió.

—A lo mejor es que estoy excitada porque he encontrado algo.

—¿Qué has encontrado?

La sonrisa desapareció.

—Pero puede que lo que he encontrado no tenga sentido. A lo mejor sólo lo complica más.

Como no siguió, Caine la miró a los ojos.

—Calleigh. ¿Qué... has... encontrado?

Ella sonrió con ansiedad.

—Primero, los casquillos del caso Burnett y los del Archer Hotel coinciden.

Caine la miró con expresión complacida.

—Bien. Nos imaginábamos que se trataba del mismo tirador, pero es bueno saber que tenemos pruebas. Eso no complica nada.

—Bueno, es que... también he hecho un hallazgo en el NIBIN.

Caine dejó el bolígrafo y la miró.

—¿En serio? Eso no sucede todos los días.

Calleigh arqueó una ceja.

—¿A mí me lo dices? Da un poco de miedo.

Caine soltó un gruñido.

—¿Como cuando encontraste la coincidencia con aquel asesinato del chico de quince años en Nueva Jersey?

Ella consideró la cuestión como si fuera importante y dijo:

—Creo que sí.

—Cuenta —la instó Caine, echándose hacia delante.

Ella empequeñeció los ojos, sacó una hoja del bolsillo de la bata y dijo rápidamente:

—El NIBIN ha encontrado que el AK-47 en cuestión se había utilizado en un asesinato, de hecho un tiroteo entre bandas... hace trece meses.

—¿Local?

—Local... Little Haiti. Eightieth Terrace.

Los dos sabían que se refería a una zona del noreste de Miami que era una de las partes de la ciudad que crecía más deprisa. Era un barrio repleto de familias trabajadoras y personas que habían ido a un nuevo país para empezar de nuevo; Little Haiti también era el hogar de los Faucones y el marco de algunas de las guerras por la droga más sangrientas que se habían vivido en la ciudad.

Caine estaba recordando. Poco a poco dijo:

—El tiroteo del edificio de apartamentos..., el del incendio.

—Ése —respondió ella—. Quemaron un edificio de apartamentos hasta los cimientos: cuatro muertos, quince heridos... y eso no incluye el tiroteo. Ocho muertos más, entre los dos bandos.

Caine parpadeó incrédulamente y preguntó:

—¿Y nuestra arma estaba en ese tiroteo?

Calleigh asintió.

Meneando la cabeza, e intentando encontrarle algún sentido, Caine dijo:

—Calleigh, creía que los habíamos arrestado a casi todos y habíamos confiscado las armas.

—Y lo hicimos. El propietario de esta arma concreta era un traficante llamado Julian Pelitier.

A Caine no le gustó la sensación de opresión que se le estaba instalando en el estómago.

—¿Y el arma de Pelitier era una de las confiscadas?

Ella le pasó el papel.

Mientras él lo estudiaba lentamente, Calleigh dijo:

—Ahora mismo el arma... el arma utilizada en el golpe de Wallace y en el ataque a la casa de Burnett... está en teoría bien custodiada en el edificio de pruebas. Pelitier está encerrado por asesinato en primer grado y por un montón de imputaciones federales por delitos relacionados con la droga.

—Pero está claro que el arma no está allí —dijo Caine.

—No sé cómo podría estar allí.

El primer deseo de Caine fue llamar al jefe de la división de pruebas, sacarle de la cama y decirle que se presentara allí en quince minutos; luego se recordó a sí mismo que en este caso se necesitaba paciencia y tacto.

—Vamos a revisar el registro de pruebas a ver si descubrimos qué ha pasado.

Calleigh bostezó.

—Buena idea.

Caine tuvo que admirar el empeño con que aquella chica agotada intentaba parecer animada.

—Pensándolo bien, Calleigh, esto puedo hacerlo yo solo. Vete a casa y duerme un poco.

Calleigh se obligó a abrir mucho los ojos en un esfuerzo fallido por parecer despierta.

—Estoy bien, Horatio..., ¡lo juro!

—No. A la cama. Te necesito aquí a primera hora de la mañana, y te necesito fresca y despierta. Vete.

—Estoy fresca. Estoy despierta. Estoy...

—Camino de casa. Hablaremos mañana, y te contaré todo lo que haya pasado.

—De acuerdo. —Se puso de pie—. Pero no me gusta nada.

—No tiene que gustarte —contestó él alegremente.

Desde la puerta, ella dijo:

—Seré un buen soldado, si tú también duermes un poco. ¿Vale?

—Trato hecho.

Media hora más tarde, Caine esperaba frente al nuevo edificio de pruebas del complejo Doral, en Northwest Twenty-fifth Street. Ya había apretado el timbre y se había presentado por el intercomunicador al agente de guardia.

En cierto modo, Horatio Caine y su equipo eran en parte responsables de la existencia de aquel edificio de cemento, que se había construido para guardar las pruebas que iban acumulándose a una velocidad alarmante, en consonancia con el alza del índice de arrestos en los últimos años.

Los éxitos de Caine no eran la única razón de existir de aquel nuevo edificio. Las guerras por la droga siempre obligaban a almacenar mucho contrabando, pero con la nueva popularidad de los laboratorios, la ciudad se había visto forzada a inventar formas creativas de almacenar los distintos productos químicos, de ahí el nuevo edificio de cemento para custodiar las pruebas, conocido afectuosamente en los círculos de la policía como El Búnquer.

Tenía pisos separados para las drogas, las armas y otras pruebas, y seguramente el edificio debería contar con mejores vigilantes que un puñado de cámaras de vídeo y un solitario centinela. Pero Caine sabía tan bien como cualquier jefe de departamento que el dinero escaseaba.

No parecía que nadie fuera a abrirle y Caine empezó a pensar que se habían olvidado de él. Miró hacia la cámara sobre la puerta gris de acero, y la cámara le devolvió la mirada.

Estaba pensando en darse a sí mismo la orden que había dado a Calleigh —es decir, dormir un poco y dejarlo todo para mañana— cuando la puerta se abrió de repente.

La abrió un policía rubio, uniformado, de unos cincuenta años, metro ochenta, con un bigote fino y una placa que proclamaba que su nombre era Richards.

—Lo siento, pero debo pedirle su identificación, teniente Caine —dijo el agente Richards.

Caine obedeció y explicó:

—Intento localizar un arma.

Richards frunció el ceño; evidentemente no tenía costumbre de tratar esos asuntos en su turno de noche.

—¿A estas horas?

—Es importante.

—Preferiría que lo hiciera en horario normal.

—El tiempo y el delito no esperan a nadie.

—¿Quién dijo eso?

—Lo digo yo.

Richards lo pensó un momento y finalmente dijo:

—Bueno, pues, es mejor que pase.

—Mucho mejor.

El guardia echó un vistazo para comprobar que Caine estaba solo. Una vez convencido, Richards le sostuvo la puerta para que pasara.

Cruzaron una puerta de reja, entraron en un vestíbulo y atravesaron otra puerta enrejada que daba a una antecámara provista de una mesa, dos sillas y una lámpara. Sobre la mesa había una carpeta de tres anillas abierta, junto a una bolsa de papel que Caine dedujo que contenía la cena del agente Richards, un termo de café destapado y una taza de plástico medio llena.

—Necesito que me firme.

Caine firmó en el libro que le presentó el hombre.

—Veamos, ¿qué puedo hacer por usted, teniente?

Del bolsillo de la chaqueta, Caine sacó el papel que le había dado Calleigh, que contenía el número de prueba del arma en cuestión. Se lo pasó a Richards y el guardia lo estudió un momento.

—Tendremos que mirarlo en el ordenador. Acompáñeme, teniente Caine.

Richards le guió por una puerta del fondo de la antecámara, que daba a un pasillo. Se metieron por la primera puerta de la derecha y Caine se encontró en un despacho repleto de archivadores y varios ordenadores.

Richards se sentó frente a una pantalla y tecleó los números en cuestión. En la pantalla apareció una tabla con varias cifras, nombres y lugares. El guardia utilizó el papel como marcador para seguir la lista de la pantalla hasta que encontró la línea que quería.

Asintió lentamente con la cabeza.

—Esto es del lote de Little Haiti, ¿verdad? Un AK-47 que entró la noche del gran... Aquel gran incendio, ¿no?

—Exacto. ¿Dónde está?

—Pues, aquí, por supuesto.

—Pero no está —dijo Caine—. Se ha utilizado en un homicidio esta noche... y en otro la noche de ayer.

—Es imposible —dijo Richards—. Está en el registro, aquí. A menos que... —
Siguió leyendo—. A menos que no esté aquí...

Aquello era cada vez más curioso.

—Voy a necesitar que me lo aclare, agente.

—Se lo llevaron, teniente.

—¿Se lo llevaron?

—Sí —siguió Richards—, el caso pasó a ser federal. El arma ha salido de aquí.
La reclamó un fiscal del Estado. Debería estar en su almacén, en el edificio federal.

—¿Qué fiscal del Estado?

Todavía utilizando el papel de Caine como guía, Richards leyó en la pantalla:

—Kenneth LaRussa.

El fiscal del Estado que se había presentado en el escenario del crimen de Wallace
con la camisa manchada de salsa...

—A ver si lo he entendido —dijo Caine—. ¿Esta arma en concreto no está aquí
porque se supone que está en el almacén de pruebas de Kenneth LaRussa?

—¿Por qué dice «se supone»?

—Tengo mis motivos.

Richards se encogió de hombros.

—Lo mire como lo mire, teniente, tendrá que hablar con el señor LaRussa.

—Sí, agente Richards... Lo haré.

5

Guerra de bandas

El sol se levantó alto y rápido a la mañana siguiente, hizo desaparecer la frialdad de los últimos días y convirtió el sur de Florida en una sauna.

Un día claro era una rareza en esa época del año: la media de días completamente claros en el mes de septiembre era de dos —por lo general septiembre era uno de los meses más húmedos del año—, y estaban en el segundo día seguido sin lluvia, casi una sequía en el sur de Florida.

Horatio Caine —que conducía por el centro en busca de aparcamiento (algo difícil incluso para un detective tan hábil como él)— no lograba asimilar los recientes y espectaculares cambios que se habían producido en aquella zona de la ciudad.

Los federales estaban construyendo un juzgado nuevo al oeste de Miami Avenue.

La zona alrededor del antiguo tribunal federal el Dyer Federal Courthouse, el Centro de Detención Federal, y el James Lawrence King Federal Office Building se había convertido, después del 11 de septiembre, en una auténtica fortaleza.

Unos grandes canales naranja —cada uno de un metro de altura y un metro de ancho—, llenos de agua, formaban un inmenso collar de plástico alrededor del cuello de la manzana.

Caine se dirigió al despacho del fiscal del Estado en el King Building. Iba a encontrarse con Tripp en la puerta y después entrarían para interrogar a Kenneth LaRussa sobre la misteriosa arma desaparecida. Cuando había planteado su plan al equipo a primera hora de la mañana, nadie estaba demasiado convencido de que funcionara.

La verdad era que él tampoco.

El grupo se había reunido primero en la sala de conferencias para poner en común sus escasas pruebas. Faltaba Alexx, porque tenía pendientes las autopsias de varias víctimas del tiroteo; pero Calleigh, Speed y Delko sí estaban, alerta y dispuestos a trabajar.

Con el aroma del café cubano de Delko perfumando agradablemente la habitación, Caine se inclinó sobre la gran mesa central con los demás distribuidos a su alrededor. Calleigh estaba apoyada en un mostrador sobre el que se había acomodado Delko; Speed estaba sentado en una silla al revés y apoyaba los brazos cruzados en el respaldo.

—¿Qué tenemos por ahora? —preguntó Caine.

—Ya sabes todo lo que he encontrado —dijo Calleigh—, comparando los casquillos de los dos tiroteos y, por supuesto, el hallazgo en el NIBIN del arma del crimen.

—De una forma bien enigmática —dijo Caine.

Los otros CSI los miraron con los ojos muy abiertos, primero a Caine y luego a Calleigh, y de nuevo al revés. El supervisor pidió a su especialista en armas que explicara lo que sabía a sus compañeros, y así lo hizo Calleigh.

Cuando terminó, los dos estaban boquiabiertos y se habían quedado mudos: si bien Speed y Delko eran capaces de hacer observaciones sarcásticas en casi cualquier situación, desde las más raras hasta las más absurdas, ninguno de los dos podía encontrar explicación a que un arma utilizada en un par de asesinatos múltiples hubiera desaparecido de un almacén de pruebas.

—Voy a ir a ver a LaRussa en cuanto terminemos aquí —había dicho Caine.

Con una mueca seca, Speed dijo:

—Sí, será una gran ayuda.

—Lo será —dijo Caine encogiéndose de hombros— si es inteligente.

—Nunca lo he tomado por un imbécil —reconoció Speed.

Caine volvió a encogerse de hombros.

—Al caso Pelitier le falta bastante para llegar a los tribunales. LaRussa nos permitirá tener el arma para avanzar en el caso estatal.

—H —dijo Speed—, ¿no creerás que el AK-47 sigue allí?

—Si alguien ha vuelto a dejarlo, sí —dijo Delko.

—No creo que esté allí ahora —intervino Calleigh—, pero si el señor LaRussa es inocente, no lo sabrá.

Delko frunció el ceño.

—Chicos, ese hombre aspira a ser senador del Estado. No va a querer que nadie sepa que ha desaparecido una prueba importante mientras estaba bajo su custodia, y mucho menos un arma utilizada en dos nuevos asesinatos.

—Eric tiene razón —dijo Speed—. Ya he dicho que el hombre es listo. A los listos no les gusta parecer tontos. Sobre todo los listos que tienen ambiciones políticas.

Los ojos de Calleigh se abrieron.

—No olvides que estaba en el primer escenario del crimen... ¿No le convierte eso en sospechoso?

Caine asintió; todo lo que había dicho su equipo tenía sentido.

—Pensadlo —había seguido Speed—. LaRussa no colaborará si es culpable... y si no lo es, no nos ayudará porque es el fiscal del Estado, lo cual en mi opinión lo convierte en un...

—Guardemos nuestra reprobación para los malos —dijo Caine.

—A lo mejor él es uno de los malos —observó Speed.

Caine sonrió.

—A lo mejor no lo es... En fin, hablaré con él y le daré la oportunidad de colaborar. Cuando descubra que el arma no está, tendrá la oportunidad de asumir el mando y descubrir cómo ha salido de su almacén de pruebas.

Speed, frunciendo el ceño, preguntó:

—¿Cómo vas a enfocarlo, H?

Con las manos en las caderas, Caine meneó la cabeza de un lado a otro y dijo:

—Como si creyéramos que el arma sigue allí. —Sonrió con complicidad a sus chicos—. Si el señor LaRussa no es capaz de encontrarla... veremos qué pasa.

Delko y Speedle se miraron arqueando las cejas.

—Es la clase de plan tonto que puede funcionar —observó Calleigh con un toque de picardía.

El comentario los hizo sonreír a todos.

Era precisamente lo que necesitaban...

—¿Qué más tenemos? —siguió Caine.

—La muestra de pintura del caso Archer es plateada. Sin duda procede de un Lexus plateado.

—¿Ha habido suerte con las letras de la matrícula que nos dio Jeremy?

—Hay varios Lexus plateados con matrícula de delfín. Mendoza tiene uno —contestó Delko—. Pero el único con las letras LD en la matrícula está registrado a nombre de nuestro amigo Manny Calisto.

—Jefe de los Mitus —dijo Caine bajito.

—Rama local de los traficantes de droga colombianos —apuntó Speed.

—Lo que plantea la pregunta de dónde está Calisto —añadió Caine.

Meneando la cabeza, Delko explicó:

—Tenemos a agentes buscándole por todas partes, desde su guarida de lujo hasta todos sus locales favoritos.

—Manny ha huido o se ha escondido —observó Speed.

—Lo que sea —siguió Delko—, no lo encontraremos, y tampoco el coche... y nadie de los que le conocen va a hablar.

—Bueno, no nos extraña mucho, ¿verdad? —apuntó Caine secamente.

Los CSI intercambiaron algunos detalles más con su supervisor, ninguno demasiado iluminador, y Caine finalmente dio por terminada la reunión y los mandó de vuelta a sus respectivas tareas.

Ahora, mientras aparcaba en Fifth Street, Caine esperaba que LaRussa colaborara más de lo que ninguno de ellos pensaba. Aunque no fuera su fiscal favorito, Caine no tenía ningunas ganas de descubrir que el hombre era corrupto, y tampoco deseaba poner al fiscal en una situación violenta ni desacreditarle.

La idea de la cantidad de casos que podrían irse a pique si se proyectaba alguna duda sobre la procedencia de las pruebas custodiadas por LaRussa, dio un escalofrío a Caine. Un ejército de criminales saliendo impunes gracias a tecnicismos no era algo que le apeteciera mucho...

Como en aquel punto de las barricadas no había ninguna entrada, Caine tendría que dar la vuelta al edificio. Al hacerlo, echó una mirada a la parte trasera del Centro de Detención Federal. Eran dos enormes columnas de cemento, de quince pisos cada

una, orientadas al norte hacia Fifth Street, unidas por un bloque de cristal ahumado, separado en paneles por unas barras plateadas que le daban el aspecto de mástil de una guitarra gigante. Dos alas más se desplegaban hacia el este y hacia el oeste, ambas con ventanas de poco más de treinta centímetros cuadrados.

Los terroristas que acaso pensaban hacer explotar un edificio federal no eran el único motivo de las barricadas llenas de agua. Dentro del Centro de Detención estaban internados algunos integrantes de los cárteles más despiadados y famosos del mundo, junto con varios miembros de Al Qaeda.

Todos los encarcelados en el centro tenían amigos que no deseaban nada tanto como hacerlos salir de allí ante las narices del Gobierno. Julian Pelitier seguía pudriéndose en la cárcel, pero si denunciaba a sus proveedores, sin duda sus abogados intentarían que fuera trasladado a un centro de detención más cómodo.

Caine fue hacia el sur por Miami Avenue, pero como las barricadas ocupaban la acera, se vio obligado a bajar a la calle y procurar que no le atropellaran. En Fourth Street la calle había sido cortada en los dos extremos de la manzana y había sido sustituida por unas verjas pesadas y unos garitos para los guardias. Un guardia uniformado salió de uno de ellos cuando vio acercarse a Caine.

Alto, entusiasta, de treinta y pocos años, el guardia de pelo castaño no parecía el típico poli de alquiler. La placa de su nombre decía: Mulligan.

—¿Desea algo, señor? —La voz era grave y ligeramente áspera, el tono directo; los ojos, también.

Caine enseñó su identificación al guardia.

—¿Destino, teniente? —preguntó Mulligan.

—Despacho de Kenneth LaRussa.

—¿Lo espera?

—¿Se refiere a si tengo cita con él? No.

—Entonces llamaré al despacho del señor LaRussa.

—Adelante.

La nueva seguridad llevaba mucho tiempo, pero Caine comprendía la necesidad de mantenerla y no pensaba discutir. El guardia se retiró al garito, realizó la llamada y volvió menos de dos minutos después, aunque a Caine le pareció mucho más. No le importaba el tedio si mientras se hacía el trabajo, pero sólo esperar —perder tiempo en salas de espera, por ejemplo— le irritaba tanto que tenía que esforzarse por controlarse.

Mulligan entregó a Caine una tarjeta de visitante con una cadena para que se la colgara al cuello.

—Ya sabe cómo va, imagino, teniente. Tiene que llevarla puesta mientras esté en el recinto; cuando salga, devuélvasela a alguno de nosotros.

El guardia le hizo cruzar la gruesa verja que daba a la zona que había sido Fourth Street. Por allí todavía pasaban algunos coches —camiones de reparto y vehículos que traían o se llevaban a los prisioneros—, pero en general era un paseo de peatones

entre los cuatro edificios: el Centro de Detención al noroeste; el James Lawrence King Federal Office Building al noreste, el Dyer Federal Courthouse al sureste, con el juzgado anexo al suroeste.

Imponente por su altura —parecía más un banco que un edificio federal—, el King tenía diez plantas, que albergaban gran cantidad de departamentos del Gobierno y sus respectivos despachos, incluido el FBI, el IRS, la DEA y el ATF. El despacho del fiscal del Estado estaba en la quinta planta. Al acercarse al edificio, vio a Tripp sentado en los escalones de la entrada.

A modo de saludo, Caine preguntó:

—¿Ha habido suerte con Manny Calisto?

Tripp negó con la cabeza.

—Es un fantasma.

—Me lo vas a decir a mí —comentó Caine secamente, y entraron en el edificio tras saltarse el detector de metales mostrando sus placas.

Cuando salieron del ascensor en el quinto piso, se encontraron en el vestíbulo de las oficinas del fiscal, que ocupaban toda la planta.

Hablar de despacho del fiscal del Estado era un eufemismo, aunque todos los agentes de los cuerpos de policía lo utilizaban tranquilamente. De hecho, el espacio lo ocupaban sesenta halcones legales del Gobierno, sobre todo criminalistas... y todos supervisados por Ken LaRussa.

Pero también había fiscales del Estado que trabajaban en asuntos civiles, como derechos de paso, expropiaciones, parques federales y otras actividades aún menos glamurosas.

El vestíbulo era típicamente institucional; unas pocas sillas en un área de recepción, un cuadro de olas rompiendo en una playa («¿Por qué habrá tantas pinturas del océano en esta ciudad —se preguntó Caine—, cuando se puede ver el original sin dificultad?»), con una mesa a la que estaba sentada una atractiva morenita regordeta con gafas negras, una blusa blanca y de cara ovalada. Parecía ocupada, pero cuando levantó la cabeza y los vio, sonrió como si los hubiera identificado como agentes de la autoridad.

—¿Puedo ayudarles, caballeros? —preguntó.

—Policía de Miami-Dade, venimos a ver al señor LaRussa —contestó Tripp.

Mostraron sus identificaciones, que ella repasó, y anotó los nombres en un cuaderno.

—Se lo comunicaré.

Descolgó el teléfono y habló, pronunciando los nombres que había copiado de las identificaciones, escuchó un momento y colgó. Sonrió a los dos agentes y dijo:

—Saldrá enseguida.

Tres minutos después, LaRussa —que vestía una camisa azul claro con las mangas enrolladas hasta los codos, una corbata de dibujos geométricos y unos pantalones negros de traje— salió al recibidor, con la mano extendida y la sonrisa de

político fija.

—Frank, Horatio, me alegro de veros.

Cumplieron el ritual de los apretones de manos.

Después la sonrisa del fiscal del Estado se transformó en algo más serio.

—Estamos todos destrozados por lo de los Burnett. Conocía a Joanna, era un encanto.

—Ya no —dijo Caine.

Con un suspiro, LaRussa meneó la cabeza y dijo:

—Tengo entendido que Jeremy se recuperará. ¿Su departamento estaba en Código Naranja?

—Sí —dijo Caine—. El chaleco lo salvó.

—Estas guerras de bandas... Estos vaqueros normalmente se matan entre ellos. ¿Es que no se dan cuenta del lío en que se meten tiroteando a uno de los nuestros?

—¿Podríamos hablar en un lugar más privado? —preguntó Tripp.

—Sin duda. Por aquí; hablaremos en mi despacho.

Mientras LaRussa los guiaba por el laberinto de oficinas y cubículos, preguntó:

—¿Está relacionada esta visita con el tiroteo contra Wallace? Frank, ¿necesitas una declaración formal?

—No —contestó Tripp—. Se trata de otro asunto.

Anduvieron por un pasillo entre cubículos hasta el extremo del piso, donde LaRussa tenía un despacho de tamaño considerable. Su secretaria, una bonita pelirroja cuyas gafas oscuras y blusa blanca hacían juego con las de la recepcionista, estaba sentada a una mesa en la parte exterior.

—No me pases llamadas, Tina —dijo LaRussa al abrir la puerta del despacho.

Hizo un gesto a los dos policías para que entraran.

—Sentaos —invitó LaRussa.

Así lo hicieron y él cerró la puerta.

El despacho era una habitación amplia y forrada de madera oscura, con grandes ventanales con vistas a la ciudad —las persianas medio bajadas, en inclinación, para mantener la luz a raya pero permitir ver el perfil urbano— detrás de una mesa de caoba poco más pequeña que una pista de tenis. Los archivadores de la pared izquierda también eran de caoba, y la pared de la derecha estaba repleta de diplomas y premios, y especialmente de fotos de LaRussa con personajes famosos, sobre todo políticos. El detalle favorito de Caine era una foto de LaRussa sonriendo y estrechando la mano del presidente Clinton junto a una foto idéntica del fiscal sonriente dando la mano al presidente Bush.

Lo tenía todo cubierto.

Sobre la mesa del abogado había una foto enmarcada de una mujer que Caine sabía que era la esposa de LaRussa, una guapa hispana, y sus dos hijos en edad escolar. El abogado se sentó en la inmensa silla de piel y se echó hacia atrás, con las manos cruzadas detrás de la cabeza.

Parecía estar exagerando la informalidad, se esforzaba demasiado por demostrar que él y los dos policías eran jugadores del mismo equipo.

Colegas.

—¿En qué puedo ayudaros? —preguntó LaRussa alegremente.

Caine, más serio, se inclinó hacia delante.

—Necesitamos una prueba de uno de nuestros casos que tú estás utilizando para un caso federal.

La sonrisa tensa que le devolvió el fiscal a modo de respuesta evidenció la primera grieta en sus modales amistosos.

—Adelante.

Caine le leyó el número de registro.

Encogiéndose de hombros y soltando un suspiro, LaRussa separó las manos y se incorporó un poco.

—Horatio, nunca he dicho que fuera un genio. Si crees que un número de registro me va a sonar... ¿Y si me refrescas la memoria?

—Julian Pelitier: el traficante de los Faucones.

—Ah. ¿Y por qué os interesa?

—Nos interesa porque vamos a intentar arrestarlo por asesinato —contestó Tripp.

LaRussa se echó hacia delante y se frotó una mano con la cara.

—Horatio, Frank, ya sabéis que me encantaría echaros una mano. Mi casa, su casa.

—Es normal —dijo Caine.

—Pero el asunto Pelitier... —Sonrió e hizo un gesto con la mano como si se sintiera avergonzado— Las negociaciones están en un punto crítico. El acusado está a punto de delatar a una docena de traficantes y proveedores. Si él o su abogado se enteran de que los cargos del Estado siguen adelante, Pelitier podría cerrarse en banda.

La expresión de Tripp se endureció.

—Ken, ¿tengo que recordarte que ese cabrón montó un tiroteo en un barrio lleno de niños?

—Lo sé perfectamente, Frank —dijo el abogado—, pero si le hacemos hablar, podemos sacar la droga de la calle y de las manos de esos niños... y de muchos miles más.

Tripp miró a Caine; evidentemente ya se lo esperaban, pero habían planeado una estrategia, y esto formaba parte de ella.

—Encerrar al líder de una banda no detiene la circulación de las drogas. En cambio, condenar a un asesino sí impide que vuelva a asesinar.

—Horatio tiene razón, Ken, y lo sabes —dijo Tripp—. Y sabes tan bien como nosotros que cualquier desgraciado va a sustituir a Pelitier en cuanto él no esté... ¡si no es que ya lo ha hecho!

LaRussa volvió a encogerse de hombros.

—Qué puedo decir... Para mí lo mejor es que el señor Pelitier tenga que pasar por el sistema federal.

Caine se preguntó si el fiscal realmente creía lo que estaba diciendo, o si —como parecían pensar Speed y Delko— tenía razón para disimular la desaparición del arma.

Tripp tenía la cara que se le ponía cuando no sabía qué paso dar: era evidente que el fornido detective se había quedado sin munición mental.

Caine sonrió al fiscal con la mejor de sus sonrisas.

—De acuerdo, Ken, tenemos tres posibilidades. —Levantó un dedo—. Una, nos ayudas voluntariamente.

—No puedo hacerlo. Lo siento.

El CSI levantó un segundo dedo.

—Dos, pido una orden de registro... y tú intentas explicar al juez por qué no colaboras. Claro que tendrás que hacerlo deprisa, porque algunos jueces del Estado tienen un juicio formal y nada les gustaría más que meter a un fiscal en prisión por desacato.

LaRussa se encogió de hombros, no demasiado impresionado.

Caine levantó un tercer dedo.

—Tres, llamo al abogado de Pelitier y le digo que, en mi opinión, como especialista forense, debería pedir una orden judicial para que se hiciera un examen independiente del arma.

Esta vez LaRussa levantó él el dedo, y no tan amistosamente.

Ignorándolo, Caine continuó:

—Y el abogado de Pelitier acude a ti con esa orden judicial y, de nuevo, te presentas ante un juez estatal, intentando evitar la prisión por desacato.

LaRussa reprimió una carcajada.

—Horatio —dijo con una voz dulce como el azúcar, pero sintética como la sacarina—, ¿me estás amenazando?

—¿Sabes qué? —dijo Caine sonriendo tan feliz como LaRussa sonreía a los dos presidentes en aquellas fotos—. Creo que sí.

LaRussa hizo chasquear la lengua de forma ruidosa.

—Sabes que conmigo eso no funciona. Soy abogado, Horatio, ¿crees que vas a intimidarme tan fácilmente?

Tenía parte de razón...

Inclinándose hacia delante, con los dedos estirados, los ojos astutos, sin rastro de su falsa cordialidad, LaRussa dijo:

—Tienes reputación de jugador honesto, Horatio..., bien merecida. ¿Por qué no eres honesto conmigo?

Caine no dijo nada. Tripp miró de soslayo al CSI.

El fiscal continuó:

—¿Por qué no me dices a qué viene tanta prisa por conseguir esa arma en particular... en este momento en particular?

Caine lo pensó, pero sólo unos segundos, y decidió decirle a LaRussa la verdad y calibrar su reacción: la sinceridad apelaba a su carácter de jugador honesto; el experimento, a su carácter de científico.

—No creo que tengas el arma, Ken.

—¿Qué?

Caine dirigió otra de sus pacientes sonrisas al fiscal.

—Mi especialista en armas la ha identificado como el arma utilizada tanto en el tiroteo contra Wallace como en el ataque contra Jeremy y Joanna Burnett.

La boca de LaRussa se abrió como una trampilla.

—Es imposible...

—Es posible, Ken —dijo Caine como si nada—. ¿Conoces a Calleigh Duquesne? ¿O has oído hablar de ella?

El fiscal asintió, con los ojos entornados.

—Es la mejor del Estado... Todos lo dicen. Tu estupenda Chica Bala.

—Yo no la llamo así —dijo Caine—. Pero hay muchas razones para que otros sí lo hagan.

—Bueno, nadie es infalible —dijo LaRussa con un encogimiento de hombros— y me temo que esta vez se ha equivocado, Horatio. Son cosas que pasan. El arma hace meses que está aquí, bien guardada en la caja de seguridad de nuestra sala de pruebas.

LaRussa, como buen orador en el tribunal, había soltado este discurso de forma convincente, si bien al final la voz le había subido un poco de tono, como si intentara llenar las palabras de una chulería que de repente ya no sentía.

—Bueno —dijo Caine, con una tranquilidad artificial—, vayamos a comprobarlo.

La mirada de LaRussa fue dura, aunque enseguida se fundió en la habitual sonrisa de político.

—Eres bueno, Horatio..., muy bueno. Casi me haces caer... pero no.

—Tal vez me harías un pequeño favor, entonces.

—Por supuesto, si puedo.

Caine sacó su móvil.

—¿Tienes a mano el teléfono del abogado de Pelitier?

Durante casi treinta segundos se miraron fijamente con las sonrisas más frías imaginables; Tripp se removió varias veces en su silla mientras duró el desafío visual.

Finalmente, LaRussa se retiró y levantó las manos.

—¡Bien, bien! —Señaló a Caine con un dedo, como si riñera a un estudiante dotado que insistiera en fastidiarle la clase—. Iremos a ver. Pero si el arma está allí, me dejaréis en paz.

Caine meneó la cabeza.

—Lo siento. Si el arma está aquí, y lo dudo mucho, me la llevaré. Calleigh la analizará. Y después la devolveremos.

—No hablarás en serio.

—Te diré lo en serio que hablo, Ken. Hablo tan en serio como si un agente federal

y su esposa hubieran sido atacados con esa misma arma.

LaRussa asimiló aquellas palabras tan claras y dijo, casi débilmente:

—¿Y el abogado de Pelitier? Será necesario firmar el permiso para sacar el arma... Podría enterarse.

Caine levantó un hombro y volvió a bajarlo.

—Sí, podría.

LaRussa se quedó callado, sopesando sus opciones. Caine sabía que ninguna de ellas era muy apetecible.

Después de un rato, el fiscal preguntó:

—¿De verdad crees que se utilizó esa arma para atacar a Jeremy y a Joanna?

—Los casquillos casan con los recogidos en ambos homicidios. No es necesario ser una «chica bala» para hacer esos análisis.

—De acuerdo, pues; por Joanna Burnett y por Jeremy —dijo LaRussa después de soltar un largo suspiro—. Es un buen agente y se merece que le protejamos.

—Es verdad —dijo Caine.

—Por él, Horatio, echaremos un vistazo. —Otra vez le señaló con el dedo—. Pero cuando te dé el arma, ¡rellenas un formulario y la devuelves en veinticuatro horas!

No del todo seguro de si estaba tratando con un político listo, un sospechoso astuto o un profesional de la ley honesto pero con intereses personales, Caine aceptó asintiendo con la cabeza.

La sala de pruebas estaba, como siempre, en el sótano. En horas de trabajo, un policía hacía guardia ante la puerta sellada mientras los agentes del FBI, la DEA y el ATF entraban y salían. Fuera del horario, sin embargo, no había nadie apostado ante la sala. Dos cámaras vigilaban la zona y unos guardias armados patrullaban los pasillos del edificio, así como el perímetro de todo el complejo federal.

LaRussa examinó el libro de entradas para saber dónde estaba guardada el arma, y menos de diez minutos después los tres hombres se encontraban frente a la caja de seguridad indicada, una de las siete cajas, alineadas en la pared, que contenían armamento. Las cajas estaban cerradas y el guardia, mientras estaba de turno, tenía las llaves; el resto del tiempo las llaves estaban depositadas en una mesa, junto a la puerta de la sala de pruebas. Aunque no era Fort Knox, el lugar era seguro, sobre todo en el contexto de las medidas generales de protección del edificio posteriores al 11 de septiembre.

Utilizando la llave que le había dado el guardia, LaRussa abrió la caja oblonga. Dentro había una docena de armas largas, aseguradas en su sitio: dos escopetas, cuatro rifles, tres rifles semiautomáticos y una ametralladora Thompson en impecable hilera.

Y en el otro extremo, casi solitario, un AK-47 con cargador de tambor apoyado en el fondo de la caja.

A Caine se le oprimió el estómago: «¿Qué diablos estaba pasando?».

—Donde tenía que estar —dijo LaRussa, sin esforzarse por disimular su

desprecio.

Entonces el fiscal, con un gesto que pareció impulsivo, fue a coger el arma. Caine puso una mano en el codo del fiscal para detenerle.

LaRussa le miró con ojos irritados.

—¿Qué haces?

—Ken, ¿quieres que tus huellas estén en esa arma?

El fiscal se miró las palmas de las manos abiertas como si no fueran las suyas.

—Vaya, perdona. Ni siquiera se me ocurrió...

—¿Te importa?

Caine sacó unos guantes de látex de su chaqueta deportiva y se los puso. El fiscal se apartó del camino de Caine poniéndose junto al detective Tripp, dejando que el supervisor del CSI sacara el arma con cuidado.

Después compararon juntos la etiqueta atada al gatillo con el número de formulario 110.

Los tres vieron que los números coincidían.

—Me temo —dijo LaRussa— que incluso la Chica Bala puede equivocarse.

Los labios de Caine sonrieron, aunque no sus ojos, mientras firmaba el formulario y cogía el arma.

—Ya veremos, Ken, ya veremos.

El guardia les entregó una bolsa de lona vacía para cargar el arma y, tras otra ronda de apretones de manos y algunos intentos de dejar claro que los tres estaban en el mismo equipo al fin y al cabo, Caine y Tripp se marcharon.

Una vez en el laboratorio, Caine entregó el arma a Calleigh.

—Un AK-47 con cargador de tambor.

Los ojos de ella se abrieron mucho.

—¿Estaba allí?

—Donde se suponía que debía estar, bien guardado en la caja de seguridad.

Calleigh palideció.

—Horatio, no puede ser... Yo lo comprobé varias veces. Es imposible.

Él se encogió de hombros.

—Pero está aquí.

—No... no sé qué decir.

—No digas nada. Ahora mismo las presunciones y las emociones no nos sirven. Analízala y comprueba que sea la misma arma.

Ella entornó los ojos.

—¿No crees que me haya equivocado?

—No demos nada por sentado, Calleigh. Sólo hay una forma de saberlo, intenta encontrar una coincidencia.

—De acuerdo, pongamos que coincide... si me dejas presuponer algo por un segundo. Entonces ¿qué?

—Entonces —dijo él con modales tranquilos— tendremos que descubrir cómo un

arma cerrada en una caja de seguridad en el edificio mejor protegido de la ciudad ha podido salir y matar a nueve personas.

El tiempo cálido y despejado del atardecer, poco habitual para la estación, no hizo más que exacerbar una situación ya volátil de por sí y, al avanzar la noche —tal como Caine había temido—, la tapa del hervidor salió disparada.

Primero, poco después del crepúsculo, un coche lleno de Mitus se aventuró en el distrito Lemon City de Little Haiti, donde abrieron fuego contra tres Faucones que estaban de pie en una esquina. Dos de ellos murieron al instante, pero el tercero logró llamar a los refuerzos, y tres vehículos llenos de Faucones aparecieron inmediatamente para ayudarlo.

La persecución, con los cuatro coches, y el tiroteo siguieron durante media hora, hasta que los Mitus salieron de Lemon City por la I-95 Sur. Por el camino, un coche de los Faucones —agujereado por las armas automáticas— explotó en una llamarada de gasolina, metal fundido y carne quemada. La persecución se redujo a tres automóviles que doblaron al oeste por la Dolphin Expressway, donde entre todos se cargaron la barra del peaje al pasar a toda velocidad.

Los Mitus salieron por Twenty-seventh Avenue, pero antes de llegar al final, los Faucones los sacaron de la calzada e hicieron caer el coche por un margen. Entonces los Faucones se pararon un momento para tirotear a los Mitus que habían sobrevivido al choque.

Más tarde, cuando los CSI todavía estaban trabajando en las escenas del zafarrancho, estalló un segundo combate cuando los Trenches se presentaron en una pequeña sala de baile de Little Havana frecuentada por miembros de los Culebras. Casi dos docenas de bailarines que habían salido a fumar o a tomar el aire se encontraron en el campo de batalla.

Dos coches cargados de Trenches pasaron disparando con armas automáticas. Nueve transeúntes murieron y trece resultaron heridos, tres tan graves que no sobrevivirían a la noche.

Sólo uno de ellos era miembro de los Culebras.

Para no ser menos, los hombres del difunto Kurt Wallace, considerando que los Culebras y Antonio Mendoza estaban tras el asesinato de su jefe, entraron en la mansión de Mendoza, en Indian Creek, y mataron a una docena de Culebras, dos de ellos primos de Mendoza. Después, furiosos porque no habían encontrado a Mendoza en la casa, le pegaron fuego. Mataron incluso a sus cuatro perros.

Los combates duraron toda la noche. Cuando la policía llegaba a un campo de batalla y ponía un poco de orden, se iniciaba otra pelea en otro lugar.

En el momento en que Caine y su equipo de CSI fueron convocados a sus puestos, hacia las tres de la mañana, se habían sumado a las nueve personas asesinadas casi cincuenta víctimas en las dos primeras noches, y el gobernador ya

estaba hablando de traer a la guardia nacional y declarar la ley marcial.

Caine sabía que otros lugares habían sobrevivido a situaciones como aquélla: Watts, Newark, Detroit, la Tet Offensive en Vietnam del Sur; la propia ciudad había sobrevivido a varios huracanes, de modo que el desastre no era nada nuevo en Miami, pero una guerra de bandas tan vasta sí lo era.

Había que ponerle fin cuanto antes, y Horatio Caine sabía que la forma más rápida de hacerlo era descubrir quién había matado a Kurt Wallace y a Joanna Burnett. El tiroteo contra Wallace había iniciado la guerra, al fin y al cabo: tal vez si encontraban a su asesino le pondrían fin.

Al amanecer, Caine salió del edificio para tomar el aire. El *Miami Messenger* de la mañana, normalmente un periódico serio, atrajo su atención en la máquina dispensadora. El titular era grande, contundente, y sólo contenía tres palabras: «¡GUERRA DE BANDAS!».

Frotándose la cara con las manos, como si así pudiera sacudirse el agotamiento, Caine volvió dentro para seguir trabajando. No tenían suficientes manos. Alexx estaba realizando autopsias tan deprisa que ni siquiera le daba tiempo para conocer a sus «internos». Speedle y Delko, convocados para reforzar el turno de la noche, estaban inmersos en lo que había sucedido durante la noche; seguían con el trabajo de campo y sin duda estarían exhaustos.

Eso significaba que sólo quedaban Calleigh y él para concentrarse en los asesinatos de Wallace y Burnett.

La encontró en el laboratorio sentada ante la mesa de trabajo, con una luz de neón enfocada para poder ver por la lupa colocada en el centro. Estaba haciendo algo con un marcador, pero desde la puerta Caine no lo distinguía.

Mirando por encima del hombro de Calleigh, Caine se dio cuenta de que estaba marcando cartuchos y casquillos con la punta de fieltro: algo en el extremo de la bala, algo en el fondo del cartucho.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Ella le miró y sonrió; después dejó la bala en una caja y cogió la siguiente.

—Estoy numerando las balas —dijo con su habitual profesionalismo jovial.

—¿En serio?

—Sí. Las cargo en el tambor por orden, de modo que la número uno salga la primera...

—Y la setenta y cinco la última.

—¡Exactamente! Así podemos comparar casquillos y balas y descubrir cuáles hicieron qué en nuestros escenarios del crimen.

No era necesario que le explicara más. Caine sabía que cuando Calleigh —u originalmente el asesino— disparara una recámara entera de munición, el arma se calentaría. Las marcas que dejaba el cañón en las balas y las marcas del perno del disparo y la expulsión que quedaban en los casquillos, cambiaban sutilmente a medida que el arma se calentaba más y más.

Si sabía cómo era la bala número sesenta porque la había señalado, le sería más fácil distinguir la número sesenta de cada escenario del crimen. Eso, claro, si el arma era la misma y las balas coincidían.

—Me gustaría decir —intervino Caine— que en vista de la sobrecarga de trabajo y los cadáveres que se nos acumulan... tu disposición es como una luz que ilumina en un mundo de oscuridad.

Ella sonrió.

—¡Bueno, gracias, Horatio! Es muy amable por tu parte.

—¿Qué vas a hacer cuando termines de señalar las balas?

Ella le sonrió de nuevo como si la respuesta fuera lo más natural del mundo.

—Iré a la Universidad de Cabrera, a nadar en la piscina.

6

Fiesta en la piscina

La Universidad de Cabrerra, ubicada en Coral Gables, un barrio de clase media alta, tenía una reputación académica respetable, pero para muchos era famosa básicamente por su equipo de fútbol.

Sin embargo, para Calleigh Duquesne, el programa de natación de la universidad era, aquella mañana cálida de otoño, el punto de mayor interés, aunque los nadadores no tuvieran la categoría nacional de los futbolistas.

Y no estaba allí para hacer ejercicio, al menos no de tipo físico, el único ejercicio que planeaba hacer tenía que ver con probar el AK-47 que su supervisor había tomado prestado del fiscal del Estado Ken LaRussa.

Con un aspecto totalmente profesional, en pantalones azul marino, blusa blanca y cazadora del CSI, se sentó en el atiborrado despacho del entrenador de natación Phil Cunnick, que hacía dos años que estaba a cargo del equipo. El olor a cloro de la piscina cercana empapaba el diminuto despacho: seguramente el entrenador ya no lo notaba, pero a Calleigh, visitante ocasional, le escocían los ojos. A su lado, en el suelo, tenía la bolsa con el AK-47, del que ya había analizado las huellas.

Alto y elegantemente musculoso, Cunnick —con la camiseta del equipo y pantalones de gimnasia— parecía joven para ser entrenador en la universidad; probablemente no llegaba a los treinta. Llevaba el pelo rubio largo, algo no muy habitual en un nadador; pero en ese punto de su carrera probablemente sólo competía en pruebas olímpicas.

Calleigh no conocía a Phil Cunnick, pero le había visto nadar por la tele en las últimas Olimpiadas. Tenía un encanto inmediato, favorecido por un pequeño parecido con Brad Pitt. Sus ojos verdes eran cálidos y amistosos, y su sonrisa, tan blanca como espontánea.

—¿Qué es esto? ¿Una broma? —preguntó Cunnick—. ¿Me está tomando el pelo?

—Pues no. Ya ha visto mi identificación. Y el jefe de su departamento le ha pedido que me recibiera.

—Sí, pero... ¿no esperará que le permita disparar en mi piscina olímpica de última generación?

Ella le dedicó una sonrisa tranquilizadora y mantuvo un tono ligero, aunque sus palabras no lo fueran.

—Miami-Dade tiene buenas relaciones con la universidad, nunca pondríamos eso en peligro.

—Lo siento, pero tengo que negarme.

Ella no dejó de sonreír.

—Le prometo que no le causaré ningún daño.

—No puede hablar en serio.

Ella le entregó los documentos.

Cunnick repasó la sucinta nota de su jefe de departamento una y otra vez. Después la miró a ella con firmeza.

—Mire, diga lo que diga el jefe de departamento, esta piscina, todo el recinto, está bajo mi responsabilidad.

—Lo comprendo. Yo me siento igual con mi laboratorio.

—Y tiene una bonita sonrisa, señora Duquesne, y unos modales profesionales muy encomiables. Pero no pienso dar mi aprobación a esto.

Ella se echó hacia delante.

—Se lo prometo, señor Cunnick, no le haré ningún daño a su piscina.

Él suspiró.

—Claro. Disparar un AK-47 dentro de la piscina no le hará ningún daño.

—El agua disipará la energía de las balas, serán inofensivas cuando lleguen al fondo.

Con la frente arrugada, él dijo:

—En la tele, los especialistas en balística siempre disparan contra contenedores de basura y cosas así.

Sin dejar de sonreír, Calleigh respondió:

—Primero, no somos especialistas en balística, eso es un término televisivo. Somos analistas de armas de fuego y en segundo lugar, aunque tengamos un depósito que utilizamos para disparar, el procedimiento funciona bien sólo con uno o dos tiros. Yo voy a disparar un cargador de setenta y cinco balas. Si se hace eso en el depósito, el agua se calienta demasiado y se distorsiona el análisis.

Él la miró como si Calleigh acabara de caer del cielo, atravesando el techo, y hubiera aterrizado en la silla que tenía enfrente.

—Bueno... Veo que ha convencido al jefe de mi departamento... ¿Me promete que el Departamento de Policía pagará cualquier desperfecto si se equivoca?

—No tengo autoridad para prometerle eso.

—Oh, pero usted...

—Eso no significa que estaría sin recursos si se produjera un accidente. No le estoy pidiendo que me firme nada. Y recuerde que la universidad está de acuerdo.

—¿Está segura de que esto no es una tomadura de pelo?

—Del todo.

—¿Y no puede decirme de qué va todo esto?

—Lo siento, pero no, forma parte de una investigación abierta.

—Bueno, esta arma de asalto... He visto los periódicos y las noticias de la tele. ¿Se trata de la guerra de bandas?

Como no podía responderle, Calleigh decidió probar otra táctica.

—Señor Cunnick...

—Phil.

—Phil. Puedes llamarme Calleigh en lugar de señora Duquesne. Voy a preguntarte algo, Phil: ¿hay alguien en el campus que sepa más de natación que tú?

Él le sonrió con engreimiento, la confianza en sí mismo era más fuerte que los recelos que acababa de manifestar.

—Ni un alma, Calleigh.

Ella le dedicó la más dulce de las sonrisas.

—¿Y quién cree que entiende más de armas de fuego que yo?

Las palabras dejaron helado a Cunnick por un momento; pero después se rió.

—Vale, lo probaremos. Pero si me rayas una baldosa, os pondré una demanda.

—Eso me parece bien —dijo ella alegremente.

Cuando salieron del despacho de Cunnick, había varios nadadores alrededor de la piscina, con los cuerpos perlados de gotas de agua y el pelo pegado al cráneo y goteando.

Calleigh caminó junto al entrenador, cargada con la bolsa. Inmediatamente empezaron los silbidos y gritos. No se lo tomó a mal, eran críos y no era precisamente la primera vez que alguien silbaba a Calleigh Duquesne.

En fin, se imaginó que la habían tomado por la novia del entrenador y que sólo querían fastidiarle un rato.

—Un poco de calma —dijo Cunnick al acercarse al grupo—. Cualquiera diría que sois unos bobos que no han visto antes a una chica.

—No como ella —dijo uno desde atrás, un poco sin aliento.

Sonriendo para sus adentros —le había gustado la elección de la palabra «bobos», que era una de las que usaba su padre, un insulto muy de antes, muy evocador—, Calleigh se desabrochó la cazadora. Apenas empezó, todos los chicos se pusieron a aullar... pero se callaron en cuanto vieron la pistola y la placa.

El único ruido en el recinto era el suave chapoteo del agua.

Calleigh les sonrió con educación.

—Chicos, necesito que me echéis una mano —dijo poniendo énfasis en la palabra «chicos».

Todos sonrieron y se agitaron mucho con atropelladas ofertas, que resonaron por las paredes como si salieran de un sueño.

—Callaos, idiotas —gritó el entrenador—. Escuchad a la CSI Duquesne.

Los murmullos que surgieron entre ellos —«¡Es del CSI!», «¡Caramba, una poli de escenario del crimen de verdad!»— indicaron que los chicos estaban sinceramente impresionados con Calleigh, de una forma diferente a la de antes.

—Primero —dijo Calleigh levantando un dedo—, necesito que salgáis un momento mientras hago mi trabajo. Mientras estáis fuera, el entrenador os explicará lo que tendréis que hacer cuando volváis.

—Venga, chicos —dijo Cunnick—. ¡En un minuto os quiero con los chándales puestos y fuera de aquí!

Ellos respondieron con presteza, acostumbrados a obedecer a su entrenador, aunque mientras se ponían los chándales no pararon de hacer preguntas, a él y a su invitada, pero ni el entrenador ni Calleigh les dijeron nada. Pronto el grupo de chicos salió por la puerta, mirando hacia atrás a la poco habitual visitante.

Se demoraron lo suficiente para ver a Calleigh abriendo la cremallera de la bolsa y sacando el AK-47. Se oyeron murmullos de asombro —«¡Qué pasada!», «¡Qué fuerte!»—, antes de que el entrenador empujara al rebaño de chicos boquiabiertos y los echara con un portazo final.

Entonces se hizo el silencio y Calleigh se quedó sola.

Una vez fuera, los nadadores atosigaban a preguntas a Cunnick.

—Entrenador, ¿quién es esta tía? —preguntó Rick Britton, especialista en espalda.

—¡Eh! —exclamó el entrenador echándole una mala mirada—. Un respeto.

Ben Jackson, nadador de mariposa, preguntó:

—¿Qué está haciendo? ¡Una CSI!

—¿Sale con ella? —quería saber Ron Murray, uno de los saltadores.

—¡Ya le gustaría! —exclamó Yoshi Tamura.

Turbado y abrumado por el acoso de sus pupilos, Cunnick levantó las manos, a punto de ponerse duro, cuando Calleigh, sin saberlo, le echó una mano.

Porque cuando empezó el tiroteo, todos sus valientes alumnos salieron corriendo, a pesar de que ella estaba dentro y ellos fuera.

Calleigh había llenado el depósito de cartuchos con sus balas numeradas, se había puesto gafas de seguridad y orejeras protectoras. Cargada con el arma caminó hasta la punta del trampolín bajo. Lo había preferido al trampolín más alto —una plancha a tres metros de altura, a su derecha— porque no era necesario subir tanto sólo para disparar unos tiros.

Además, desde aquella altura, el arco de los casquillos expulsados sería más largo, y ella quería que todo fuera lo más fácil posible para el equipo de natación, a pesar de su inmaduro e inocente asedio.

Situada en el extremo de la plancha, miró hacia el azul intenso de la piscina, con el AK-47 a punto. Debido a la luz de vapor de mercurio del techo, no veía su reflejo en el agua, pero si miraba atentamente a través de las suaves olas levantadas por los recientes ejercicios del equipo de natación, distinguía un punto oscuro en el fondo de la parte honda, que se figuró que sería el desagüe.

Cuidadosamente, con los pies separados y alineados con los hombros para que el retroceso del arma no la hiciera caer al agua, Calleigh se aseguró de estar en un ángulo lo más perpendicular posible a la superficie. Así los casquillos saldrían expulsados hacia la piscina.

Después apuntó al desagüe, bajo el agua, soltó el seguro, respiró profundamente

por la nariz, soltó el aire por la boca y apretó el gatillo.

El agua siseó y salpicó mientras las calientes balas se sumergían; incluso con las orejeras pudo oír el trueno que resonaba en la gran habitación embaldosada. El retroceso fue considerable, pero estaba acostumbrada al efecto y mantuvo el equilibrio con facilidad.

Tal como había asegurado al entrenador, la velocidad de las balas se disipó rápidamente, y todas cayeron sin causar daños al fondo de la piscina. Sin embargo, el agua se volvió blanca mientras Calleigh seguía salpicando la superficie con balas.

De haber usado el tanque que tenían en la central, debido al peso y el torpe trayecto de los proyectiles de 7,62 milímetros, habrían encontrado las balas no en el extremo más alejado —como podían suponer las personas no acostumbradas a las armas—, sino en el más cercano, porque las balas AK tenían tendencia a hundirse cuando tocaban el agua.

Los aficionados, por otra parte, pensaban que cuanto mayor fuera el arma, más lejos llegaría el casquillo. Pero Calleigh sabía que no siempre era así.

Disparando el arma, Calleigh Duquesne estaba en su elemento. De pequeña ya le encantaban las armas, y no se disculpaba por su interés ni sufría por los idiotas que hacían estúpidas presunciones sexuales sobre su pasión por las pistolas. En lo único que aquella afición se relacionaba con el sexo era en que ella siempre había sido bonita y menuda y las armas de fuego representaban exactamente lo contrario.

Pero disfrutaba con su poder, con la simple poesía de su mecánica y la habilidad que se necesitaba para utilizarlas de forma segura, precisa y responsable.

Al disparar la última ronda de balas se imaginó que, para entonces, el equipo de natación ya habría llegado a las colinas, y la idea de esos chicos malos con el rabo entre las piernas la hizo sonreír levemente. Al acabar con las setenta y cinco balas, un olor fuerte a cordita llenaba el ambiente. El arma estaba caliente y pesaba en las manos, a pesar de que se había descargado de setenta y cinco balas, y cuando finalmente el agua empezó a calmarse, Calleigh bajó del trampolín, disfrutando del calor interior que produce vaciar una recámara tan grande.

Después de quitarse las orejeras aún oía la reverberación de los disparos en la sala. Con el AK-47 en la mano, apuntando hacia abajo, se dirigió a la puerta y la abrió, e indicó al entrenador Cunnick que volviera a entrar con su equipo. Los nadadores miraron el arma al pasar por su lado hacia la piscina.

—¿Sabes lo que tienen que hacer? —preguntó Calleigh.

Cunnick sonrió.

—Estaba a punto de explicárselo cuando has abierto fuego. Algunos se han movido más deprisa ahí fuera que en la piscina. He tenido que ir a buscar a la mitad a las duchas.

Los chicos parecían avergonzados; con el pelo mojado y tirado hacia atrás eran como cachorros empapados que alguien hubiera intentado ahogar sin éxito.

—Qué, Calleigh —preguntó el entrenador—, ¿me has estropeado la piscina?

Con una sonrisa virginal, Calleigh dijo:

—Juzga por ti mismo, Phil.

Mientras Cunnick miraba por el borde de la piscina hacia el agua, Calleigh podría haberle dicho que todo estaba bien, pero sabía que lo que preocupaba al entrenador era el fondo. Bueno, si se sumergía con el resto, lo descubriría enseguida.

—A ver, chicos —dijo Calleigh—. Hay setenta y cinco balas y sus casquillos en el fondo de la piscina... y los necesito. ¿Quién quiere ir en busca del tesoro?

Nadie dijo nada, pero el frenesí de zambullidas y que en tres segundos sólo quedaran de pie al borde del agua ella y Cunnick explicaban las ganas de ayudar a la señora con el gran rifle.

Cunnick se quitó la camiseta y los pantalones de gimnasia y se quedó en un bañador Speedo.

—Mientras mis chicos te recogen las balas, yo voy a comprobar cómo ha quedado la piscina, si no te importa.

—Adelante. —Admiró en silencio la figura atlética del entrenador; era humana—. Y cuando salgas ¿te disculparás conmigo por dudar de mí?

Su respuesta fue una sonrisa rápida; ella se la devolvió y él se sumergió en el agua, y buceó para palpar el suelo en pendiente.

Al poco rato empezaron a salir nadadores que depositaban balas en un cubo de plástico que Calleigh había colocado para ello junto a otro cubo para los casquillos. Y en menos de diez minutos tenía las setenta y cinco balas y sus casquillos.

Cunnick aparecía de vez en cuando en la superficie para coger aire, y volvía a desaparecer. En una ocasión depositó un casquillo en el cubo antes de volver a sumergirse, pero en ninguna de sus breves salidas dijo nada a Calleigh.

Cuando todos los demás nadadores estaban ya fuera del agua y Calleigh recogía sus cosas, el entrenador finalmente salió de la piscina, cogió una toalla y empezó a secarse.

—Gracias, entrenador Cunnick —dijo Calleigh colgándose la bolsa del hombro.

—Ah, ahora que ya has acabado con mi piscina soy el entrenador Cunnick —bromeó él.

Ella se rió y dijo:

—Bueno, ¿ha pasado la inspección, la piscina?

—Ni un rasguño —dijo él insinuando una sonrisa—. No lo creía posible. Me parece que te debo una disculpa.

Ella meneó la cabeza.

—No es necesario. Tú y tu equipo me habéis ayudado mucho.

—Lo siento si han sido un poco descorteses.

—Son chicos. De hecho, han sido simpáticos después de que nos conociéramos un poco.

Él frunció el ceño.

—Pero ¿aún no puedes decirme de qué va todo esto?

—Lo siento, no puedo mientras la investigación esté abierta.

—Es por lo de las bandas, ¿no?

—Lo siento.

—¿Y más adelante? ¿Cuando la investigación ya no esté abierta?

Ella se encogió de hombros.

—Puede ser.

—Me encantaría saberlo. ¿Cenamos... un día? Si no te molesta.

—Tienes mi tarjeta. Puedes llamarme al trabajo y ya hablaremos.

Él se quedó con las manos en las caderas, sonriendo a medias.

—¿Sabes qué, Calleigh? Espero saber tanto de natación como tú de balística.

—Armas de fuego —dijo ella, y le guiñó el ojo.

Después, con la bolsa colgada al hombro, Calleigh se marchó caminando enérgicamente.

En los últimos dos días había sucedido todo lo que Andrew Chevalier había estado tratando de evitar.

Chevalier era un hombre robusto con muchos apetitos, tenía la piel del color de la caoba pulida, tirabuzones negros peinados hacia atrás y atados con una cinta negra de seda y una cabeza como un bloque de cemento, con una cara llena de cicatrices de peleas con navaja que se remontaban a sus días de juventud en la isla.

Ahora mismo los negocios iban bien para sus Faucones, y lo último que Chevalier y los suyos necesitaban era una guerra de bandas. Pero después del ataque de Mendoza contra Wallace, seguido de la absurda agresión contra el agente de la DEA, Burnett, se había desatado un infierno.

Sin embargo, como casi todas las bandas, los Faucones de Chevalier tenían un ratoncito en la casa de los polis... y aquella vocecita había susurrado que el foco de la investigación estaba pasando de Mendoza al cerdo de los Mitus, Manny Calisto.

Por ahora, de todos los jefazos de las bandas, sólo el de los Trenches, Peter Shakespeare, y el propio Chevalier se habían salvado de que les cargaran los asesinatos. Su instinto le decía que Mendoza, no Calisto, estaba detrás de los tiroteos; pero ¿quién podía estar seguro?

Burnett había fastidiado a Mendoza lo bastante para que éste quisiera verle muerto, y el impulsivo jefe de los Culebras era capaz de hacer algo tan tonto como matar a un agente de la DEA.

Ahora que los suyos estaban muriendo y sus lugartenientes pedían venganza a gritos, Chevalier sabía por lo que estaban pasando los demás jefes de banda. El maldito gobernador de Florida ya había hablado de hacer en Miami lo que su hermano había hecho en Irak. Chevalier sabía que si se desplegaba la guardia nacional, estaban todos acabados.

No se podía saber cuánto tiempo estaría la guardia en el sur de Florida, y cuanto

más tiempo se quedara, más dinero les costaría eso a las bandas: los negocios quedarían del todo paralizados.

Por una parte, lo que pensaba hacer Chevalier hoy estaba destinado a salvar a su banda y a sus empresas a largo plazo; pero, por otra, su plan también salvaría a sus competidores. Aunque se odiaran e intentaran robarse los negocios, la verdad era que si las facciones mantenían cerrada la boca y las manos apartadas de la garganta de los demás, todos sobrevivirían para disfrutar del pastel local, que tenía tajadas suficientes.

La primera llamada que realizó Chevalier fue a Calisto.

El número de móvil que tenía del traficante de drogas colombiano no servía, era evidente, porque se lo había cambiado a raíz de la crisis; pero Chevalier logró localizar a uno de sus lugartenientes, que pasó el mensaje a otro y probablemente éste a otro.

Finalmente, una hora y media después, desde el asiento trasero del Hummer marrón con chófer, Chevalier contestó el móvil.

La voz que le llegó por el teléfono era ronca y tenía un fuerte acento.

—¿Eres tú, Chevalier?

—Oui.

—¿Para qué me llamas, joder? ¿Te crees que puedes mandonearme? ¡Haré que cuelpquen tu cabeza de un asta!

Manny Calisto, sin duda.

Aquella respuesta podría haber sido el mensaje del contestador del jefe de la banda. Lo de la «cabeza en un asta» era una amenaza que profería contra todos sus enemigos, pero era una amenaza vacía: que Chevalier supiera, Calisto sólo había cumplido su gesta una vez, y con un traidor de su propia organización.

Aun así, Chevalier se puso furioso al oír la inacabable diatriba de Calisto. En lugar de devolverle la pelota por cómo los hombres de Calisto habían sido los primeros en abrir fuego contra los de Chevalier, el jefe de los Faucones se esforzó por mantener la calma cuando interrumpió al traficante de drogas colombiano para decir:

—Manny, ya lo has dejado claro. Haz el favor de escucharme.

—¡Qué cojones te has creído! —aulló Calisto—. ¿Cómo te atreves a darme órdenes?

Entonces el jefe de los Mitus lanzó otra de sus arengas y Chevalier tuvo que apartarse el teléfono de la oreja mientras esperaba que Calisto parara para respirar.

Cuando llegó ese momento, Chevalier dijo:

—Bueno, ¿quieres seguir gritando, amigo mío, o quieres que busquemos la manera de detener esta matanza? Antes de que el hermano del presidente mande a la guardia nacional y nos deje a todos sin negocio.

Le sorprendió el silencio que siguió y que finalmente Calisto dijera:

—Te escucho.

—Bien —dijo Chevalier—. Necesitamos sentarnos y hablar. Tenemos que

encontrar una forma de detener esto antes de que nos detenga a nosotros. Esta guerra acabará con todos nosotros.

—*¿Crees que si tú y yo nos reunimos impediremos que los Culebras o los Trenches se maten entre ellos? ¿O nos maten a nosotros?*

A veces Chevalier se preguntaba cómo había llegado Calisto a liderar a los Mitus; era evidente que era más tonto que las gallinas de la granja de los Chevalier, en las afueras de Belle Anse, en Haití.

—Tenemos que vernos todos —dijo Chevalier por teléfono—. Tú, yo, Mendoza, Shakespeare, incluso invitaría a alguien del grupo de Wallace, si supiera quién acabará mandando.

Un largo silencio indicó que Calisto probablemente estaba pensando que Chevalier era más tonto que las gallinas que los Mitus tenían en casa.

Entonces Calisto explotó con un estallido de obscenidades y añadió:

—*¡Estás completamente loco, nunca lo aceptarán! ¡Ni siquiera yo me apuntaría!*

Por un momento Chevalier se preguntó si no sería mejor mandarlo todo a paseo y salir a matar a los demás jefes. Sin embargo, a diferencia de Calisto, el cabecilla de los Faucones sabía que matar a Mendoza sólo sería poner una cabeza nueva a la serpiente, y ésta podría ser aún más violenta, más despiadada que el propio Mendoza.

Cargándose de paciencia, Chevalier dijo:

—*¿Crees que es una trampa?*

—*¿Qué pensarías tú, en mi lugar?*

—Estoy en tu lugar.

—*No, tú eres el que propones la reunión. ¿Cómo puedo saber... cómo podemos saber ninguno que no se trata de una condenada trampa?*

Chevalier era incapaz de este argumento.

—Manny, tenemos que hacerlo. Tenemos que reunimos.

—*¿Cómo vas a convencernos de que lo que persigues es la paz y no la guerra?*

—Podemos dividirnos los arreglos: tú eliges el lugar, Shakespeare puede elegir la forma, Mendoza la hora... y así yo no tomaré ninguna de las decisiones.

Las palabras lentas de Calisto interrumpieron otro largo silencio:

—*Podría funcionar.*

«Bien —pensó Chevalier—. Hacemos progresos...».

—*Pero —siguió diciendo Calisto—, entonces el problema es que Shakespeare y Mendoza querrán saber por qué elijo yo el lugar y no ellos... y eso no deja nada para que escojan los hombres de Wallace. Por no hablar de que si yo fuera uno de los hombres de Wallace, la única condición que pondría sería pegarle un tiro a Mendoza a la cara.*

—En esta reunión dejaremos fuera a los hombres de Wallace. De todos modos, son como pollos sin cabeza, sin su jefe.

—*¿Y eso otro que me preocupa?*

—Dividamos los planes de modo que todos podamos estar de acuerdo, me da

igual quién elija el sitio, siempre que sea neutral y seguro.

—*Hace tres días habría dicho que cualquier lugar público* —apuntó Calisto—. *Después de lo del Archer... ya no lo sé.*

Chevalier suspiró para sí mismo; aquello llevaría tiempo. Pero tenía que hacerse.

De otro modo, la matanza seguiría hasta que la guardia nacional le pusiera fin o hasta que estuvieran todos muertos. Para sobrevivir las bandas tenía que celebrar una cumbre y tenían que buscar una manera de funcionar. Se lo planteó así al colombiano, y cuando Chevalier terminó de hablar por fin Calisto le dio la razón.

Después batallaron con la idea otra hora y media hasta que elaboraron un plan que Chevalier se veía capaz de proponer a los demás.

Al menos creía que podría cerrar una tregua temporal con Calisto. Y si los jefes de las bandas conseguían llegar a un consenso, la vida y los negocios seguirían como hasta ahora.

Chevalier también pensó en la posibilidad de sacar algo más de esto. En los viejos tiempos, los días de Venici y Al Capone, las bandas rivales habían dejado de matarse entre ellas para llegar a acuerdos que habían hecho aparecer un sindicato criminal nacional.

¿Quién sabe? Tal vez de aquello saldría algo positivo, al fin y al cabo...

Horatio Caine, muy pensativo, estaba en su mesa repasando varias estrategias para poner fin a la guerra de bandas cuando Calleigh Duquesne entró, con la gran bolsa de lona colgada al hombro.

—¿Ya estás? —preguntó él.

—Del tiroteo, sí. Con los análisis ni siquiera he empezado. —Dejó la bolsa sobre una de las dos sillas situadas frente a la mesa de Caine y se sentó en la otra—. Pensaba que querrías devolverle esta prueba a LaRussa cuanto antes.

—Bien pensado.

—Empezaré a analizar las balas y los casquillos enseguida. —Le sonrió animada—. Intentaré darte un informe antes de acabar la jornada.

—Ojalá tuviera cien como tú —dijo Caine.

—Lo siento. Soy única.

Él sonrió, por primera vez desde hacía un buen rato.

—Sí, lo eres... Bueno, seguramente no nos perjudicará tener un poco contento a un fiscal del Estado. Si resulta que no está metido en el asunto, es mejor que esté de nuestra parte.

Calleigh se puso de pie y dijo:

—Ah, he buscado huellas en el AK-47 antes de probarlo, pero no he tenido tiempo de pasarlas por el AFIS.

Caine también se levantó, se puso la chaqueta y dio la vuelta a la mesa.

—No vaciles en contarme cualquier cosa que descubras.

—Lo haré.

Tripp no fue con él esta vez, y cuando un LaRussa con cara de agotamiento salió al vestíbulo a recibirle, Caine le ofreció la bolsa de lona.

—Veintitrés horas, treinta y un minutos —dijo Caine amablemente.

LaRussa intentó sonreír, pero no lo logró del todo.

—¿Qué pasa?

LaRussa apartó a Caine a un lado, lejos de la recepcionista.

—Acaba de llamar el abogado de Pelitier: nuestro hombre se ha cerrado en banda.

Sorprendido, Caine preguntó:

—¿Por qué?

LaRussa se encogió de hombros.

—Bueno, los dos trabajamos en edificios grandes con muchos oídos. Estos tipos tienen amigos en el sistema. A lo mejor le llegaron rumores de que estaban analizando el arma de nuevo, y ahora cree que puede capear la tormenta sin tener que vender a ninguno de sus confederados.

—Pero no hemos reabierto el caso.

—Lo sé. Lo que dijiste ayer era sólo... una broma.

—Ken, escucha...

—Ya soy mayorcito, Horatio. En fin, si el abogado de Pelitier se ha enterado de que te llevaste el arma, habrán deducido que has reabierto el caso.

Pensando en voz alta, Caine dijo:

—Bueno... Si el abogado del tipo sabe que el arma ha sido analizada de nuevo...

—Entonces también sabe que eso no puede ser malo para su cliente, con una buena coartada tanto para el asesinato de Wallace como para el de Burnett, es decir, que estaba encerrado tras las rejas.

—Que nosotros analicemos su arma no borra en absoluto lo que hizo en Little Haiti.

Otro encogimiento de hombros.

—Su abogado no lo ve de la misma manera.

Meneando la cabeza, Caine dijo:

—Entonces el abogado de Pelitier va a conseguir una inyección letal para su cliente.

—Eso no me ayuda mucho a lograr mi objetivo, que es mantener a los traficantes de droga fuera de la calle, Horatio.

Caine no dijo nada.

—¿Cómo han ido los análisis? —preguntó LaRussa—. ¿Has encontrado algo?

—Todavía es pronto. Cuando sepa más, te lo diré.

LaRussa le ofreció la mano.

—Sin rencillas. Estamos en el mismo equipo.

Esta vez, a Caine no le importó nada estrechar la mano del hombre.

Andrew Chevalier estaba sorprendido.

Y él no era de los que se sorprenden a menudo. Después de pasarse todo el día al teléfono, había conseguido convocar una cumbre con Calisto, Peter Shakespeare de los Trenches, él mismo y hasta el huidizo Antonio Mendoza de los Culebras.

Después de que los hombres de Wallace atacaron y pegaron fuego a su casa, Mendoza se había ocultado; la única manera de conseguir que el jefe de los Culebras aceptara presentarse en la reunión era que cada uno fuera con un lugarteniente... y que él eligiera el día y el lugar.

Los jefes de las otras bandas parecían más nerviosos ahora, y el propio Chevalier sentía un estremecimiento de miedo en el estómago; de todos modos, lo había conseguido: los jefes habían aceptado sentarse a hablar.

La reunión podía quedar en nada, pero al menos habrían hecho el esfuerzo. Por supuesto, la otra posibilidad era que hubiese ayudado a Mendoza a tenderles una trampa, y que por la mañana estuvieran todos muertos y los locos Culebras fueran los únicos que quedaran.

Al fin y al cabo, un hombre con narices para atacar a un agente de la DEA era capaz de cualquier cosa.

Chevalier tenía sus propios planes, en ese caso.

Aunque la mayor parte de soldados de Chevalier eran chicos sin formación y poco más que ofrecer que una devoción ciega a la causa de los Faucones, un puñado de ellos bien elegidos habían sido entrenados para ser letales.

Si a Chevalier le sucedía algo esta noche, Mendoza lo pagaría con su vida.

En el dormitorio de su refugio en Little Haiti, Chevalier se puso el chaleco Kevlar bajo una camisa negra holgada. Se puso un traje negro y después se colgó una gran cruz de oro. Se arrodilló y besó la cruz, una, dos, tres veces. Chevalier, que era católico romano convencido, estaba seguro de que Jesús le protegería de todo mal, como siempre había hecho. Habían quedado a las tres de la madrugada, en el bar del Archer Hotel, nada más y nada menos.

Las ventanas hechas añicos durante el tiroteo contra Kurt Wallace estaban tapadas con planchas, y tanto el bar como el hotel estaban cerrados por obras. Siendo como era el escenario de la primera matanza, el bar del Archer parecería el sitio menos probable para una cumbre como aquélla.

Eso lo convertía en un lugar ideal de reunión para cuatro hombres que no querían que nadie en la ciudad los viera juntos.

Media hora antes de la cita, Chevalier y su ayudante de más confianza, Jean-Claude, entraron en la rampa del aparcamiento de la esquina de Twelfth y Collins. Jean-Claude aparcó el Hummer marrón en una plaza vacía, cuyo techo quedaba a pocos centímetros del techo del vehículo.

Bajaron los dos del coche y Jean-Claude lo cerró con el control remoto. La bocina respondió, las luces parpadearon y los dos hombres salieron al fresco de la noche.

Mientras se dirigían a Ocean Drive, Chevalier preguntó:

—¿Caje está a punto?

Jean-Claude —alto, delgado, con marcas de viruela y un corte de pelo desdibujado— contestó:

—Lo está. Si nos sucede algo, Mendoza muere.

—Puede que tenga que besarle el culo a Calisto para mantener la paz. ¿Representa un problema para ti?

—Calisto es un cerdo.

—La pregunta sigue siendo la misma, Jean-Claude.

El encogimiento de Jean-Claude fue apenas perceptible.

—Dile a ese cabrón lo que te dé la gana, y cuando llegue el momento, Calisto acabará en el pantano para que los caimanes se alimenten de sus pelotas.

Delante de ellos la cinta amarilla y negra de la policía estaba hecha pedazos.

—Cuando llegue el momento —dijo Chevalier.

La banda de los cuatro

El teléfono despertó a Horatio Caine, que dormía con un sueño agitado, al primer timbre. El reloj de la mesita decía que faltaban unos minutos para las cuatro de la madrugada.

El supervisor del CSI se puso una camisa blanca y unos pantalones oscuros con una cazadora del departamento; después, mientras se apresuraba hacia el coche, se le ocurrió una idea. Abrió el móvil y marcó un número.

—Burnett —dijo aquella voz conocida, espesa de sueño, seguramente de un sueño inducido.

—Soy Horatio. Me han dicho que habías vuelto a casa. Perdona que llame tan tarde.

—Los malos no duermen.

—Y los buenos tampoco, por lo que parece —dijo Caine, apoyándose en el coche—. ¿Cómo tienes el brazo?

—No me contratarán como *pitcher*... pero es sólo un rasguño. Me hicieron quedar una noche para tenerme en observación. ¿Qué pasa? No me habrás llamado a las cuatro para que te dé un informe médico.

—De hecho, he llamado para saber si estabas listo para volver a la partida.

—Ya te lo he dicho, si no tengo que lanzar...

—Oye, sé que es un poco pronto... después de lo de Joanna.

Por Dios, ni siquiera se había celebrado el funeral.

—Por lo tanto no es demasiado pronto, Horatio. ¿Tienes algo?

—Necesito tu ayuda. Alguien quería eliminarte a ti y contigo tu experiencia en bandas. Ahora podría utilizar esa experiencia. ¿Podemos vernos?

—¿Dónde? —preguntó Burnett, directo al grano.

Caine se lo dijo.

—Vaya —exclamó Burnett—. ¿Otra vez allí?

—Otra vez allí.

Se oyó el ruido que hizo Burnett al sentarse en la cama, y luego éste dijo:

—Oye, tengo a Nickerson en casa... cuidándome un poco, hasta que... me encuentre mejor.

Burnett se refería a otro agente de la DEA, su excompañero, el jubilado Gabe Nickerson.

—Está bien tener amigos —dijo Caine.

—¿Te importa si lo traigo? Hace un tiempo que está retirado, pero sigue siendo muy válido.

—Apreciaremos la ayuda de Gabe.

Media hora más tarde, Caine se encontraba de nuevo de pie en la acera, frente al Archer Hotel. No llovía esa noche, pero soplaba una brisa fresca procedente del océano, como el fantasma de aquel fatídico mal tiempo de la primera noche, que daba al ambiente una nítida frescura.

Una manzana más al norte los turistas se habían retirado a pasar la noche, y la mansión Versace permanecía como un tributo silencioso al diseñador difunto. Caine recordaba perfectamente el día que lo habían llamado a la casa y había encontrado la sangre en la escalera principal, donde Gianni Versace había sido abatido a tiros.

El famoso diseñador, al bajar a buscar el correo o el periódico de la mañana, había salido prácticamente volando con un tiro en la cabeza. Encontraron dos casquillos del calibre 40 y una paloma muerta en el escenario. La investigación había conducido hasta Andrew Cunanan, el asesino de Versace, dentro de su casa flotante, echado en la cama, donde se había pegado un tiro.

La policía de Miami había resuelto el caso, pero cuando la historia llegó a la prensa de ámbito nacional, el FBI se les había adelantado, en todos los flancos, para atribuirse el mérito de parar los pies al asesino «rabioso». Por eso un caso como éste, con sus fronteras territoriales difuminadas, levantaba tantas ampollas y rencillas.

Caine valoraba que Jeremy Burnett no hubiera sido nunca uno de los federales sedientos de atención y titulares. Burnett se atribuía el mérito de lo que hacía, así como la culpa de sus errores, y siempre procuraba que los policías que le ayudaban en un caso recibieran las felicitaciones debidas. Entre el personal de la policía de Miami, se conocía a Burnett como un «policía condenadamente bueno»: un elogio inmenso para un federal.

—Creía que era el asesino quien volvía al escenario del crimen —dijo una voz detrás de Caine.

Se volvió y vio a Burnett, con una sombra de sonrisa en la cara demacrada.

—Bueno, esta noche se están rompiendo todas las normas —dijo Caine.

El agente de la DEA parecía macilento y la barba decía a las claras que no se había afeitado desde que le habían atacado. Sí, Burnett llevaba el pelo pulcramente peinado y tenía los ojos alerta, llevaba un traje gris y la corbata bien anudada. Pero estaba más que estresado, y no era de extrañar, considerando que habían matado a su esposa y a él le habían disparado hacía apenas sesenta horas.

Caine esperaba no haber hecho mal convocándole aquella noche.

Con Burnett venía un afroamericano alto y delgado, con el pelo muy corto salpicado de gris y unos ojos marrones vivos que todo lo veían. Gabe Nickerson era un hombre saludable, con sólo unos tres kilos de más que indicaban que la jubilación empezaba a hacerle efecto.

Caine estaba contento de que Nickerson cuidara a su excompañero. Recordando cuánto había sufrido los primeros días después de la muerte de Ray, Caine no dudaba que Burnett necesitaba apoyo y compañía en ese momento.

—Chicos, me disculpo por adelantado por el discurso que os soltará Matthers — advirtió Caine.

La voz áspera de Nickerson dijo:

—¿Qué pasa, me va a despedir?

—Es que vosotros dos..., sobre todo tú, Jeremy..., tenéis un conflicto de intereses. Diremos que os he pedido que vinierais como asesores.

Burnett puso una mano en el hombro del CSI.

—¿Y a ti cómo es que te dejan investigar el asesinato de una amiga? ¿No es una violación de las normas del departamento?

—Con todos los cadáveres que se acumulan ahora mismo —dijo Caine—, y la guardia nacional pisándonos los talones, no creo que mis jefes vayan a discutir conmigo porque trabaje en ningún caso.

—Imagino que no estamos en el Archer —dijo Burnett— por nostalgia... o para recrear un crimen.

—Tú lo has dicho —dijo Caine—. Esta noche ha sucedido algo aquí.

Tanto Burnett como Nickerson le miraron preocupados, y el primero dijo:

—¿Quieres decir que el asesino ha vuelto al escenario del crimen?

—Deberíamos comprobarlo personalmente.

—¿Todavía no has entrado, Horatio? —preguntó Nickerson.

—No. Acabo de recibir la llamada diciendo que teníamos otro ataque entre bandas con cuatro víctimas sin identificar. Por eso estáis aquí, para decirme quiénes son los hombres... y después ponerme al día sobre la política de las bandas a la luz de lo sucedido.

—Tú guías —dijo Burnett.

Una nueva cinta alrededor del escenario del crimen había sustituido las tiras viejas gastadas. La parte frontal del hotel seguía tapada con planchas, con múltiples agujeros que dejaban pasar la luz al interior, donde las lámparas halógenas ya estaban encendidas. Para entrar, el trío tuvo que pasar por detrás, a través del callejón.

La puerta trasera los condujo a un pasillo estrecho, que daba a la cocina. Allí, aunque las luces halógenas —de generadores eléctricos— eran la única iluminación, nada parecía muy fuera de lugar.

—¿El edificio sigue sin electricidad? —preguntó Nickerson mientras pasaban junto a mostradores y estantes de acero inoxidable.

Caine asintió con la cabeza.

—Las balas hicieron un estropicio. Los propietarios están pensando en hacer una obra de remodelación completa.

—¿Dónde estaban la noche del tiroteo? —preguntó Nickerson bromeando.

—¿Y el hotel? —preguntó Burnett.

—Deberían reabrirlo pronto, aunque estas cosas no son buena publicidad.

Caine pasó la escalera trasera, a la derecha, y empujó la puerta basculante que conectaba la cocina con el bar de la planta baja, donde estaban encendidas las luces

halógenas de trabajo. Las ventanas tapadas con madera contrachapada daban al lugar un ambiente de zona en guerra, incluso más allá de los cristales rotos.

Pero ahora había un nuevo estropicio en el bar que permanecía cerrado.

En medio de la habitación había dos mesas de cartas volcadas, las dos traspasadas por las balas. Había ocho sillas de metal plegables, con muchos agujeros y mellas, tiradas de cualquier manera por la sala, y cerca de las mesas, en el suelo, estaban los cuatro cadáveres.

Caine hizo que sus compañeros se quedaran atrás y se adelantó un poco dentro del escenario del crimen.

Speedle, Calleigh y Delko habían acudido antes a trabajar en el escenario y estaban plenamente concentrados: Calleigh recogía casquillos cerca del bar, Delko fotografiaba los cadáveres y Speed buscaba rastros en toda la zona.

Ninguno de ellos parecía mucho más vivo que los cadáveres; hasta Calleigh tenía unas oscuras ojeras debajo de los ojos. Aquellos dobles turnos provocados por la guerra de bandas se estaban cobrando un precio.

Los cuatro del suelo eran dos hispanos y dos negros; todos habían muerto a tiros y todos habían recibido varios. Caine reconoció inmediatamente a dos de ellos.

Por desgracia, uno de los muertos era Manny Calisto, y el supervisor del CSI se dio cuenta de que había cometido un error mayúsculo pidiéndole a Burnett que acudiera.

Caine volvió a donde había dejado a los dos hombres, pasando entre los agentes de la DEA y los cadáveres, con las manos levantadas y las palmas hacia arriba, como rindiéndose, y dijo:

—Tendré que pedirlos que salgáis, Gabe y Jeremy.

Burnett pareció sorprendido y aturdido.

—¿Por qué...?

Caine lo pensó y decidió poner las cartas sobre la mesa.

—Buscamos los datos parciales que nos diste de la matricida del coche que tiroteó tu casa.

—¿Qué descubristeis?

—La matrícula coincide en parte con la de un Lexus propiedad de Manny Calisto.

—Sí, claro, yo mismo te lo dije, que parecía un golpe de Calisto. —Después, poco a poco, Burnett empezó a comprender la verdad—. Oh, mierda... Calisto es uno de los muertos. ¿Lo has visto, Horatio?

—Lo he visto.

—Esto me convierte en una parte directamente interesada.

—Más que eso, me temo.

Nickerson tiró de la manga de Burnett.

—Está diciendo que eres sospechoso.

Los ojos de Burnett encontraron los de Caine y se quedaron fijos en ellos.

—A menos —dijo Caine en tono mesurado— que me des una coartada sólida

para el momento del asesinato, ahora eres sospechoso.

—Pero eso es una tontería —dijo Nickerson frunciendo el ceño.

—Pero tú también lo has pensado, Gabe —dijo Caine—. Eres poli.

El hombre corpulento estaba a punto de ponerse agresivo, pero Burnett se lo impidió levantando una mano.

—Caine tiene razón —dijo Burnett. Se dirigió a su antiguo compañero—. Tu intuición era correcta, Gabe. —Volviéndose hacia Caine, continuó—: Aclarémoslo. Ahora mismo.

—Bien —dijo Caine—. Pero aquí no.

Caine acompañó a los dos hombres fuera y cruzaron la calle, donde la conversación se retomó a la sombra de la mansión Versace.

Sin darle más vueltas, Burnett preguntó:

—¿Qué hora de la muerte supones? ¿Te lo han dicho por teléfono?

—Sí. A menos que el forense cambie de opinión de repente, hace una hora más o menos, poco después de las tres.

—Bueno —intervino Nickerson—. Eso es fácil, ¡estaba conmigo! Estábamos los dos durmiendo.

Burnett asintió.

—Gabe ha estado conmigo desde que me recogió en el hospital.

Caine miró un buen rato a Nickerson con dureza. Hacía mucho tiempo que le conocía y sabía que era tan honesto como Burnett. El problema era que algunos dirían que eran lo bastante amigos para responder el uno por el otro: los policías que habían trabajado juntos durante años eran como soldados. Esta amistad podía ser un vínculo más fuerte que el familiar.

Aun así, él no sería quien los castigara por ser policías.

—De acuerdo —dijo Caine—. Voy a confiar en vosotros, pero no puedo dejaros volver a entrar. ¿Habéis tocado algo mientras estabais dentro?

Los dos hombres negaron con la cabeza.

Con las manos en las caderas, Caine miró de soslayo a lo lejos, reflexionando. Finalmente dijo:

—Estabais muy lejos de los cadáveres, no habrá quedado ninguna huella.

Nickerson se agitaba nervioso.

—No me lo puedo creer...

En cambio, Burnett se mantuvo impertérrito y le dijo a su compañero:

—Ya sabes cómo va, Gabe, cuando Horatio cace al asesino, no quiere que nada nuestro contamine el escenario.

—¡Somos policías! —estalló Nickerson.

—Tú ya no —le recordó Burnett—. Tú eres amigo de un policía cuya esposa fue asesinada presuntamente por una de las víctimas. Cálmate, amigo.

—Buen consejo —dijo Caine.

Burnett continuó:

—Gabe, un abogado podría hacer una montaña de esto, mi presencia aquí podría crear duda razonable.

—Hazle caso —insistió Caine—. Jeremy, te agradezco que seas comprensivo, teniendo en cuenta que yo te he hecho venir.

—No te preocupes, Horatio. Sé dónde está tu corazón.

—Bien. Pero mi cabeza tiene que volver dentro, y vosotros dos no podéis.

Más tranquilo pero aún sombrío, Nickerson dijo:

—¿Qué? ¿Nos echas?

—Os agradecería que os quedarais por aquí un rato —dijo Caine—. Volveré con polaroids de los muertos dentro de cinco minutos.

—Vaya, sigues queriendo que te ayudemos a identificarlos —dijo Nickerson, todavía haciendo morros.

—Sí, por favor.

—De acuerdo —intervino Burnett—. Esperaremos.

Pero cuando miró a Nickerson, que seguía caminando arriba y abajo, Caine no lo vio tan claro.

De vuelta en el hotel, Speedle entregó a Caine una cámara Polaroid, y el supervisor del CSI sacó instantáneas de las caras de los cuatro muertos. Después volvió a salir para enseñárselas a Burnett y Nickerson.

—Calisto, por supuesto —dijo Burnett innecesariamente mirando la primera foto, y la pasó a Nickerson.

—Nunca ha estado tan guapo —dijo el hombretón.

Caine le dio a Burnett la segunda foto: la otra cara que el supervisor del CSI ya había reconocido.

—Todavía queda justicia, Horatio —empezó Burnett mirando la foto.

Caine entornó los ojos.

—¿Peter Shakespeare?

—El mismo. Jefe de los Trenches.

Nickerson fruncía el ceño.

—¿Los Trenches y los Mitus reunidos? ¿No es como los Hatfield reuniéndose con los McCoy?

—Ni más ni menos —dijo Caine—. Y quizá reunidos con alguien más, hay más sillas que cadáveres, allí dentro. A lo mejor esperaban a alguien más.

—Un proveedor, tal vez —propuso Burnett—. Quizás estaban consolidando sus negocios para intentar frenar a Mendoza, después de que Calisto matara a Wallace.

—A lo mejor alguien invitó a los jefes de las bandas a fumar la pipa de la paz —dijo Caine—, y después ese alguien se fumó a los jefes.

Burnett y Nickerson se miraron y asintieron con la cabeza.

—Éste parece de los Faucones —dijo Caine, y enseñó la tercera foto a Burnett: un negro de piel clara con tirabuzones largos y desordenados y un agujero de bala sobre el ojo derecho.

Pero tanto Nickerson como Burnett negaron con la cabeza y Burnett dijo:

—Ése es el segundo de Shakespeare; le llamaban Yellow Boy, pero su nombre auténtico era... —Miró a Nickerson en busca de ayuda.

—Kingsbury —dijo Nickerson—. Robert Kingsbury.

—¿El segundo de Shakespeare? —preguntó Caine—. No conozco a todos los miembros de bandas de la ciudad, pero a los que están arriba normalmente no los olvido. ¿Cómo es posible que no haya oído hablar de él?

—Acaban de promocionarlo —dijo Burnett con un encogimiento de hombros—. Cuando encerraron a Marcus Harriot.

—Y ahora lo han promocionado otra vez —comentó Nickerson—. Ha muerto.

Caine conocía el nombre de Marcus Harriot: el antiguo lugarteniente de Shakespeare, que había sido mandado a una cárcel federal de Atlanta con la perpetua.

—¿Y el número cuatro? —preguntó Caine enseñando otra polaroid.

A Burnett no se le escapaba nada.

—José Valdez, uno de los guardaespaldas de Calisto. Ha pasado casi toda su vida en Colombia, y no era pariente del hombrecillo, tampoco.

—Pues cada vez se lo veía en Miami más a menudo —añadió Nickerson—. Es un chiflado con el disparo muy fácil.

—Era —dijo Burnett arqueando una ceja.

Caine volvió a entornar los ojos.

—¿Alguno de los dos tiene idea de por qué estas dos facciones podrían haberse reunido, si no es para unificarse?

—Aparte de la idea de celebrar una cumbre —dijo Nickerson—, no tengo ni idea. Burnett tardó un rato más en hablar.

—Y si ya se hubieran unificado...

—Te escucho —dijo Caine.

—A lo mejor los dos habían participado en el ataque contra Wallace... y contra mí. Y ahora se reunían en un lugar neutral que estaba fuera de todos los radares...

—Para planificar el siguiente paso —dijo Nickerson retomando el hilo—. Tal vez para atacar a Chevalier y los Faucones, quizá los Culebras.

—¿Alguna idea de quién ha podido cargárselos? —preguntó Caine.

Nickerson le miró con sarcasmo.

—¿Quieres decir aparte de mi compañero?

Burnett, con expresión severa, dijo:

—Gabe... —Después el agente de la DEA se volvió hacia Caine—. Chevalier o Mendoza podrían haber descubierto lo que hacían Calisto y Shakespeare y haberlos eliminado, pero yo apostaría más por los hombres de Wallace.

—En serio —exclamó Caine.

—Si sabían que Calisto estaba detrás del ataque contra su jefe, no me sorprendería en absoluto que estuvieran esperando el momento oportuno para cargárselo.

Asintiendo, Caine dijo:

—Gracias, Jeremy. Sé que esto es difícil, pero te agradezco la ayuda.

Burnett de repente tenía lágrimas en los ojos.

—Horatio... No me había sentido tan vivo desde que...

Caine le apretó el hombro con la mano.

Nickerson alargó una mano a Caine, a modo de reconciliación, y los dos hombres se estrecharon la mano y se separaron.

Caine volvió dentro del escenario del crimen más popular de Miami para ayudar a su equipo a registrarlo.

A mediodía empezaron a filtrarse los resultados del Archer.

Caine convocó al equipo a la sala de reuniones. Alexx se apoyó en la mesa situada frente a Caine; Delko y Speedle, como siempre, estaban sentados en el mostrador, y Calleigh se apoyaba en el marco de la puerta. Las caras de los CSI de Caine expresaban cansancio, pero sus ojos estaban alerta.

—Cuatro más que añadido al recuento de cadáveres —dijo Alexx—. Todos muertos a tiros, aunque creo que en este caso se ha utilizado un arma diferente de la de los asesinatos de Wallace y Burnett.

Calleigh asintió.

—Sabemos que se utilizó el mismo AK-47 contra Wallace y contra Burnett. Esta vez actuó más de un pistolero, cada uno con un arma diferente. Una parece ser un HK53, que necesita munición 45 de 5,56 milímetros.

—Heckler & Koch —dijo Caine chasqueando la lengua con disgusto.

Los famosos fabricantes de armas alemanes habían desarrollado el HK53 para la policía y las brigadas antiterroristas; ahora el otro bando estaba utilizándolo contra las fuerzas de seguridad.

—Las armas son democráticas de verdad —dijo Calleigh—. Dejan que todos jueguen con ellas.

Alexx preguntó a Caine si podía volver al trabajo, y él se lo permitió. No le envidiaba la tarea que le esperaba. Después volvió su atención a Calleigh.

—¿Qué hay de las otras armas? —preguntó Caine.

—Probablemente un Ingram, que es de calibre 45... a menos que nuestro asesino fuera de la vieja escuela y utilizara un Thompson.

El Ingram también había sido diseñado como arma policial, éste fabricado en Perú. Por eso los cárteles de la droga lo tenían más fácil para introducirlos en el mercado negro.

—Entonces —dijo Caine—, no consideramos que en este caso se trate de los mismos agresores que en los otros casos.

—Si nos basamos en las armas —dijo Calleigh—, no. Éste parece formar parte de la creciente guerra de bandas. —Sonrió con los ojos brillantes—. Sin embargo, he

descubierto algunas cosas interesantes sobre el arma que nos dio Ken LaRussa.

—¿Qué? —preguntó Caine.

—Definitivamente es el arma que utilizaron para matar a Kurt Wallace y a Joanna Burnett.

El suspiro de Caine fue como un soplo provocado por un puñetazo en el plexo solar.

—¿Y cómo volvió al almacén de pruebas?

Ella le dedicó su sonrisa más animada.

—Espero que sea una pregunta retórica, Horatio, porque no tengo ni idea. Pero estoy segura de que encontrarás la forma de explicarlo.

—Gracias.

—¿Estará detrás de esto nuestro amigo LaRussa? —preguntó Speedle.

—Es demasiado pronto para saberlo —siguió Caine—. El fiscal ha colaborado, aunque me costó un poco. Pero hablaré con Ken en cuanto acabemos.

—Mientras tú haces eso —dijo Speedle—, quizá nosotros deberíamos charlar con Andrew Chevalier.

—El jefe de los Faucones —dijo Caine—. ¿Por qué?

—Sus huellas estaban en una silla y una mesa del Archer. Uno de sus ayudantes, un tipo llamado Jean-Claude Navarre, también estaba, o al menos estaban sus huellas.

—Esto empieza a parecer una cumbre que se convirtió en trampa —dijo Caine—. Speed, cuando acabemos ve a buscar a Tripp y que te acompañe a visitar a Chevalier... si podéis localizarlo.

Delko arqueó las cejas.

—Los jefes supervivientes ya estarán bien escondidos.

—Una observación razonable aunque evidente, Eric —dijo Caine—. ¿Algo más?

Delko asintió.

—Calleigh ha analizado la pistola Valor que encontré en la cloaca. No tiene nada que ver con el tiroteo, pero la hemos relacionado con un asesinato que hubo hace un mes en Bayfront Park.

—Interesante —dijo Caine.

Calleigh intervino.

—Mataron a una mujer durante un aparente tirón de bolso.

—¿Alguna otra prueba?

Delko siguió:

—No mucho. Ni bolso ni monedero.

—¿La eterna y popular desconocida? —preguntó Caine.

—Era desconocida el día que la encontramos y todavía no la hemos identificado.

Caine lo pensó un momento, y después dijo:

—Trabaja en eso cuando tengas tiempo, Eric, pero por ahora quiero que te concentres en el caso de las bandas.

—Lo haré —dijo Delko—. Ah, hemos encontrado el coche de Calisto aparcado

en un garaje de Collins Avenue.

—Cuenta.

—Un Lexus plateado, con matrícula delfín LDX145, que se ajusta a la descripción que te dio Jeremy Burnett.

—¿Alguna abolladura?

Delko meneó la cabeza.

—No, parece salido del concesionario.

—Y sabemos que el vehículo del asesinato en el Archer chocó con un coche aparcado.

Speed hizo una mueca.

—H, ha tenido tiempo de arreglarlo.

—De acuerdo —aceptó Caine—. Busca en los concesionarios de Lexus y en los talleres de chapa.

—¿Depósitos de chatarra? —preguntó Delko.

—Sí. Mira si Calisto compró un nuevo parachoques. ¿Algo más?

Delko tenía algo.

—Hemos encontrado el coche de Shakespeare aparcado en Ocean Drive. Lo hemos inspeccionado. Nada interesante.

—Bien hecho —dijo Caine—. ¿Algo más?

Todos negaron con la cabeza y Delko y Speed bajaron del mostrador.

—Entonces —apuntó Caine—, vamos a ver si podemos detener esta guerra.

Ken LaRussa, sentado detrás de su inmensa mesa, con las manos unidas como en plegaria, se echó hacia delante y preguntó:

—¿Tienes algo?

Horatio Caine, sentado frente a él, contestó:

—Ya te dije que, en cuanto supiera algo, te lo comunicaría, Ken.

—Bien. Te agradezco que me mantengas informado.

—Calleigh ha comparado las balas y los casquillos. El AK-47 que me diste, el que Julian Pelitier utilizó para matar a aquellas personas en Little Haiti, es la misma arma que mató a Kurt Wallace y a Joanna Burnett.

LaRussa se puso pálido.

—No... eso es imposible. ¡Tu Chica Bala ha cometido un error!

—Júzgalo tú mismo, Ken. —Caine dejó unas fotos de dos balas sobre la mesa, una al lado de la otra.

Las marcas sufridas por las balas al salir del cañón caliente eran claramente visibles. E idénticas.

Frunciendo el ceño, LaRussa examinó las fotos.

—¿Ambas... ambas son del AK?

—Sí.

—¿Cómo demonios es posible esto?

—Bueno, por ahora, Ken, no lo sé —dijo Caine con sinceridad—. Pero es mejor que me ayudes a encontrar la explicación antes de que te conviertas en el principal sospechoso de estos homicidios múltiples.

Los ojos de LaRussa se mostraban tan desanimados como abiertos.

—¿Sospechoso?

Caine asintió.

LaRussa se incorporó un poco y dijo:

—Deberías ser prudente con la utilización de esa palabra, Horatio.

—Comprendo tu reacción, Ken. Vamos a repasarlo. Tú estás a cargo del almacén de pruebas.

—Bueno..., técnicamente, sí.

—Y no te gustan los traficantes de drogas.

—Es cierto —dijo LaRussa, tenso y sin dejar de mirar de vez en cuando las fotos de las balas que todavía sujetaba con una mano—. ¿Le gustan a alguien?

Con calma, Caine prosiguió:

—Tienes acceso. Tienes motivo.

Los ojos de LaRussa se cerraron.

—Entendido. Entendido, ya veo por dónde vas.

—A menos, claro, que puedas explicar lo que ha descubierto Calleigh en la foto que tienes en la mano.

El fiscal miró la foto una vez más, después la tiró sobre la mesa. Se apoyó en un codo y se tocó los ojos con dos dedos.

—Ya... sabes... sabes que no puedo —dijo LaRussa. Después, el fiscal se irguió y colocó las manos planas sobre la mesa—. Estamos hablando de mi carrera.

—En realidad, Ken, se trata de las vidas de nueve personas, incluida Joanna Burnett. Es de eso de lo que estamos hablando.

—Yo... no quería minimizar la importancia de las... víctimas.

—Quiero que me contestes a una pregunta, Ken. Y mírame.

Los ojos de LaRussa se encontraron con los de Caine.

—¿Eres culpable, Ken?

La pregunta le cayó como una bofetada, pero rápidamente se rehizo y contestó:

—¡No!

Caine sostuvo la mirada del hombre.

—Si lo eres, Ken, te pillaremos. Ya sabes lo bueno que es mi equipo.

Poco a poco, LaRussa asintió.

—Eso me beneficia, Horatio... porque soy inocente.

—¿Sabes qué? Te creo.

Un poco de esperanza chispeó en los ojos del abogado.

Caine levantó el dedo índice.

—Si me estás diciendo la verdad, y mi instinto no me engaña, sé que vas a

colaborar conmigo y con mi equipo en todo.

LaRussa lo pensó.

—Escucha, Horatio..., también soy abogado. Y conozco mis derechos...

—Ya lo imagino. —Caine se encogió de hombros—. Pero pensé que querrías limpiar tu nombre antes de que esto llegue a los medios.

—Me estás amenazando con filtrar...

—No. No jugamos a eso. Aunque como tú mismo has dicho, trabajamos en grandes edificios en una ciudad grande. Necesitamos movernos con discreción... y rapidez.

Tragando saliva, LaRussa volvió a recostarse en el respaldo.

—Estoy dispuesto a colaborar, Horatio. ¿Qué necesitas?

—Para empezar, una lista de todos los guardias del almacén de pruebas y todas las cintas de los períodos en que los guardias no están de servicio.

LaRussa suspiró.

—¿Qué más?

—Necesito que entrevistes a los guardias que vigilan el exterior mientras no hay servicio. Podrían haber visto algo sin siquiera saberlo.

De nuevo los ojos de LaRussa se abrieron mucho.

—Necesitaré tiempo para reunirlo todo.

—Sugiero que lo tengas listo en veinticuatro horas —dijo Caine—. Oh, sí, también necesitaremos un inventario completo de las armas del almacén de pruebas.

—Esto va contra las normas, rompe al menos seis...

Caine sonrió plácidamente.

—¿Nos importa de verdad, Ken? Piensa en esto: alguien no sólo ha sacado un arma de aquí, sino que además la ha devuelto. ¿Qué mejor lugar para encontrar un arma que donde hay miles, y qué mejor lugar para esconderla?

—No vas desencaminado —dijo LaRussa. Parecía diez años mayor que cuando Caine había entrado en el despacho—. Horatio, ¿hasta qué punto estoy jodido?

—Bueno, si me mientes y estás detrás de esto, estás jodido con una inyección letal.

—Por favor...

—Si no lo has hecho... y yo no lo creo... has sido incompetente en un aspecto de tu trabajo, lo que significa que tu jefe te dará un cachete.

—¿Y los medios?

—Eso no puedo controlarlo. Pero nadie sabrá nada por nosotros.

De repente LaRussa se echó a reír, con una risa ronca.

—Tú sabes que el AK-47 está ahí abajo en este momento. ¿Cómo sabes, Horatio, que no destruiré esa prueba? ¿Que no la tiraré al mar?

—Creo que tenemos suficiente, aunque lo hicieras. Pero realmente no creo que seas culpable, Ken.

El abogado se animó un poco al oírlo.

—¿Por qué no, Horatio?

—No eres Harry el Sucio: no irías por ahí tiroteando a los malos. Quieres encerrar a los miembros de las bandas para hacerte un nombre y llegar a senador. No eres un delincuente, Ken, sólo un político.

LaRussa volvió a reírse, como si gruñera.

—Gracias por esto, al menos.

—Eh, delincuente, político. Es una línea fina.

Y esta vez, cuando Caine salió del despacho de LaRussa, el fiscal del Estado no le tendió la mano para estrechar la suya.

Little Haiti había asimilado algunas de las zonas más antiguas de Miami —Little River, Lemon City, Buena Vista East y Edison Center— y se había convertido en una próspera zona metropolitana del sur de Florida.

Tenía a casi 34.000 habitantes y hervía con el entusiasmo, la música y los brillantes colores de su nombre caribeño. Aunque el centro estaba alrededor de Northeast Fifty-fourth Street, más o menos entre North Miami Avenue y Biscayne Boulevard, Little Haiti seguía más al norte por Northeast Third Avenue y 80th Terrace: un barrio con un ritmo diferente, colores más apagados y la agotada desesperación que provoca tener que pelear en una guerra veinticuatro horas al día, siete días a la semana.

Aquél era el territorio de los Faucones, el reino de Andrew Chevalier, y Speedle y Tripp habían estado dando vueltas con el coche toda la tarde sin éxito. Little Haiti sólo era pequeño de nombre, y no habían tenido la suerte de localizar al jefe de los Faucones.

Además, su coche sin identificación no habría gritado «Soy policía» más fuerte de haber sido azul y blanco, y nadie en aquella parte de la ciudad deseaba tener tratos con la policía.

Estaban a punto de dejarlo cuando sonó el móvil de Speed. Se lo sacó del cinturón y apretó una tecla.

—Speedle.

—*Horatio.*

—Lo siento, H, no hemos encontrado a Chevalier. Hemos mirado en tres de sus supuestos refugios, pero nada.

—*Eso es porque no está en Little Haiti.*

—¿Dónde está, pues?

—*En una casa de apartamentos, cerca del aeropuerto. Dice que quiere que nos veamos.*

Speedle arrugó la frente y sonrió.

—¿Va a entregarse?

—*No estoy seguro. No recibí la llamada, fue en la centralita. Ve a verle, por*

favor. Estás más cerca que yo... Y con la pistola en la mano, Speed.

Caine le dio la dirección, y muy pronto Tripp aparcó el coche frente a un edificio de ladrillo de dos pisos pintado de color naranja limón. Con las manos en las caderas, Speedle echó un vistazo al lugar y calculó que tendría ocho apartamentos en total.

—H dice que el de Chevalier es el número ocho, segundo piso, al fondo a la izquierda —dijo Speedle.

—Bueno —dijo Tripp, sacando el arma de la funda de la cadera—, vayamos a ver de qué quiere hablar este ciudadano preocupado.

—Vayamos —dijo Speed con una mueca, sacando también su arma.

Entraron por una puerta endeble y subieron unos escalones cubiertos por una alfombra tan gastada que era fácil tropezar y caer. En el segundo piso la alfombra raída seguía por el pasillo, junto a puertas detrás de las que se oía a niños que lloraban y seriales y concursos de la tele. Se detuvieron ante la última puerta a la izquierda; apartamento número ocho.

El pasillo olía a fritos, pero Speed no podía decir si el olor procedía del número ocho o del apartamento de enfrente. Ninguno de los dos se situó directamente delante de la puerta. Con las pistolas en la mano, cada uno se apostó a un lado. Tripp miró a Speedle y luego llamó a la puerta.

Un momento después la puerta se abrió un poco y una mujer afroamericana les mostró parte de su cara, media cara atractiva y malhumorada.

—Policía de Miami-Dade —dijo Tripp, y sacando con la mano vacía la placa del bolsillo de la chaqueta deportiva—. Soy el detective Tripp, y él es el CSI Speedle. Nos han dicho que el señor Chevalier quiere hablar.

—No necesitan las armas.

Tripp y Speedle intercambiaron miradas y se guardaron las armas. Pero los dos dejaron la mano sobre la pistolera.

—Mejor —dijo ella con su fuerte acento caribeño, y cerró la puerta.

Oyeron que retiraba la cadena de seguridad.

La mujer volvió a abrir la puerta y Speedle comprobó que la media cara que había visto a través de la rendija no había engañado. La mujer era espectacular, alta y delgada, una especie de Tyra Banks con el pelo corto y revuelto, una camiseta de los Hurricanes de la Universidad de Cabrera y unos pantalones vaqueros muy cortos. Su forma de moverse lenta daba la sensación de que cualquier actividad le resultaba un fastidio.

Entraron en una sala decorada, en opinión de Speed, en estilo Parque de Caravanas Temprano: una tele en un rincón, rodeada de un sofá de saldo y dos sillones enormes, seguramente rescatados de algún hotel de la playa en quiebra. En la esquina del comedor, a la derecha, había una mesita de aluminio y cuatro sillas plegables.

—¿Dónde está Andrew Chevalier? —preguntó Tripp.

La mujer dobló un dedo y los guió por el pasillo.

Tripp pasó delante, con la mano todavía sobre la culata del arma. Speed observó mientras Tripp echaba un vistazo al cuarto de baño sin llegar a entrar, después se volvió e hizo lo mismo con el dormitorio de la izquierda; Speedle vio un baño minúsculo pero limpio y un dormitorio diminuto y vacío.

La anfitriona se paró al final del pasillo frente a una puerta a la derecha. Llamó suavemente y luego entró, les cerró la puerta en las narices y los dejó en el pasillo.

Pudieron entrever una habitación a oscuras, pero sobre todo olieron un fuerte hedor que obligó a Tripp a volverse hacia Speedle, mareado.

—¿Qué es este olor? —preguntó.

—Sangre de gallina —dijo Speedle.

El detective miró a Speedle como exclamando: «¿Qué?».

—Un hechizo vudú de curación.

—¿Vudú? ¿Como lo de clavar agujas a las muñecas?

—Vudú —dijo Speedle—, como en Haití. El lugar de nacimiento de Chevalier. Un montón de gente cree que Haití también es donde nació el vudú en este hemisferio.

—No me digas.

—De hecho se reconoció como religión legítima la pasada primavera.

—Sí, bueno, recuérdame que me suscriba al Discovery Channel.

Speedle se encogió de hombros.

—Te gustará.

La mujer abrió la puerta y les hizo una señal para que entraran.

Intercambiaron gestos que significaban «Qué coño pasa» y la siguieron en la oscuridad. Esta vez Speedle pasó delante, caminando con cuidado para no pisar el rastro de sangre de gallina que había junto a la puerta.

Las paredes eran de un gris oscuro y la única luz se filtraba por las persianas venecianas medio cerradas. La habitación estaba ocupada por una cama enorme que apenas dejaba espacio para moverse a su alrededor. Speedle advirtió que el rastro de sangre de gallina daba la vuelta a la habitación y que había gallinas muertas, con los cuellos cortados y las plumas apuntando al suelo, colgadas de todos los rincones y frente a la única ventana de la habitación.

En la cama, desnudo, con una sábana tirada de cualquier manera sobre su ingle, había un hombre corpulento de raza negra con largos tirabuzones: Andrew Chevalier.

Speedle reconoció fácilmente al traficante de drogas, aunque tenía la enorme cara tapada por vendas empapadas de sangre. Otras vendas cubrían heridas en ambos brazos, una pierna y un punto junto al hueso pélvico del lado izquierdo.

El CSI había visto suficientes heridas de bala en su experiencia laboral para saber que no era probable que las numerosas y graves heridas que había sufrido Andrew Chevalier se curaran con magia vudú.

8

Suite para los asesinos

La malhumorada y atractiva afroamericana se aposentó en la cama junto al herido Chevalier, cuyos ojos estaban tapados con una grotesca venda empapada de sangre. La mujer le limpió la frente enfebrecida con un paño húmedo que había cogido de una mesita diminuta.

—Llama al nueve-uno-uno, enseguida —dijo Speedle a Tripp.

Pero Tripp ya tenía el móvil en la mano.

El traficante de drogas respiraba con dificultad y su torso enorme se estremecía. Después, con un susurro áspero y pequeño para un hombre tan corpulento, dijo:

—¿Quién es? ¿Quién está ahí?

—Soy Tim Speedle, CSI. Conmigo ha venido el detective Frank Tripp.

—Homicidios —dijo Tripp.

Una débil sonrisa apareció en la cara de caoba vendada y perlada de sudor.

—Llegan... un poco... pronto.

Tripp no dijo nada: tenía el 911 al teléfono. Salió al pasillo para hablar, mientras Speedle se quedaba vigilando y la amorosa enfermera de los pantalones vaqueros cortos calmaba la fiebre del gran hombre ciego.

—Ya viene una ambulancia —dijo Speedle.

El hombre volvió a respirar con dificultad.

—Usted... parece muy joven. He pedido que viniera... Horatio Caine.

—Soy mayor —dijo Speedle—. Trabajo para Caine. Está muy atareado intentando detener esta guerra de bandas.

—Yo... yo también lo estaba.

Speedle se sentó en el borde de la cama y se acercó más al hombre.

—¿Es lo que estaba haciendo en el Archer?

—Sí... lo era. Y ya ve... ya ve lo que me ha pasado.

—No es el Premio Nobel de la Paz —reconoció Speedle.

La mujer miró a Speedle con mala cara.

—Lo está cansando. Calma.

Speedle la miró.

—Lo llevaremos a un hospital.

Pero fue Chevalier quien contestó, con algo entre la risa y el ahogo.

—Ya es demasiado tarde..., los dos lo sabemos. Tim, ¿no?

—Tim. Mire, lo intentaremos. Está hablando conmigo. Sigue con vida. Aguante un poco.

Chevalier hizo un movimiento, probablemente intentando encogerse de hombros,

pero más bien fue un estremecimiento.

—Si me muero aquí..., muero en un lugar seguro... en los brazos... de mi gente. ¿Lo comprende? ¿Ve por dónde voy?

—Claro —contestó Speedle.

—Si me... si me lleva a un hospital... y me remiendan... ¿Qué podría durar..., veinticuatro horas más? —Empezó a respirar con un silbido. Después continuó—: ¿Cree que no... que no volverán y terminarán el trabajo?

Tripp volvió a entrar en la habitación y le hizo una señal a Speedle con la cabeza mientras sacaba el cuaderno.

No tenían mucho tiempo, y aunque a Speedle no le hacía gracia atosigar a un moribundo, tenía que hacerle unas preguntas... que eran en interés del moribundo, al fin y al cabo, porque contribuir a encontrar a su asesino era lo único que le quedaba a Chevalier.

—Señor Chevalier..., ¿quién le ha hecho esto?

El hombretón no perdió el tiempo.

—No lo sé, maldita sea. No lo sé. Quizá Mendoza..., los hombres de Wallace, podría ser... alguien que se enteró de nuestro plan.

—¿Qué plan?

Chevalier hizo un ligero gesto con la cabeza, mirando ciegamente hacia su hermosa enfermera, que comprendió y levantó un vaso de agua de la mesita, lo sostuvo con una mano y colocó una pajita con la otra para que el hombre sorbiera.

Parecía que le costaba tragar, y el jefe de los Faucones tardó un momento en poder volver a hablar. Speed no quería fatigar al agonizante, a pesar de que cada segundo era precioso.

—Señor —dijo Speed.

—Era... era mi plan, en realidad. Pensaba que si podía reunir a los Faucones, los Mitus, los Trenches y los Culebras... podríamos parar aquella guerra. Si el gobernador declaraba la ley marcial, todos salíamos perdiendo.

—Pero alguien convirtió la conversación de paz en una agresión.

El señor de la droga logró asentir un poco con la cabeza; el silbido de su respiración se hizo más audible.

—¿Dónde está su amigo Jean-Claude? —preguntó Speed—. Encontramos sus huellas en el Archer.

Chevalier volvió la cabeza hacia la mujer.

—*Où est Jean-Claude?*

—*Dans le Hummer.*

Los ojos vendados y legañosos volvieron a situarse sobre Speedle.

—Hay una hilera de cuatro garajes... detrás del edificio... Mi Hummer estará dentro. Jean-Claude estará dentro.

—¿Está muerto su amigo? —preguntó Speedle.

—Mucho... Yo me quedé ciego... pero Jean-Claude me sacó de allí... y me

metió en el coche. Nos escapamos, pero por su respiración... me di cuenta de que estaba herido también... y no podía hablar. Le pedí que me trajera aquí... Sareena es amiga mía. Sabía que me ayudaría.

La mujer, cuyo mal humor ahora Speedle interpretaba como aflicción, acarició la frente del paciente con el paño húmedo.

El CSI preguntó:

—¿Se ve con fuerza para explicar lo que pasó?

Después de otra señal de Chevalier, la mujer volvió a darle de beber. Sorbió, tragó con dificultad y tosió, de aquella manera ronca, y Speedle se preguntó si el hombre habría cruzado ya la frontera final.

Pero un momento después, la respiración del traficante de drogas se tornó en un resuello sibilante.

—Estuve todo el día negociando, con los otros tres, y quedamos en el Archer. El local estaba cerrado, no pensamos que a nadie se le ocurriera que estaríamos allí.

—Alguien lo sabía —señaló Speedle.

—Alguien... Jean-Claude y yo llegamos los primeros. Al fin y al cabo había sido idea mía que nos reuniéramos. Jean-Claude registró la planta baja, el bar, el vestíbulo y no encontró a nadie. Ninguna señal de que hubiera entrado nadie antes que nosotros.

—¿Y arriba? ¿Las habitaciones vacías del hotel?

—Acordamos... acordamos que cada uno traería sólo a un... un acompañante. No me apetecía quedarme solo abajo mientras Jean-Claude subía.

—¿Por qué no subió con él?

—Soy... soy un hombre corpulento... Los ascensores no funcionaban... No me gusta subir escaleras. Me ahogo.

Muy pronto se ahogaría aún más, pensó Speedle, y preguntó:

—¿Quién llegó a continuación?

—Shakespeare... Él y su hombre llegaron los siguientes. Mientras el jefe de los Trenches y yo nos quedábamos abajo, Jean-Claude y el hombre de Shakespeare realizaron un registro rápido arriba. Sé que estuvieron en la primera planta..., no sé si fueron a la segunda.

—¿De modo que Manny Calisto fue el último en llegar?

—*Oui*. Entró, se sentó, y antes de que pudiéramos decir ni una palabra... aquello se convirtió en un infierno.

—¿Entonces Mendoza no llegó a la fiesta?

—No. Se... se perdió la diversión.

—O la empezó —dijo Speedle.

—Podría ser. Él decidió el día y el sitio.

—¿Por qué?

—Nos dividimos las condiciones del encuentro... por... —se rió y le dolió— por razones de seguridad.

—¿Y el grupo de Wallace?

—No estaban invitados. Están demasiado..., no sé cómo decirlo.

—Exaltados.

—Sí. Exaltados. Pero podrían haberlo hecho sus hombres. *Oui*, podrían haber sido ellos. Sobre todo si creen que Calisto está detrás del tiroteo contra su jefe.

—O sea, que entraron disparando. ¿Cuántos eran?

Chevalier levantó dos dedos.

—¿Dos?

—*Oui*.

Speedle y Tripp intercambiaron miradas.

—Ustedes eran seis —dijo Tripp—. Debían de ser buenos.

El hombretón lo confirmó con un gesto débil con la cabeza. Aceptó otro sorbo de su enfermera, tosió una vez y dijo:

—Entraron en el bar por detrás.

Speedle sabía que eso significaba que los agresores podían haber entrado por la puerta trasera, por la cocina o por la escalera posterior, desde los pisos superiores de las habitaciones del hotel.

Chevalier continuó:

—Uno fue hacia la derecha, el otro hacia la izquierda, y antes de que nos enteráramos, Calisto y su hombre estaban muertos. No creo ni que se dieran cuenta de que habían entrado los asesinos. Demasiado rápido. Demasiado rápido.

—Pero ¿usted los vio?

—Sí... Jean-Claude intentó ponerse delante de mí, pero los dos caímos heridos.

—¿Vio cómo le daban a Shakespeare?

—*Oui*, pero al menos su hombre pudo sacar el arma y disparar antes de que le mataran.

—¿Hirió a alguno de los agresores? —preguntó Speedle.

—No lo creo... pero no lo vi. Tenía el cuerpo de Jean-Claude encima de mí entonces y... las balas, una me cruzó la cara y me dejó ciego.

—¿Les pudo ver la cara antes de que le dieran?

—Iban de negro, llevaban la cara tapada con pasamontañas. Y guantes, también.

—¿Profesionales, diría?

—Mucho. Muy profesionales.

—¿Cómo evitaron usted y Jean-Claude que esos dos les remataran allí mismo?

—Creyeron que estábamos muertos. Echaron un vistazo a los cadáveres, me lo dijo Jean-Claude... Primero a los otros dos. Entonces se oyeron sirenas... Alguien desde la calle debió de avisar y vuestra gente debía de estar cerca. El caso es que se marcharon por donde habían venido... y nos dieron por muertos.

—¿Les hablaron? ¿O hablaron entre ellos?

—Al principio no... Jean-Claude dijo que después, cuando creían que habíamos muerto y estaban mirando los cadáveres, se comunicaron con gestos.

—¿Tenía a alguien apostado fuera?

—A nadie. Cada uno llevó a un acompañante. Hacerlo de otro modo habría sido mala fe... Además, ¿alguien más que nosotros sabía que estábamos allí?

—Ésa es una buena pregunta.

—¡Mendoza! Seguramente él está detrás de esto, pero supongo que otros podrían haberse enterado, no sé cómo. En mis hombres confío... aunque los demás...

Un ataque de tos estrepitoso le costó la voz.

La mujer intentó secarle la frente, pero él le apartó la mano como si de repente ella fuera un adversario. A lo lejos, la sirena de una ambulancia informó a Speedle que las posibilidades del hombretón acababan de aumentar.

—Calma, amigo. Ya vienen a por usted.

Y sucedió, antes de que llegara la ambulancia.

La respuesta de Chevalier al comentario de Speed fue parar de toser de repente, dejar de agitarse y quedarse quieto.

Speedle le tomó el pulso, miró a Tripp y meneó la cabeza.

La mujer hermosa y enfurruñada se acurrucó silenciosamente junto a Chevalier.

—¿Eres Sareena? —preguntó Speedle.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Ésta es tu casa?

Ella meneó la cabeza.

—No más preguntas —dijo en un tono melódico—. Estoy de luto por este hombre. —Pasó el brazo alrededor del cuerpo de Chevalier y lo atrajo hacia ella.

—Podemos encontrar el coche sin ella —dijo Tripp bajito.

—Lo sé —contestó Speedle—, pero Horatio me mataría si no hiciera esto.

El CSI se acercó a la mujer y dijo:

—Tengo que pedirle que vaya a la otra habitación.

Ella le echó una mala mirada —las aletas de la nariz le temblaban—, como un caballo a punto de pegar una coz.

—Tenemos que resolver el asesinato de su amigo —dijo Speedle—. Las pruebas, todo lo que lleva puesto, y también sus restos. Éste es un escenario del crimen secundario y tengo que pedirle que salga.

Ella apartó el brazo del cuerpo del hombretón. Besó a Chevalier en la frente. Se levantó de la cama y se acercó a Speedle.

—Que te jodan —dijo.

Y se marchó con gran dignidad.

Tripp esbozó media sonrisa.

—Creo que le gustas, Speedle.

Speedle sonrió sin ganas al detective y después los dos salieron de la habitación.

Recibieron a los enfermeros en la puerta: dos tipos escuálidos cuyas identificaciones decían: JOE BOB, respectivamente, ambos con gafas de montura negra que les hacían parecer dos siameses apenas separados.

—Le dispararon al menos media docena de balas hace unas doce horas —dijo Speedle a los gemelos Joe y Bob—. Es un milagro que haya durado hasta ahora. No permitáis que entre la mujer, ¿vale?

Ella estaba sentada a la mesa de la cocina, fumando.

—¿Qué te parecemos? —preguntó Joe, sonriendo.

—¿Idiotas? —añadió Bob, sonriendo.

Speedle decidió que no era necesario responder.

Mientras los enfermeros iban a lo suyo, Speedle les gritó:

—Vamos a registrar por detrás, creemos que puede haber otro cadáver.

Tripp guió a Speedle abajo, por la parte trasera del edificio, que daba a un diminuto aparcamiento de cinco plazas; enfrente había un garaje para cuatro coches, cada puerta debía de pertenecer a un inquilino diferente. Las cuatro puertas estaban bajadas y la construcción no tenía ventanas. Los dos hombres cruzaron el aparcamiento, intentaron abrir las puertas y descubrieron que estaban todas cerradas.

—¿Llamamos al cerrajero? —preguntó Tripp.

Speedle meneó la cabeza.

—Déjame probar una cosa.

Mientras Tripp le miraba, el CSI sacó una bolsita de piel de un bolsillo trasero y la abrió.

—¿Ganzúas?

—Soy hombre de muchos talentos —dijo Speedle secamente.

Entonces eligió dos ganzúas, volvió a guardarse la bolsita y se puso a trabajar con la primera puerta.

Seis minutos después, Tripp, que no era famoso por su paciencia, preguntó:

—¿Seguro que no quieres que llame a un cerrajero?

—Adelante —dijo Speedle—. Llama a un cerrajero.

Y el CSI giró la manilla y levantó la puerta.

El garaje estaba vacío.

Tripp echó un vistazo dentro.

—No están conectados.

—¿Quién dice que no eres un gran detective?

Mientras Tripp miraba con los ojos entornados intentando decidir si le habían insultado, Speedle bajó la puerta, giró la manilla y pasó a la siguiente puerta.

En el segundo garaje había un coche, un Volkswagen, no el Hummer de Chevalier.

Ese vehículo estaba escondido detrás de la puerta número tres.

Y el evidentemente muy muerto Jean-Claude estaba tirado ahí, como si alguien lo hubiera apartado... Alguien vivo... para poder conducir.

O para aparcar, al menos. Speedle se imaginaba que había sido Sareena la que había metido el Hummer y a su ocupante en el garaje después de subir a Chevalier al apartamento. Chevalier era grande, por decirlo suavemente, estaba ciego a causa de

las heridas y había perdido mucha sangre; la delgada Sareena habría tenido grandes dificultades para subirlo por la escalera.

Y ¿cómo lo habría hecho?, se preguntó Speedle. ¿Quizá con vudú?

Volviéndose a mirar a Tripp, Speedle dijo:

—Será mejor que me ponga a trabajar en el escenario.

Tripp asintió y se marchó.

—Iré a charlar con Sareena.

Speedle le gritó:

—¡Pregúntale cómo lo subió por la escalera! Yo creo que alguien la ayudó.

Tripp echó una mirada a Speedle.

—¿Quién dice que no eres un gran detective?

Entonces los dos sonrieron y cada uno fue a cumplir con su trabajo.

Speedle empezó abriendo el móvil para llamar a su jefe.

—*Horatio* —contestó la voz del teléfono.

—H, hemos encontrado a Chevalier y a Jean-Claude Navarre. Los dos están muertos. Chevalier murió al poco rato de llegar nosotros, pero Jean-Claude ya hace horas.

—*Cuéntamelo todo.*

Speedle explicó a Caine lo ocurrido.

—*De acuerdo, Speed, dedícate a este escenario. Yo volveré al Archer y averiguaré qué se nos ha escapado.*

—¿Quién dice que se nos ha pasado algo, H?

—*¿Lo hemos resuelto?*

—Pues no.

—*Entonces se nos ha escapado algo. ¿Alguno de nosotros subió más allá de la planta baja?*

—No. No había motivos para subir, ya que los asesinatos fueron en el bar. Los tipos entraron por detrás y se pusieron a disparar, ¿no?

—*¿Lo sabemos? ¿No podría ser que ya estuvieran allí, esperando?*

—Te refieres a la escalera de la cocina.

—*Sí, escondidos en una habitación del hotel.*

—No está mal, H.

—*Gracias, Tim. Ya hablaremos.*

Horatio Caine, sentado detrás de la mesa de su despacho, cortó la conversación con Speed. Estaba a punto de ir a buscar a Delko para llevárselo al Archer cuando levantó la cabeza y vio a Ken LaRussa de pie en el umbral.

El traje gris del fiscal estaba como siempre impecable; en cambio, él no lo estaba tanto.

El demacrado LaRussa dijo, casi lastimosamente:

—¿Podemos hablar?

Caine asintió e hizo un gesto al abogado para que pasara. LaRussa entró arrastrando los pies, con el primer botón de la camisa desabrochado y el nudo de la corbata suelto, y se dejó caer en una silla, frente a Caine. Con los ojos rojos y la cara chupada, dijo:

—He hecho inventario, como me pediste.

—¿Cuántas armas te faltan?

El fiscal miró al vacío. Después dijo bajito:

—Media docena.

Caine asintió:

—Una es un H &K HK53; otra, un Ingram... ¿Cuáles son las otras?

La boca de LaRussa se abrió de golpe.

—¿Cómo caramba...?

—¿Has oído hablar de la masacre en el Archer de anoche? ¿Calisto, Shakespeare, Chevalier y compañía?

—Por supuesto.

Caine hizo una mueca.

—Ésas fueron dos de las armas que probablemente se utilizaron en el ataque.

El fiscal echó la cabeza hacia atrás.

—Oh, mierda.

—Sí, más o menos.

LaRussa adelantó el cuerpo y juntó las manos en actitud de plegaria.

—He traído todo lo que me habías pedido, cintas de seguridad, listas de guardias y los turnos en que trabajaron el mes pasado: todo. Lo he traído personalmente, en mi coche. Uno de tus chicos, Delko, ¿no?, lo está descargando.

¿Qué quería? ¿Una medalla? ¿Una palmadita en la espalda?

Pero Caine sólo le dijo:

—Gracias, Ken. Con un poco de suerte habrá algo que nos sirva.

LaRussa soltó un suspiro brutal.

—Lo que no puedo entender, Horatio, es cómo vas a examinarlo todo.

—Nos tomaremos todo el tiempo que sea necesario.

—¿Aunque el reloj no pare de atosigar?

—Intentamos ser rápidos, sin apresurarnos.

El fiscal tragó saliva ruidosamente.

—Ah...

—Sí, Ken.

—¿Estoy... arrestado?

—No. Pero yo que tú no empezarías a organizar aquella comisión para la campaña del Senado todavía.

Él se rió de una forma casi lúgubre.

—Es curioso, ¿no?

—¿Qué, Ken?

Agitó los pies.

—Cómo pueden cambiar las prioridades de la mañana a la noche.

—No te mataron a un ser querido, Ken. Tal vez deberías verlo por el lado positivo.

—Horario, ahora mismo, puedo contar las cosas positivas con los dedos de una mano... Ya me dirás si necesitas algo más.

—Te llamaré, Ken.

Y el fiscal salió del despacho de Caine como un niño perdido que busca un camino en el bosque.

Caine sintió un atisbo de simpatía por el hombre, pero se recordó que LaRussa, por mucho que cooperara, seguía siendo un sólido sospechoso.

Pasó por el laboratorio y encontró a Calleigh trabajando, felizmente perdida en el tedio de intentar identificar las balas del último escenario del crimen. Más adelante encontró a Delko instalado frente a una pantalla, mirando cintas de la sala de pruebas del James Lawrence King Federal Office Building. Como no quería apartar a ninguno de los dos de tareas tan productivas, Caine decidió volver solo al Archer.

Al poco rato estaba aparcando el Hummer en la zona amarilla, frente al Archer Hotel. Recogió el equipo de escenario del crimen, mostró su identificación al guardia, cruzó la nueva cinta que delimitaba el escenario y se dirigió a la parte trasera del edificio. Al doblar la esquina, se le acercó un agente uniformado y Caine le mostró también la identificación.

El policía abrió la puerta trasera a Caine, éste entró en el oscuro pasillo y esperó un momento a que sus ojos se adaptaran: todavía no había corriente en el hotel. Sacó la mini Maglite de su chaqueta deportiva y la encendió. Después dirigió la luz a la superficie más cercana, dejó sobre ella su maletín y se puso un par de guantes de látex.

Tras recoger el maletín, paseó el haz de luz por el pasillo y no vio nada que no hubiera visto antes. Sin embargo, no era aquél el piso que le preocupaba, los miembros de su equipo y él lo habían registrado a fondo.

De nuevo pasó junto a los armarios de acero inoxidable de la cocina, pero no cruzó la puerta basculante hacia el bar; en lugar de eso, giró a la derecha y se dirigió a la escalera trasera, hacia el primer piso.

Los escalones eran estrechos; la moqueta, nueva. Movié la luz adelante y atrás, sobre todo por el suelo, lentamente, para encontrar pruebas. El revelador de huellas electrostático le sería muy poco útil sobre aquella moqueta, y si —como le había informado Speedle que dijo Chevalier— los asesinos llevaban guantes, las posibilidades de encontrar huellas en las barandillas eran escasas.

De todos modos, Caine no las tocó mientras subía a la primera planta.

Arriba se encontró en un pequeño rellano que daba a un pasillo que doblaba a la derecha hacia la fachada del edificio. Caine siguió por el pasillo, ayudándose de la

luz para encontrar algún rastro de pruebas. Fue probando las puertas al pasar y todas estaban cerradas: había ocho habitaciones en esa planta, cuatro a cada lado y ninguna abierta. En la parte frontal encontró un mostrador de recepción desordenado y un expositor lleno de folletos que pregonaban las vistas de la zona del sur de Florida.

El Archer era uno de esos hoteles de Ocean Drive que ganaba más con los bares y los restaurantes que con el número limitado de habitaciones que tenía. Por eso la recepción estaba en la primera planta, así dejaba más espacio para el restaurante y el bar de la planta baja.

Aquella exigua zona de recepción consistía en un mostrador de madera oscura y barata con un sobre de fórmica, cubierto de más expositores de folletos y un montoncito de *Heralds* de Miami, cortesía del hotel. Detrás del mostrador se veía la parte superior de una pantalla de ordenador y una impresora; más allá había la tradicional pared de cubículos para el correo.

Caine iluminó la parte de detrás del mostrador; sin electricidad, no podía encender el ordenador, pero quizás encontrara algo más útil.

Y en un cajón, a la derecha del ordenador, halló exactamente lo que estaba buscando: un pedazo de plástico, de la medida de una tarjeta de crédito. Caine estudió la llave Ving a la luz de la linterna: en uno de los lados, en letras doradas, tenía impresas las palabras «Propiedad del Archer Hotel. Llave maestra».

Con la llave en la mano enguantada, Caine volvió al extremo más lejano del pasillo. Si los gorilas de las bandas habían subido, como medida de seguridad, antes de la reunión de paz frustrada para hacer lo mismo que había hecho él, probablemente habían pensado, al ver las puertas cerradas, que no había nadie en las habitaciones.

«Muy mal pensado, muchachos —pensó Caine—. Por culpa de eso os mataron».

Porque si los asesinos se habían escondido en la primera planta, era muy probable que estuvieran detrás de una de las puertas cerradas; y era lógico que, ya que habían entrado por el bar, desde atrás, los atacantes estuvieran en una habitación del fondo.

Su elección personal —de haber planificado el ataque— habría sido la habitación que tenía ahora mismo a la derecha. Si algo salía mal, los agresores tendrían una línea de fuego desde allí hacia la escalera trasera. Debido al ángulo, no sería demasiado buena, pero sí mejor que no poder apuntar al rellano de ninguna manera, como sucedía desde la habitación de enfrente.

Con una mano sostenía la linterna para iluminar la cerradura, y con la otra metió la llave maestra en la ranura y la sacó inmediatamente. Por regla general se habría encendido una luz verde y se podría abrir la puerta. Sin electricidad, no estaba seguro de que funcionara...

Pero la luz parpadeó y Caine oyó un ligero clic. Giró la manilla y empujó la puerta con el hombro. La puerta se abrió y Caine entró.

Mientras sostenía la puerta abierta con el pie, recogió el maletín de escenario del crimen que había dejado en el pasillo.

Solo en la oscuridad, Caine descorrió las cortinas. Aunque el sol estuviera a punto

de ponerse, la luz de la ciudad al atardecer complementaría la de la linterna.

Primero paseó por la habitación para captar su disposición: una cama enorme que sobresalía de la pared a la izquierda, una mesita a cada lado; al otro lado, una mesa redonda con dos sillas, un tocador largo, con una tele encima, que seguía la pared a su derecha. Dio medio paso atrás e iluminó el cuarto de baño.

Perfecto, el suelo de baldosas...

Ahí tendría la oportunidad de conseguir una huella. Iluminó el retrete, la tapa estaba levantada. Bueno, al menos había pasado un hombre por allí...

Por primera vez en aquel caso, Horatio pensó que podría por fin encontrar una brecha. Una posibilidad de recoger pruebas era aquello. Empezó con el revelador de huellas electrostático. Colocó las láminas Mylar en el suelo una por una, las apretó con el peso, las recogió y las catalogó. Cuando terminó, tenía media docena de láminas Mylar, cada una de la medida de un periódico doblado por la mitad.

A continuación entró en el baño a cuatro patas y recogió pelos, pizcas de pelusa y cualquier cosa que encontró. Todas las muestras diminutas fueron a parar a un sobre de pruebas y fueron catalogadas.

Finalmente se acercó al retrete. Un trabajo sucio, pero alguien tenía que hacerlo, y el supervisor del CSI era el elegido; ni privilegios de ejecutivo ni nada. Quizá sería un trabajo clave: ayudaría a identificar al asesino. Por supuesto, también podría identificar a un turista inocente con mala puntería...

Todavía a cuatro patas, Caine repasó el borde de la taza con la linterna... y después, cerca de la parte frontal del borde, vio la brillante y amarillenta perla líquida. Recogió la muestra de la superficie de porcelana con un algodón. Con esto catalogado y todo cargado en su maletín, estaba a punto para empezar con la habitación.

Empezó por la cama. Utilizando un RUVIS (Sistema de Imagen Ultravioleta Reflectora), Caine buscó fluidos corporales. El RUVIS iluminaría cualquier producto humano —sudor, orina, semen, heces—; como Caine sabía perfectamente, casi todas las habitaciones de hotel eran caldo de cultivo de muestras de ADN. Encontró un par de cabellos en la almohada, los embolsó y se guardó el sobre en el bolsillo.

Mientras empolvaba la mesa y las sillas para detectar huellas, imaginó lo sucedido.

Hay dos hombres en la habitación de hotel; el grupo puede tener o no a un tercer o un cuarto miembro esperando en un coche en la calle para la huida.

Han estado vigilando por la ventana, esperando que llegaran los invitados: Chevalier, Calisto, Shakespeare.

Los tres jefes y sus gorilas están aquí, a sólo un piso de distancia. Estos dos saben que Mendoza no vendrá... quizá como un desafío, o porque está de acuerdo con ellos...

Uno de ellos está en el baño. Orina, se sacude, se sube la cremallera y se reúne con su compinche en la habitación.

Están a punto.

Cada uno lleva un arma automática: uno, un HK53; el otro un Ingram. Las cargan y salen silenciosamente de la habitación. Comunicándose por señas, uno advierte al otro que hay dos guardaespaldas registrando el pasillo.

Los asesinos esperan, con las armas apuntando a la puerta por si acaso.

Están preparados por si la lucha se desata arriba en lugar de abajo. No es la primera vez que van a un rodeo...

Se mueve el pomo, que gira un poco, uno de los guardaespaldas está intentando abrir la puerta. Los dedos se cierran sobre los gatillos y los asesinos se tensan... pero el pomo no gira, la puerta está cerrada, los gorilas se van satisfechos.

Idiotas.

Los asesinos escuchan atentamente, oyen que los gorilas bajan por el pasillo, intentando abrir todas las puertas, y que después vuelven sobre sus pasos y bajan la escalera trasera... El mismo camino que los asesinos recorrerán dentro de poco.

Esperan un momento para relajarse y dejar que baje la adrenalina. Pronto la adrenalina volverá a fluir; pero, hasta entonces, necesitan estar tranquilos y relajados... y, por encima de todo, en silencio.

Uno hace la señal para indicar que el campo está despejado y pueden salir. El otro descorre el pestillo y abre la puerta poco a poco. Salen al pasillo, en sincronía, dos personas que se mueven como una.

Bajan silenciosamente la escalera, vigilando que los escalones no crujan con su peso. En la distancia oyen las voces nerviosas de sus presas, que se preguntan dónde está Mendoza, sin duda. Los asesinos llegan al pie de la escalera. La cocina está negra como la boca del lobo, la única luz procede de una pequeña linterna que ha traído Chevalier y está encima de la barra.

Tras hacerse otra señal, los asesinos entran en acción. Cruzan la puerta como una exhalación, uno va hacia la izquierda, el otro hacia la derecha, a la barra. Las armas escupen fuego, las balas zumban como insectos homicidas, picando mortalmente, expulsando casquillos, cada uno golpeando el suelo con un clic, el olor de la cordita inunda la habitación.

Un tirador elimina a Calisto y al guardaespaldas de los Mitus. Ninguno de los dos hombres sabe quién le ha matado: están muertos antes de llegar al suelo.

El segundo tirador va sólo un milisegundo por detrás de su compinche, pero es suficiente; el guardaespaldas de los Faucones se sitúa frente a Chevalier. Sin embargo, el asesino logra hacerlos caer a los dos, el guardaespaldas está herido en el pecho, Chevalier recibe al menos una bala en la cara y algunas más antes de caer al suelo.

El primer tirador descarga contra Shakespeare, pero el guardia de los Trenches ha sacado el arma y dispara desesperadamente mientras el asesino se toma su tiempo, se vuelve hacia los tiros y suelta una ráfaga que abre el pecho del gorila de los Trenches y levanta una nube rosada mientras el hombre cae al suelo, muerto. El primer tirador

hace una señal al otro, empiezan a revisar a los muertos, pero entonces suenan las sirenas y les entra la prisa.

¿Qué diablos? Ninguna de las víctimas se mueve; otra seña con las manos y salen por la puerta.

Caine sonrió lúgubremente. Sin duda sólo tardaron medio minuto en cometer la masacre...

Tras tomar las huellas, Caine lo cargó todo en el maletín. Se concedió un momento, se sentó en una silla de la mesa redonda y empezó a reflexionar sobre cómo encajar las piezas. Sin embargo, se sentía un poco fuera de su elemento, con aquellas bandas de matones.

Impulsivamente, llamó a Burnett con el móvil.

—¿Estás haciendo algo? —preguntó Caine.

—*No. Acabo de volver de preparar el funeral de Joanna. Oye, ¿quieres ser uno de los que carguen el féretro, Horatio?*

—Será un honor, Jeremy.

—*No. El honor es nuestro... Pero has llamado tú, Horatio, ¿qué querías?*

—Otra consulta.

—*Adelante. ¿Has hecho algún progreso en la masacre de anoche?*

—Sí.

—*Excelente.*

—Por suerte encontramos a Andrew Chevalier vivo. Ya ha muerto, pero ha hablado antes de morir.

—*Oh, eso sí es suerte.*

Caine le explicó la historia a Burnett, a grandes rasgos.

Entonces Burnett dijo:

—*Parece que piensas en Mendoza.*

—Bueno, es el que no se presentó a la reunión. Eso seguro que lo coloca en el primer puesto de los sospechosos. Claro que también podría ser alguien de las organizaciones.

—*¿Una traición interna?*

—Sí. Como tú mismo dijiste, Jeremy, esto es política de república bananera. ¿Tienes alguna idea en este sentido?

—*Mmm... Los hombres de Chevalier eran todos leales, al menos que yo sepa. Eran como una familia. Muchos tienen lazos con Haití.*

—¿Y el grupo de Shakespeare?

—*Bueno, ése no confiaba en nadie y seguramente tenía buenos motivos. Los Trenches estaban tan dispuestos a matarse entre ellos como a matar a los rivales.*

—Entonces existe la posibilidad.

—*Sí, pero yo dudo que Shakespeare hubiera confiado a nadie de su organización lo que pensaba hacer y adónde iba. Shakespeare era un paranoico, seguramente ni siquiera el acompañante que se llevó conocía la razón auténtica del encuentro.*

—Eso nos lleva al grupo de Calisto.

—*Los Mitos. Éstos se mueven por dinero. Siguen el flujo, el flujo del dinero. El círculo interior de Calisto era de fiar, creo... según los informes que tengo. Y los que están fuera del círculo no querrían saber nada de una reunión como ésta.*

—Lo que nos devuelve a...

—*Mendoza. Él decidió el lugar y la hora.*

—Eso dicen.

—*Caramba, Horatio, Mendoza es capaz de haber metido a sus hombres en el hotel en cuanto recibió la llamada.*

Caine gruñó.

—Tiene que ser él.

—*¿Por qué?*

—Porque no hemos encontrado la posibilidad de que otra persona se enterara de la reunión.

—*Empieza a parecer que ha sido Mendoza. ¿Alguna idea de dónde encontrarlo?*

—No —dijo Caine—, ni idea.

Burnett soltó una sola carcajada.

—*Sé lo que se siente... Dame un par de días. A lo mejor yo puedo hacerlo salir.*

—*¿Está Matthers a buenas contigo?*

—*No pensaba pedirle permiso.*

—No me gusta meterte en líos —comentó Caine—. Pero aceptaré cualquier ayuda.

—*Horatio, yo también sé lo que es necesitar ayuda.*

Caine y Burnett se despidieron, y el supervisor del CSI recogió el equipo y las pruebas y salió del Archer.

9

Botas para caminar

El sábado todos llegaron frescos y temprano... Bueno, al menos temprano.

El número de muertos, que era de sesenta y seguía subiendo, significaba que todos iban sobrecargados de trabajo. La paga extra, así como la posibilidad de cerrar casos, compensaban las larguísimas jornadas. Pero los miembros del equipo de Horatio Caine empezaban a adquirir un aire de zombis, y al supervisor del CSI le preocupaba que incluso aquellos profesionales tan dedicados comprometieran su trabajo.

No se podía hacer nada más que morder la bala —o, en el caso de Calleigh, examinarla.

Al fin y al cabo, el jefe de la policía metropolitana había hecho correr la voz —no por escrito— de que esta guerra había de acabar antes del final de la semana o a primera hora del lunes, o la guardia nacional entraría desfilando en Miami para ocupar la ciudad y declarar la ley marcial.

Nadie quería que eso sucediera, ni la policía, ni el alcalde, ni los negocios para turistas. La ley marcial supondría de forma inequívoca que la policía metropolitana había fracasado en su misión de proteger y servir.

Igual que el jefe, Caine consideraba que eso no se podía permitir.

Miami luchaba contra los altibajos de su reputación desde hacía al menos dos décadas, contra su imagen de zona en guerra por la droga; gran parte de todo esto se había superado en años recientes, mayoritariamente debido a la excelencia del Departamento de Policía, del que la Unidad del CSI de Caine no era un factor ínfimo.

Si los turistas decidían que no era seguro viajar a Miami, volver a atraerlos sería una tarea delicada y difícil. ¿Quién iba a culparlos? Una ciudad que no podía proteger a sus propios ciudadanos, tampoco podría proteger a los visitantes. El impacto económico de esta guerra podía ser extremadamente perjudicial a la larga, y catastrófico a corto plazo.

Por mucho que aborreciera la política y las servidumbres derivadas del comercio, Caine se enorgullecía de su papel en hacer de aquella ciudad volátil un lugar seguro para sus ciudadanos y visitantes. A veces trabajar con las consecuencias del crimen violento podía agotar a los CSI, provocarles depresión e incluso hacerles desesperar de la condición humana.

Caine decía a su equipo continuamente: «Nuestro objetivo es hacer justicia para las víctimas, arrestando a los responsables, lo que evitará nuevas víctimas».

Una crisis como la guerra de bandas tenía un efecto secundario perverso: otros crímenes y asesinatos no relacionados con ninguna banda en concreto corrían el

peligro de recibir menos atención.

En aquel momento Caine se hallaba sentado a su mesa, repasando las pilas de información relacionada con los casos generados por su equipo durante los últimos cinco días. El problema con los asesinatos era que nunca se sabe qué prueba puede ser la clave; de modo que los CSI lo recogían todo, todas las pruebas posibles, todas las fibras y huellas, todo lo que podía considerarse que condujera a una pista.

El equipo también había sido diligente en estos casos, pero la realidad era que el sistema se asfixiaba con la abundancia de pruebas recogidas en los sesenta homicidios.

Los técnicos del laboratorio trabajaban a contrarreloj; aun así, las víctimas se acumulaban más deprisa que los resultados del laboratorio. Se suponía que había una lista de prioridades, pero a veces la cadena de pruebas topaba con un bache y pasaba lo que estaba pasándole a Caine en ese momento.

Según el informe redactado por el laboratorio de huellas durante la noche, habían sacado huellas de la pistola Valor que Delko encontró en la cloaca, cerca del Archer.

Ya se había demostrado que la pistola no estaba relacionada con el tiroteo, sino que era el arma usada en el asesinato de una desconocida.

Uno de los dos tipos de huellas encontrados en la pistola pertenecía a un joven llamado Jimmy Hamilton, al que habían tomado las huellas cuando pidió un empleo en el frontón del Palace. La otra era imposible de identificar. Con guerra de bandas o no, aquélla era una pista demasiado buena para dejarla pasar.

Yelina Salas se ocupaba del caso. Era una de las mejores detectives de robos y homicidios de Miami, pero también era la cuñada de Caine... o, al menos, excuñada. Era la viuda de su hermano Raymond.

Caine y ella trabajaban juntos a menudo y se llevaban bien, pero seguían sintiéndose un poco incómodos. De hecho, incluso cuando Ray estaba vivo había momentos embarazosos, porque Caine y Yelina habían salido juntos antes de que ella empezara a ir con su hermano. Tres años después los dos intentaban superar el dolor por la muerte de Ray y una atracción que Caine presentía que era mutua. Pero bueno, sin duda se sentían incómodos.

Caine llamó a Yelina enseguida y ella dijo que era necesario hablar con el tal Hamilton.

—*Deberías venir conmigo* —dijo Yelina—, *si es que puedes apartarte un momento de la guerra de bandas.*

—¿De verdad crees que permitiría que nuestra víctima desconocida tuviera que esperar turno?

—No.

—Pasa a recogerme.

—*De acuerdo.*

Poco después ella paró el coche frente a la puerta y Caine saltó dentro. Llevaba las gafas que no olvidaba nunca cuando salía al exterior y una chaqueta deportiva y

corbata. Se saludaron y sonrieron.

—El día libre a hacer puñetas —dijo Yelina.

Sus planes frustrados para el sábado se reflejaban en su vestuario: vaqueros y camiseta de tirantes escotada.

Caine siempre apartaba la mirada cuando la veía, al principio, como si sus ojos fueran los dedos de un niño y la belleza de la detective, una estufa caliente. Yelina se las arreglaba para parecer a la vez delgada y voluptuosa. Era alta e imponente y tenía una larga melena oscura; sus ojos azules y grandes, la nariz recta y los labios llenos, junto con una piel olivácea, le daban un aire exótico.

—¿Estás preparado? —preguntó.

—Sí. He estado repasando las pruebas.

Ella le sonrió suavemente; a veces a Caine le parecía que ella se divertía con su incomodidad.

Por suerte el trayecto hasta la casa de los Hamilton era corto y se llenó fácilmente con la charla sobre Ray, el hermano de Caine.

Justo en Galloway y Southwest Fourth, la casa de clase media de ladrillo pintada de un color rosa muy pálido era típica del barrio: una estructura de una sola planta, con el techo de teja y un garaje para dos coches. Las puertas estaban cerradas, pero había un Vibe blanco aparcado en la entrada.

Se acercaron a la puerta principal y Yelina se puso delante; Caine, como policía, no siempre cedía el sitio a los detectives de los casos, porque en algunas jurisdicciones también se requerían CSI. Pero, por respeto, normalmente tenía esta cortesía con Yelina.

La detective tocó el timbre y un joven de apenas veintiún años —tenía que tenerlos para trabajar en el frontón del Palace— abrió la puerta. Era un chico bastante guapo, con el pelo oscuro corto, las cejas pobladas y la barbilla hendida. Tenía un aspecto inofensivo, con la camiseta del Palace, unos vaqueros y calcetines.

Al principio, al ver a una mujer hermosa con un top escotado, el chico sonrió, pero con un gesto más avergonzado que ligón.

—Vaya. Hola.

—Hola. —Yelina le mostró la placa—. ¿Eres Jimmy Hamilton?

El chico palideció, pero asintió.

—Somos de la policía de Miami. Soy la detective Salas, y él es el teniente Caine. ¿Podemos pasar?

—¿No necesitan... una orden o algo?

Con las manos en las caderas, Caine sonrió duramente al chico.

—¿Por qué, chico? ¿Es que has hecho algo malo?

Él tragó saliva y dijo:

—Es que... yo... Pasen.

El chico abrió la puerta mosquitera y los acompañó al salón. La casa parecía limpia y ordenada, nada demasiado barato, nada demasiado caro, todo muy a medio

camino y en buen estado: mobiliario pagado a plazos.

El chico había empezado a sudar, aunque no hacía mucho calor en la casa, y sus ojos marrones estaban agitados, recorrían toda la habitación sin mirar a los dos policías.

Caine y Yelina se miraron al constatar lo tristemente fácil que iba a ser aquello. Ella le pidió con los ojos a Caine que llevara la voz cantante.

De modo que fue Caine quien preguntó:

—¿Por qué no te sientas, chico? ¿Podemos sentarnos?

—Por supuesto.

El chico se sentó en el borde de un sillón y sus invitados eligieron el sofá. Caine se echó hacia delante, con una sonrisa de la variedad entre cariñosa y dura.

—Jimmy, en este momento tenemos mucho trabajo. No sé si habrás visto los periódicos. Estamos en plena crisis.

El chico tragó saliva y asintió:

—Las bandas, los tiroteos por todas partes.

—Exacto. De modo que no tenemos tiempo que perder. No podemos quedarnos aquí horas y horas, Jimmy. —Entrecerró los ojos, miró al chico y le sostuvo la mirada; después habló de una forma mesurada y cómplice—. Tenemos... tus huellas... en una pistola que encontramos.

El chico se tapó la cara con las manos y se echó a llorar.

Yelina y Caine intercambiaron otra mirada; los dos eran compasivos por naturaleza, pero era demasiado pronto para ofrecer apoyo.

—La pistola —dijo Caine— se utilizó para matar a una mujer en Bayfront Park.

Hamilton levantó la cara, sucia de lágrimas, y tragó saliva.

—Ya... ya lo sé.

—¿Mataste tú a la mujer?

Hamilton se secó los ojos con la camiseta, dejando al aire su pálida barriga.

—¡No! ¡No! Por Dios... ¡no!

De nuevo Caine miró a Salas, que parecía tan confundida como él. «Entonces, ¿por qué llora?», pensaba Caine.

Pero lo que dijo fue:

—Jimmy..., si no le disparaste a la mujer, ¿cómo es que había tus huellas en la pistola?

El chico soltó un largo suspiro y se estremeció; le temblaba el labio inferior, pero logró contener las lágrimas. Por el momento.

—Sabía que vendrían tarde o temprano —dijo.

—¿Ah, sí?

—No... no sé por qué lo sabía... pero lo sabía. Y me prometí que, pasara lo que pasara, les diría la verdad.

—Eso está bien, Jimmy.

—No tuve... no tuve valor para presentarme. Tenía demasiado miedo.

Los detectives se miraron de nuevo.

—Pero me juré a mí mismo que, cuando vinieran —siguió el chico—, les contaría lo que había pasado.

—Bien, Jimmy, ¿por qué no lo haces?

—Bueno, primero, como he dicho... yo no maté a la mujer.

—Pero ¿sabes quién lo hizo?

—Sí. Mike Garner.

Tras otro intercambio de miradas, Caine dijo:

—Jimmy, ese nombre no significa nada para nosotros. Tienes que ponernos al día. El chico volvió a echarse a llorar.

Yelina se levantó y le dio un pañuelo que sacó de su bolso; le puso una mano en el hombro. El chico la miró con una sonrisa temblorosa y le dio las gracias. Después se sonó y ella volvió a sentarse.

—Garner es... ese matón que siempre me está molestando. Es como mi, mi... cruz. —Sorbió los mocos y se rehizo un poco—. Bueno, finalmente me harté y... y decidí matarlo.

Caine levantó una mano.

—Jimmy, espera un momento, te leeremos tus derechos.

Él asintió.

—Como en la tele.

—Como en la tele —dijo Caine—. Por favor, detective.

Yelina le leyó los derechos al chico y él dijo que había entendido.

Después, con prudencia, Caine dijo:

—¿Deseas continuar, Jimmy?

—Sí... continuaré. ¿O debería llamar a un abogado o algo?

—Tú decides. Pero si tú no mataste a esa mujer, quizá sería mejor que te lo quitaras de encima.

—Es lo que quiero hacer, teniente.

—Entonces, ese Mike Garner era un matón. ¿Lo de querer matarlo no era un poco... extremo?

—No cuando una persona te ha estado humillando y pegando durante cinco o seis años.

—Cuéntanoslo.

Hamilton asintió, se tocó la nariz con el pañuelo, ordenó sus pensamientos y lo soltó.

—Mike Garner me había estado atosigando desde el instituto. Íbamos juntos a clase, y se burlaba de mí y me escupía en la calle después de clase. En fin, pensé que después del instituto me dejaría en paz, pero no fue así. Me matriculé en el Dade County Community College y, por si no lo han adivinado, allí estaba Mike Garner. Dos años más aguantando su asedio, que me robara el dinero, me destrozara el coche, asustara a cualquier chica que se mostrara interesada por mí...

—Jimmy —intervino suavemente Yelina—, ¿por qué no llamaste a la policía?

—Garner dijo que me mataría si se lo decía a alguien.

—¿Creías que lo haría? —preguntó Caine.

—Una vez le vi matar a un perro... con un martillo.

Levantando una ceja, Caine dijo:

—Entonces, callaste.

—Sí... y cuando me dieron el empleo en el Palace, pensé que me lo había quitado de encima para siempre.

—Pero no fue así —intervino Caine.

—No. Empezó a venir como cliente. Después, me esperaba junto al coche, o aguardaba a que saliera del trabajo. Era como si se lo pasara en grande destrozándome la vida. Yo era como... una especie de afición enfermiza para él. Finalmente, tenía tanto miedo que conseguí una pistola.

—La Valor —dijo Caine.

Hamilton tragó saliva y asintió.

—Mi tío se la había dado a mi padre para protegerse, por si entraba alguien a robar. Pero mi padre no quería ni verla. No le gustan las armas y la guardó en su armario. Ahí estaba, esperando que yo la cogiera. Y la cogí.

—¿Dónde están tus padres ahora?

—Trabajando de misioneros en México. Intentan salvar a las personas. Con la palabra de Dios. Estarán fuera un mes más.

Caine pensó si aquellos padres se daban cuenta de que su hijo necesitaba la misma atención.

—¿O sea que vives aquí solo? —preguntó.

—Sí.

—¿Pensaste que podía venir aquí e intentar algo? —preguntó Yelina.

—Todo era posible. Está loco.

—Entonces —interrumpió Caine para animarle un poco—, tenías miedo de Garner y guardabas la pistola.

—Sí, y finalmente me volví contra Mike. Una noche lo seguí desde el American Airlines Arena, a pie. El partido de pretemporada. Le pillé a la altura de Bayfront Park. Mi plan era acercarme a él, llamarlo, y cuando se volviera, le... le dispararía.

—¿Y tu plan no funcionó?

El chico puso cara de lástima.

—Ni mucho menos. Cuando lo llamé, se volvió, me vio y se echó a reír; estaba un poco borracho por la cerveza tomada durante el partido y yo... me hundí. No pude hacerlo. Tenía miedo. Fueron sólo unos segundos, pero fue suficiente para que me arrancara la pistola.

Se tapó la cara con una mano, aunque no lloraba.

—Jimmy —le instó Caine.

El chico levantó la cabeza. Tenía los ojos rojos.

—Después... después me abofeteó. Me abofeteó hasta que caí de rodillas. Dijo que me castigaría. Llegó una mujer caminando..., era una vagabunda, creo, porque llevaba una bolsa de latas. Iba muy sucia y con la ropa raída, como muchas personas sin techo, incluso llevaba una especie de bolso hecho pedazos colgado del hombro. Y él me dijo: «¡Eh, pringado, mira esto!». ¡Y le pegó un tiro!

Se puso a llorar otra vez.

Yelina se acercó a él, le dio otro pañuelo y le puso una mano en el hombro.

Hamilton se secó los ojos y siguió, mirando de vez en cuando a Yelina y después a Caine.

—Le... le pegó un tiro. Allí mismo, delante de mí. Fue Mike Garner quien mató a aquella pobre mujer. Pero la verdad es que... se quedó un poco sorprendido... sorprendido de lo que había hecho. Estaba casi asustado cuando me dijo que si se lo decía a alguien, si intentaba traicionarlo otra vez, mataría a alguien que significara algo para mí... Y esta vez no sería mi perro. Se refería a mis padres.

—Jimmy —dijo Yelina—. ¿Tienes alguna prueba de esto?

El chico meneó la cabeza.

—No vi a nadie en aquella zona del parque.

—Había otra huella en la pistola —apuntó Caine.

Por primera vez se encendió una luz de esperanza en los ojos del chico.

—¡Lo ve! Eso lo demuestra. Tienen que ser las huellas de Mike.

—Aun así —dijo Caine—, lo que demuestra es que los dos tocasteis la pistola. ¿Alguien os vio juntos en algún sitio aquella noche?

—No. Yo sabía que iba al partido. No me senté con él ni mucho menos, no éramos lo que se dice colegas.

Y después de que le disparara a la mujer salí corriendo... pero él me siguió y me amenazó con esas cosas.

—El bolso que mencionaste, la mujer muerta no lo llevaba encima, Jimmy —observó Caine.

—Oh, eso es porque Mike lo cogió, después de dispararle. Supongo que quería que pareciera un robo. Pero me pareció que sólo la hacía parecer aún más vagabunda.

—Jimmy —dijo Caine—, tendrás que acompañarnos.

La cara del chico expresó que se sentía herido.

—Pero... ¡si les he dicho la verdad!

—Y te creo.

Alarmado, el chico dijo:

—Pero no es por asesinato, ¿verdad?

—Si nuestra investigación confirma lo que has dicho, no. Pero sí es verdad que contribuiste a ocultar un asesinato.

—Lo sé. Y me... me he odiado por eso.

—La intimidación, el terror al que te ha sometido Garner... Si podemos confirmarlo, Jimmy, serán circunstancias atenuantes.

—Entonces, ¿puede que no tenga demasiados problemas?

—Tú sigue colaborando, chico —dijo Caine.

Yelina esposó al chico y le condujo al coche. Cuando lo tuvo metido detrás, Caine miró por encima del techo del vehículo a la detective.

—Me temo que ya tengo que volver a mi guerra de bandas.

—Lo sé. Conseguiré una orden de registro para la casa de Garner y se la entregaré con unos agentes.

Él asintió.

—Bien. Te mandaré un CSI. También pediré una orden para tomarle las huellas a Garner.

—Ya me avisarás cuando tengas el papeleo a punto.

—Te avisaré —dijo Caine.

Caine sabía que podía confiar en ella para que gestionara aquella situación. El chico estaba sentado en el asiento trasero y ya no lloraba: parecía aliviado, más que nada. Tal vez hoy le habían hecho un favor.

De camino al laboratorio, Caine llamó a Jeremy Burnett, el agente de la DEA.

—¿Has sabido algo de Mendoza? —preguntó Caine.

—Prácticamente nada, Horatio. El problema es que se ha olido que lo andamos buscando y se ha escondido muy bien. Seguiremos investigando, tenemos nuestros recursos.

De vuelta en el laboratorio, las noticias no fueron mucho más esperanzadoras.

—¿Tienes algo? —preguntó el supervisor del CSI a Speedle, que estaba sentado sobre una mesa del laboratorio.

Speedle hizo una mueca de disgusto.

—El Hummer de Chevalier no nos ha dicho nada que no supiéramos. A él y a Jean-Claude los cosieron a tiros. No hacía falta un CSI para descubrirlo.

—¿Cómo subió al apartamento?

—Era un tipo fornido. Difícil de matar.

Caine arqueó las cejas.

—Pero no imposible.

Speedle asintió.

—Bien dicho.

En el depósito, Alexx confirmó la causa de la muerte apuntada por Speedle.

—No tengo muchas novedades para ti, Horatio —dijo—. Seguimos en el maravilloso mundo de la muerte por arma de fuego.

Delko trabajaba con las pruebas del segundo ataque al Archer.

—Nadie había usado aquella habitación de hotel en toda la semana anterior a la agresión contra Wallace —dijo—. Parece que no había mucha ocupación en el Archer.

—Pero la cosa se animó.

—Ya lo creo. La buena noticia es que si encontramos al tirador, podremos comparar su ADN con el que sacaste de la habitación. Aquella gotita nos ha sido de gran ayuda.

Un pequeño progreso, al menos.

—¿El laboratorio de ADN te ha dicho cuánto tardaría? —preguntó Caine.

—Les hemos metido prisa, pero ya sabes que van muy retrasados. Será una suerte si lo tenemos dentro de una semana.

Un paso adelante, dos pasos atrás.

—Sigue así, Eric.

Calleigh sonreía cuando finalmente la encontró, y no estaba en el laboratorio de armas de fuego, sino sentada frente al ordenador AFIS, trabajando con las huellas.

El Sistema Automático de Identificación de Huellas les proporcionaba una base de datos enorme para contrastar huellas y, a juzgar por su sonrisa, Calleigh acababa de encontrar algo.

Con las manos en las caderas, Caine dijo:

—Has encontrado algo.

—Pues sí. Acabo de identificar a Pablo Santoya.

—Felicidades. ¿Quién es?

Señalando una imagen en la pantalla, ella dijo:

—Un pequeño delincuente que va por libre. Ha hecho un poco de todo, pero nunca ha cumplido una condena larga.

Caine examinó la foto de un hispano que podía tener entre veinticinco y treinta y cinco años. Santoya llevaba el pelo largo y rizado y un bigote negro mustio. A Caine le parecía que podía ser el tirador visto en el primer golpe del Archer y el ataque contra Burnett.

Calleigh seguía hablando:

—El señor Santoya no llevaba guantes cuando metió en el cargador la última ronda de veinte balas.

—¿Por qué no los llevaría?

—No sabría decirte. Posiblemente estaba cargando el arma con los guantes puestos, como un chico bueno..., pero algo le distrajo y tuvo que atender un asunto que le exigía quitarse los guantes.

Caine asintió.

—Y cuando volvió para seguir cargando el arma, se despistó y lo hizo sin acordarse de ponerse los guantes.

—Es una teoría tan buena como cualquier otra. De todos modos, sólo tenemos tres huellas útiles en los veinte casquillos, y ninguna en los anteriores.

Caine marcó una vez más el número de Burnett en su móvil. El agente de la DEA respondió al primer timbrazo.

—Horario. Jeremy, ¿qué sabes de un tal Pablo Santoya que trabaja por su cuenta?

—*Nunca he tenido el honor de conocerlo, pero he oído hablar de su trabajo. Es una basura. ¿Por qué? ¿Dónde encaja?*

Caine vaciló. Santoya podría ser el hombre que había matado a la esposa de Burnett, y Caine no deseaba mandar al agente de la DEA en una misión de venganza.

Sin darle más importancia, el CSI dijo:

—Acaba de aparecer su nombre como alguien con quien deberíamos hablar.

—*Pues vigila, Horatio, porque no es de fiar.*

—Gracias por el consejo, Jeremy.

Terminó la conversación y volvió su atención a Calleigh.

—¿Tenemos alguna idea de dónde puede estar Santoya?

Ella le pasó una hoja de papel.

—Ésta es su última dirección.

—Estos tipos tienen múltiples madrigueras.

—Bueno, sólo conocemos ésta.

—Entonces le echaré un vistazo.

—Horatio, no es una buena persona.

Él sonrió.

—Gracias por preocuparte.

—De nada —contestó ella con ánimo.

La dirección correspondía a una casa modesta, de madera y de dos pisos, junto a la Calle 8, en Little Havana. Podría haber pertenecido a una familia o a una viejecita. De hecho, pertenecía a un sospechoso de asesinato, un criminal a sueldo que no trabajaba precisamente por cuatro chavos.

Varios agentes de uniforme y el equipo del ERS o Servicios de Respuesta Urgente tenían el recinto rodeado antes de que Caine y Tripp llamaran a la puerta. Caine y el detective subieron los cuatro escalones de cemento, escoltados por tres hombres del ERS muy bien equipados. Todos, Caine y los suyos incluidos, llevaban auriculares para comunicarse.

Caine podía ver el sudor en la cara de Tripp; evidentemente, el franco detective estaba convencido de que aquélla era la casa del hombre que había matado a tanta gente en el Archer. Los ojos y la mandíbula de bulldog del detective estaban petrificados; Caine no conocía a ningún agente más listo y más duro que él.

Tripp ya tenía el arma en la mano y Caine sacó su pistola mientras subía los escalones. Después de comprobar que los refuerzos estaban bien situados, Tripp se adelantó para llamar a la puerta.

Nada.

En las grandes ventanas a ambos lados de la puerta colgaban gruesas cortinas: dentro podía haber una banda, o no haber nadie. Tripp volvió a llamar.

Tampoco obtuvo respuesta.

Les llegó la voz del jefe del equipo del ERS por los auriculares.

—*Hemos introducido una cámara por debajo de la puerta trasera, no hay señales de movimiento dentro.*

—De acuerdo —dijo Tripp por el micrófono—. Traed el ariete.

—*Diez-cuatro* —dijo una voz en el auricular de Caine.

Delko fue la siguiente voz.

—*H, hay un garaje atrás. Con un Lexus plateado dentro, con abolladuras en la parte derecha de atrás.*

—¡No te muevas, Eric! No te acerques más a ese coche hasta que no sepamos dónde está nuestro sospechoso.

—*Diez-cuatro.*

Dos agentes del ERS subieron las escaleras a la carrera, empuñando un ariete con mangos a cada lado. Lo echaron hacia atrás una vez, después lo empujaron hacia delante y aplastaron el pomo y la cerradura, astillando la puerta de madera barata.

Los agentes se amontonaron en una salita decorada sin duda por un soltero, en la que todo contrastaba con el exterior de la casa, desde las pinturas de desnudos hasta una pantalla de televisor enorme, pasando por los sofás de cuero negro, la mesita de café y los muebles auxiliares. Los invasores movieron las armas de un lado a otro, buscando objetivos.

Otro estruendo indicó a Caine que el equipo acababa de derribar la puerta trasera y estaba entrando en la cocina. Los dos equipos se movieron con rapidez hasta encontrarse en el comedor. El equipo de atrás mandó a dos hombres al sótano, y éstos volvieron rápidamente diciendo que todo estaba despejado. El equipo de delante mandó a dos hombres arriba.

—*Está aquí* —informó una voz a Caine por los auriculares—. *El sospechoso ha recibido dos tiros en la nuca.*

Entonces llegó otra voz.

—*¡Hay otro en la bañera! También tiene dos tiros en la cabeza.*

A Caine se le oprimió el estómago.

Tuvo la repentina sensación de que acababan de encontrar a la pareja de tiradores, pero que quien fuera que los controlara había cortado todas las conexiones...

Guardándose el arma en la funda, Caine dijo:

—¡De acuerdo, todos fuera y mirad dónde pisáis! Estáis en un escenario del crimen.

Lentamente, el equipo del ERS fue saliendo por la puerta principal.

Caine los siguió hasta el porche.

—¡Chicos!

Todos se volvieron.

—Los que habéis estado en el primer piso y los que habéis estado en la cocina, dejadme vuestras botas.

Uno de los ERS, que debía de ser nuevo, se volvió hacia él.

—¿Por qué, teniente?

—Porque —dijo Caine en tono didáctico— vuestras huellas están en este escenario del crimen. Y tengo que quedarme vuestros zapatos para poder distinguirlas de las del sospechoso.

El chico frunció el ceño y estaba a punto de decir algo cuando llegó el jefe de su grupo y le puso una mano en el hombro.

—Tú dale las botas y basta. Te las devolverá en cuanto tenga lo que quiere.

—Pero, sargento, ¿es el único par que tengo!

—Por eso Dios nos dio los calcetines. Vivir para ver, chico, vivir para ver.

Bastante divertido, Speedle se avanzó y recogió las botas, y el supervisor del CSI entró en la casa y se puso a trabajar. Mientras Delko y Calleigh examinaban el coche, entró Speedle con su colección de calzado y se puso a trabajar en la casa con Caine. La planta baja y las escaleras las habían pisado tantos pies que buscar huellas de zapatos sería una tarea poco apasionante.

En el primer piso había dos dormitorios y el baño. Caine se paró en la puerta de este último y miró la bañera, en la pared más alejada. El cuerpo que vio era el de un hispano, sin camisa.

No había mucha sangre, a diferencia de lo que se ve en algunas películas. A la víctima le habían disparado con munición de pequeño calibre, probablemente del 22, y las balas habían rebotado dentro del cráneo. Sin hacer un gran estropicio, habían sido certeras.

Caine cruzó el pasillo y fue al dormitorio, miró desde la puerta y vio un cuerpo boca abajo en el suelo. La víctima tenía las manos atadas detrás con un cable eléctrico; como ya sabía, también le habían disparado dos veces en la nuca.

Este hombre tenía un poblado bigote, y eso llevó a Caine a pensar que estaba viendo a Santoya, el tirador de los casos Wallace y Burnett; si era así, el tipo del baño debía de ser el conductor. El cadáver llevaba una camisa desabrochada, pantalones de algodón e iba descalzo.

—Bien —dijo Caine a Speedle—. Encárgate del baño y yo del dormitorio. Primero huellas de pisadas, por si acaso.

Speedle asintió, dio unos pasos dentro de la habitación que le habían asignado y se puso manos a la obra. Caine se calzó los guantes de látex y esperó un pequeño milagro. Si no encontraba nada para relacionar a Antonio Mendoza con esos dos hombres, le esperaba una ardua batalla para cargar a Mendoza los ataques contra Wallace y los Burnett, por no hablar de los demás ataques que se habían producido en la última semana.

Al menos podía intentar relacionar a los dos hombres muertos con el ADN del cabello y la orina del Archer. Además, era de imaginar que, si registraba sus armarios, encontraría las botas que coincidían con las huellas que había sacado del suelo del cuarto de baño de la habitación del hotel.

En ese caso podría cerrar el asesinato con aquellos dos culpables sin demasiados

problemas. Pero relacionarlos con Mendoza —o con cualquier otro jefe de banda— sería muy difícil.

El suelo era de madera poco cuidada, lo que le daba la oportunidad de encontrar huellas útiles. Empezó con el revelador de huellas electrostático en las zonas de más paso. Como se imaginaba, halló un montón de pisadas superpuestas que al ordenador le costaría mucho distinguir.

Cuando acabó con el suelo se acercó al cuerpo para asegurarse de que había recogido todas las pruebas. Después cortó el cable eléctrico con cuidado, no porque esperara encontrar huellas en una superficie tan estrecha —por ahora aquellas personas se habían portado de forma muy profesional—, pero tomó precauciones de todos modos. Tal como estaban las cosas, un descuido era un error que no podían permitirse.

Examinó el resto de lo que había en la habitación sin descubrir nada que le pareciera significativo. Le extrañaba no haber visto botas en el armario, ni debajo de la cama, aunque sí había encontrado un par de zapatillas deportivas y un par de sandalias, pero de botas, nada.

Algunas de las cosas que había recogido podían dar sus frutos en el laboratorio, aunque tendría que esperar. A la ciencia no le importaban ni horarios ni crisis.

Mientras tanto, Speedle se había ocupado del baño y del segundo dormitorio sin encontrar tampoco nada significativo.

Speed frunció el ceño con expresión reflexiva, su escepticismo natural se dibujaba en sus rasgos engañosamente bondadosos.

—Estos tipos no parecen haber presentado mucha batalla.

Caine asintió.

—No tienen nada bajo las uñas, ni hay armas en la casa... y no me parecen víctimas satisfechas, ¿y a ti, Tim?

—La verdad es que no.

—¿Has encontrado botas en el otro dormitorio?

—No. Calzado vario, pero botas no.

—¿El de la bañera llevaba zapatos?

—Iba descalzo.

Caine gruñó.

—Si estos tipos mataron a los tres jefes en el Archer la otra noche, ¿dónde están sus botas?

Speedle se encogió de hombros.

—Quizás aquí hay duendes, podemos volver a mirar por la mañana.

Caine sonrió sin ganas.

—No me ayudas mucho, Tim.

—Bueno, ¿cómo podemos saber que esas huellas de zapatos no pertenecían a otro huésped del Archer?

—Sin las botas de estas víctimas para compararlas, no podemos.

Se reunieron con Calleigh y Delko en la parte trasera, cerca del desvencijado garaje abierto donde estaba aparcado el Lexus. Calleigh les mostró una bolsa de plástico con tres casquillos.

—De un AK-47 —dijo con orgullo.

Delko les mostró otra bolsa.

—Muestras de pintura que compararé con la del coche aparcado que abollaron.

Caine frunció el ceño.

—¿Habéis encontrado botas en el coche o en el garaje?

—No —dijo Calleigh, intercambiando una mirada con Delko.

—No —dijo Delko—. ¿Por qué?

—Hay algo que no encaja —contestó Caine.

—¿Qué? —preguntó Calleigh.

—Todavía no lo sé. Está claro que nuestras víctimas mataron a Wallace y a Joanna Burnett, pero de lo de la cumbre de paz en el Archer... no estoy tan seguro.

—¿Por qué no? —preguntó Delko.

Caine esbozó una media sonrisa.

—¿Habéis encontrado armas?

—No.

—No.

—Entonces —dijo el supervisor—, decidme... ¿cómo se lo montaron nuestros dos pringados para sacar las armas del edificio federal y después devolverlas?

Los miembros de su equipo le miraron, después se miraron entre ellos con los ojos muy abiertos. Nadie parecía tener una respuesta.

—¿Y dónde están las armas con que mataron a Chevalier, Calisto y Shakespeare? —siguió Caine pensativo.

Para eso sus CSI tampoco tenían respuesta.

—Además, es evidente que ni Santoya ni su compañero han muerto por causas naturales.

Todos asintieron y arquearon las cejas.

—Bueno —dijo el jefe—. Volvamos al laboratorio y empecemos a examinar todo esto. Calleigh, tú has identificado a Santoya, de modo que cuando acabes con los casquillos, es todo tuyo.

—Será un placer —dijo ella.

—Pásame toda la información que tengamos de él y descubre quién es el otro hombre. A lo mejor eso nos conducirá a Mendoza y al suministrador de armas.

Mirando el Lexus aparcado, Caine se fijó en la matrícula del vehículo: el nombre del estado arriba y una naranja que parecía un melocotón en el centro; el número era P14 398. Algo le fastidiaba, pero lo dejó para más tarde y se reunió con su equipo, que estaba recogiendo sus cosas.

En el laboratorio, Delko fue el primero que encontró algo.

—El AFIS ha identificado al tipo de la bañera —dijo Delko—. También se

llamaba Santoya: Manolo.

—¿Hermanos?

—Primos. Los dos eran colombianos.

—Entonces ¿cómo llegaron a relacionarse con Mendoza?

—Eran de Bogotá. No estaban afiliados a los Mitus, trabajaban por su cuenta. La DEA nunca ha podido demostrarlo, pero cree que los primos trabajaban para los Mitus, los Trenches, los Faucones e incluso para los Culebras. Según dicen, también habían hecho trabajitos en la ciudad para Peter Venici antes de que se lo cargaran.

—O sea, que probablemente podemos relacionarlos con Mendoza, pero...

—También podemos relacionarlos con cualquiera, incluidos los *boy scouts*.

Caine suspiró.

—Chicos malos para todo.

Delko asintió.

—Pero a partir de ahora se portarán bien, H.

—Ya lo creo. Buen trabajo, Eric.

Calleigh apareció poco después.

—Los casquillos que encontramos en el coche de Santoya coinciden con los disparados en el Archer Hotel y en la casa de los Burnett. Son nuestros hombres, sin duda.

Caine asintió una vez.

—Bien. Pero de nuevo se plantea la pregunta: ¿cómo consiguieron sacar y devolver las armas bajo custodia de LaRussa?

—No lo hicieron solos —observó Calleigh, parpadeando.

Caine lo pensó un momento y después preguntó:

—¿Ha empezado alguien a investigar a los guardias del King Building?

—Todavía no. ¿Me pongo yo?

—Sí. Por favor. Hay algo que se nos escapa.

Al entrar, Speed casi tropezó con Calleigh, que salía.

—El CODIS no nos ha ayudado con los dos tipos —explicó Speedle a su jefe.

—No importa, Tim —dijo Caine—. Los hemos identificado por las huellas.

Le habló a Speedle de los Santoya y de lo que habían hecho durante años.

—Bueno —dijo Speed encogiéndose de hombros—, al menos sabemos quiénes son. Eran.

Caine frunció el ceño, pensando.

—Tim, empieza a trabajar en el vídeo del King Building. A ver si descubres cómo salieron las armas.

—Estoy en ello.

—Calleigh empezará a investigar a los guardias. Informadme en cuanto averigüéis algo.

Cuando Speed se marchó, sonó el móvil de Caine. Respondió con el habitual: «Horatio».

—*Hola, soy Yelina.*

—*¿Qué has descubierto del señor Garner?* —preguntó Caine.

—*Gracias por mandarme al CSI, Horatio. Nos presentamos en casa del joven Garner con la orden.*

—*¿Y?*

—*Lo típico, estuvo amabilísimo, diciendo que no sabía de qué estaba hablando su antiguo compañero de escuela Jimmy.*

—*No me digas.*

—*Pero, mientras yo hablaba con él fuera, el CSI registró la casa. ¿Y sabes qué? Mike conservaba el bolso como recuerdo.*

Caine sonrió: de vez en cuando los malos eran estúpidos, y eso era tan útil como el buen trabajo policial.

—*Garner cambió de guión, admitió que estuvo allí, pero dijo que sólo estaba con Hamilton por casualidad cuando pasó. Afirmó que no había tocado el arma y que Hamilton le había hecho coger el bolso.*

—*Bueno, tiene un problema. Probablemente sus huellas son las otras que hay en la pistola.*

—*Yo también lo creo... y lo pillaremos en una bonita contradicción.*

Caine se permitió un pequeño suspiro de alivio. Jimmy Hamilton lo tenía mal, de eso no había duda, pero el testimonio de Jimmy y las circunstancias atenuantes contribuirían que el chico no tuviera que soportar más asedios de Mike Garner.

—*Buen trabajo, Yelina.*

—*¿Cómo te va con tu caso?*

Le contó lo que había pasado durante el día.

—*Pero descubrir quién contrató a esos dos no será tarea fácil* —concluyó.

—*Lo descubrirás, Horatio* —dijo ella calurosamente—. *Tengo fe en ti.*

—*Gracias.*

Su fe en él resultaba agradable.

De nuevo solo en el despacho, con todo su equipo trabajando, Caine empezaría por introducir las huellas de pisadas de la casa de Santoya en el ordenador. Cuando terminara con esto, las separaría y a lo mejor encontraría alguna pista entre las manchas y el polvo.

O eso esperaba.

El tiempo pasaba y las posibilidades de resolver el caso se esfumarían dentro de veinticuatro horas. Caine sabía que era probable que le arrebataran la investigación en cuanto el gobernador se entrometiera.

Se obligó a no pensar en ello. Todavía les quedaba un día y eso podía ser toda una vida.

Los Santoya lo sabían bien.

Sonó el móvil, contestó y oyó a Len Matthers, bastante irritado, al otro lado.

—*¿De quién ha sido la idea de meter a Jeremy en la investigación?* —exigió el

jefazo de la DEA.

—Es estrictamente cuestión de asesoramiento, Len.

—*¿Tengo que explicarte cuántos conflictos de intereses pueden surgir?*

—Eso es porque...

—*Te lo digo claro, Caine: déjalo.*

—¿Que deje qué?

—*¡De meter a Jeremy! Su esposa fue una de las víctimas, ¿cómo quedaríamos si se sabe que un agente de la DEA va por ahí de Harry el Sucio, buscando al asesino de su esposa? ¡Teóricamente ya es sospechoso de la masacre de Calisto!*

—Soy consciente de ello, Len. Pero no tengo que decirte que la crisis afecta a toda la ciudad y necesito utilizar la experiencia del mejor experto en bandas que tenemos.

—*Pues se acabó. O tomaré medidas para pasar toda la investigación a los federales.*

—Tendré en cuenta tu petición, Len.

—*¡No es una petición! Prometiste cooperar, Horatio.*

—¿No te mantiene informado el detective Tripp?

—*Sí... pero ha sido muy vago y no me ha mencionado que estabas utilizando a Jeremy.*

—Una pregunta, Len...

—¿Qué?

—Las armas que confiscan tus agentes... ¿dónde las guardáis?

—*Bueno, en el almacén de pruebas del King Building. Lo mismo que el FBI y el ATF. ¿Por qué?*

—Todavía no lo sé —contestó Caine—. Gracias por la información, Len.

Y colgó.

10

Asuntos internos

El equipo estaba que echaba humo.

Todos habían dado alguna cabezada durante la noche mientras esperaban a que se ejecutara un programa o llegara un resultado del laboratorio, pero cuando la luz matinal del domingo se filtró por entre las persianas de la ventana, se hizo evidente que hacían un turno condenadamente interminable.

Horatio Caine intentó compensar la injusticia del esfuerzo que estaba exigiendo a su personal asumiendo el trabajo más pesado. Pero incluso Caine, siempre efervescente, empezaba a decaer.

Cuando se paró a comprobar los progresos de Calleigh con la investigación de los guardias del King Federal Building, la encontró enterrada en un montón de papeles, con los ojos enrojecidos y el pelo rubio platino —normalmente tan bien peinado— recogido de cualquier manera.

—¿Has tenido suerte? —preguntó.

Al menos su sonrisa no se había apagado.

—Buenos días, Horatio. Considero que ya es una suerte no haberme desmayado todavía.

Él se esforzó por sonreír.

—No perder el conocimiento es un plus, en este trabajo.

—¿En serio? Y tú, ¿cuándo has echado una cabezadita?

—Si no encontramos algo en las próximas veinticuatro horas, nos sobrá tiempo para dormir.

—Cuando nos manden a tráfico a todos, ¿seguirás siendo el jefe? —preguntó ella con aire inocente.

Horatio Caine hizo algo muy raro en él, sobre todo en el trabajo: se echó a reír a carcajadas.

—Gracias, Calleigh. Me hacía falta.

—Me alegro. Pero me temo que ésa será toda la ayuda que pueda ofrecerte por ahora: esos guardias están limpios como una patena.

Caine suspiró.

—No es de extrañar. Las instalaciones federales investigan bien los antecedentes.

La preciosa cara de ella se torció en una mueca.

—Pero no lo bastante para que su almacén de armamento no se convierta en una biblioteca de préstamos.

—Tienes razón. —Lo pensó un momento y después dijo—: Ha llegado la hora de investigar a fondo a un par de peces gordos federales.

—¿Ken LaRussa?

—Sí. Y cuando acabes con él, empieza con Leonard Matthers, de la DEA.

—Pescamos a ciegas, ¿no? —dijo ella todavía sonriendo, aunque ahora con expresión lúgubre.

—Me temo que sí. Pero ahora las aguas de Miami están perfectas para la pesca. Empieza con LaRussa.

—Ha cooperado en todo.

—¿Qué remedio le quedaba? —Caine inclinó la cabeza—. Es su almacén de pruebas lo que parece una biblioteca de préstamos.

—Sí —dijo Calleigh, poniéndose a trabajar.

Caine encontró a Speedle en la oficina, sentado de espaldas a la puerta, con una imagen de la cinta de vídeo congelada en la tele, frente a él. Caine estudió la imagen un momento e intentó descubrir por qué Speed estaba tan fascinado con ese cuadro.

Entonces el joven CSI emitió un sonido: un ronquido.

Caine, sonriendo, no sabía si despertar a Speed, cuando el CSI se irguió de repente, como sobresaltado, y un fajo de papeles que tenía en el regazo se esparció por el suelo. Por lo visto, incluso dormido, Speed había sentido la presencia de su jefe.

—Es hora de levantarse, Tim —dijo Caine, colocándose a su lado.

—Sólo descansaba los ojos, H —dijo Speedle.

Caine puso una mano en el hombro del joven CSI.

—Tranquilo, todos llevamos demasiadas horas trabajando. Una siesta de vez en cuando no nos hará ningún daño.

Speedle ya estaba recogiendo los papeles que había tirado.

—Estaba viendo la cinta y había empezado a tomar notas de los detalles y a compararlos con las grabaciones...

—¿Y?

Speed se volvió para mirar a su supervisor a la cara.

—Que hay algo raro. Empecé repasando la lista del inventario de LaRussa, y hay algo que no cuadra.

—¿Estamos hablando del AK-47?

—No, no de las armas, de otras pruebas guardadas en ese almacén.

—¿De qué tipo?

—Sustancias controladas, H: drogas.

Caine cogió una silla y se sentó junto a Speedle, que decía:

—Confiscan drogas en la calle y las llevan al almacén de pruebas; después alguien se lleva una parte y la manda al laboratorio para realizar los análisis. Todos son procedimientos rutinarios. Pero... —señaló con una mano un formulario de salida que tenía cogido con la otra mano— están sacando mucho más de lo necesario. Y es imposible de decir, con el vídeo, si devuelven la misma cantidad, o siquiera el mismo material.

—¿Cuánto sacan para «analizar»?

El normalmente tranquilo Speed estaba más bien nervioso.

—Unos tres o cuatro kilos cada vez. Nosotros nunca hemos mandado tanta cantidad de golpe a un laboratorio.

—Y crees que devuelven menos de lo que sacan.

—Sí, o que lo cambian.

—¿Quién firma las devoluciones?

Speedle pasó el formulario a Caine para que lo leyera. La firma y las líneas de la cantidad eran ilegibles.

Con una mueca, Speed dijo:

—Parece de un disléxico borracho... o la receta de un médico.

—Entonces es que sólo lo firmaban para disimular.

—Para la cámara de vídeo.

—Fíjate en las fechas, siempre devolvían las drogas en fin de semana, cuando no hay guardia de turno.

Asintiendo, Speedle dijo:

—Cuando no había nadie mirando, sólo la cámara. Parece que nadie se dio cuenta.

—Speed..., has hecho un gran descubrimiento. Un descubrimiento magnífico.

—Gracias, H —contestó Speedle. Pero no sonreía—. ¿Cómo se relaciona con nuestra guerra de bandas?

—Es difícil de decir, exactamente. —Caine se encogió de hombros—. Por supuesto, todas nuestras bandas negocian con droga, o sea, que eso podría indicar que la banda que tuviera acceso a las armas también podría estar utilizando la droga para el contrabando.

—Pero ¿qué banda tendría acceso al almacén de pruebas?

—Una lista bastante larga, Speed, las bandas han sobornado más de una vez al FBI, el ATF y la DEA, entre otros.

—Todo el caldo federal —proclamó Speed con cara de amargado.

—Aguas turbulentas, amigo. Ten cuidado por dónde nadas.

—Y cuidado con los tiburones.

La atención de Caine volvió a la pantalla.

—¿Qué has encontrado en las cintas? Me refiero a los federales que sacaban la droga.

Encogiendo los hombros con frustración, Speedle dijo:

—No mucho, la verdad, estos tipos son muy cuidadosos. Nunca se les ve la cara en la cámara. Saben dónde está y se apartan o se ponen al lado.

—Pero parecen agentes, o al menos empleados federales.

Speed se encogió de hombros.

—Llevan trajes.

—¿Vemos algo? ¿Parte de la nuca para identificar las orejas? ¿O el pelo, o una

calva? Encuentra algo, Speed.

Speedle volvió a enfrentarse a la pantalla.

—Para eso me pagas el sueldo, H.

Caine se puso de pie.

—Oye, Speed. Esto acabará pronto.

Al pasar por el depósito, Caine se paró, dudando de si era prudente molestar a Alexx; más que ningún otro de los agobiados miembros del equipo de Caine, la forense se había visto desbordada de trabajo por la crisis de la guerra de bandas. Estaba a punto de irse cuando la puerta se abrió de golpe y Alexx, totalmente exhausta, salió al pasillo.

—Bueno, Horatio —dijo—. ¿Venías a verme? Es agradable tener a alguien con pulso, para variar.

Él la miró con una sonrisa avergonzada.

—No sabía si entrar. Pensaba que otro cuerpo, ni que tuviera pulso, no era precisamente lo que necesitas ahora.

Ella hizo un gesto displicente.

—¿No estamos todos ocupados? Debería estar en la iglesia... y no en mi catedral de los muertos. —Meneando la cabeza y mostrando un cansancio poco habitual en ella, Alexx añadió—: Amigo, esta semana ha sido la peor de mi vida.

—Hemos tenido huracanes.

—Eso parece. Pero las víctimas de huracanes no han recibido tiros de armas automáticas... Tengo los resultados preliminares del análisis de laboratorio de la autopsia de Joanna Burnett, por cierto.

—¿Algo interesante? —preguntó Caine.

—Es posible. ¿Te sorprendería saber que tuvo relaciones sexuales el día que murió?

—La verdad es que no.

—¿Y si el ADN del hombre no coincidiera con el de su marido?

Caine se tomó la pregunta como el puñetazo en el estómago que realmente era. Tras unos segundos, logró decir:

—¿Eso es lo que me estás diciendo?

Alexx asintió con gravedad.

—¿Cómo es que lo has comprobado? —preguntó.

—Era un asesinato, Horatio. Cuando la víctima es una mujer, siempre lo compruebo. ¿No debería?

Mortificado, Caine dijo:

—Por supuesto que debías. No pretendía que pareciera... ¿De dónde has sacado el ADN de Jeremy para compararlo?

—De la sangre que dejó en la ropa de Joanna, la noche del tiroteo en su casa. La analicé dos veces.

Caine apoyó las manos en las caderas.

—Joanna Burnett tenía una aventura.

—O al menos un lío de una noche. O una tarde de placer.

Las personas tienen secretos —como CSI lo sabía mejor que nadie—, pero los Burnett siempre habían parecido un matrimonio feliz, la pareja perfecta por antonomasia.

—Buen trabajo —dijo.

Pero ella tenía una expresión lúgubre.

—Lo siento. Era amiga tuya. Pero era humana, Horatio. Todos lo somos.

—Lo sé —dijo, logrando esbozar algo parecido a una sonrisa—. Esto es lo que da trabajo a los CSI, ¿no?

Ella se rió a su modo cínico.

—Sí.

—Alexx, si te enteras de algo, comunícamelo. No esperes a que pase a verte.

—De acuerdo —dijo Alexx. Respiró hondo, soltó el aire y entró de nuevo en la catedral de los muertos.

Cuando todavía daba vueltas a aquellas noticias tan poco halagüeñas, Caine encontró a Delko en la sala de descanso tomándose un donut y un vaso de té frío.

Caine se sentó al lado del CSI y preguntó:

—Buenos días, Eric, ¿qué has estado haciendo?

—Trabajar con las huellas de pisadas.

Caine frunció el ceño.

—Espero que no hayamos duplicado esfuerzos.

—No lo creo, H. Yo buscaba las botas que llevaban los Santoya en la habitación del hotel.

—Si eran ellos los que estaban en el Archer —recordó Caine.

—Si eran ellos.

—¿Y?

Delko sonrió sin ganas.

—Nada. Cogí una huella electrostática tanto del pedal del freno como del pedal del gas del coche, del suelo del garaje, del suelo del sótano de la casa..., de cualquier parte donde pudieran haber estado y que no hubiera sido demasiado pisada.

—Y no encontraste nada que coincidiera.

—Nada de nada. ¿Y tú qué, H?

—He separado las huellas con el ordenador. —Caine meneó la cabeza—. Había siete u ocho huellas superpuestas. Era como si todo el maldito equipo de emergencias hubiera entrado en tromba en la casa.

—¿Encontraste algo?

—Algo: dos pares de botas que no casan con ninguna de las otras.

Delko se echó hacia delante.

—¿Alguna era como las del Archer?

—Una sí.

—¡Estupendo!

—La otra todavía no la hemos visto.

Delko lo pensó un momento.

—Entonces... los Santoya llevaban botas y se deshicieron de ellas.

—Puede ser, pero los dos Santoya iban descalzos cuando los encontramos, ¿te acuerdas? Esas huellas de botas estaban encima de sus huellas descalzas.

—Si eso es cierto... ¿qué ha pasado con las botas?

—A lo mejor se fueron por su propio pie. Después de entrar por su propio pie.

—¿Adónde quieres ir a parar, H?

—Piensa en esto —dijo Caine, no muy a gusto con lo que estaba a punto de decir, ni con la sensación que tenía en el estómago, ni con el sabor de las palabras en su boca—. Supongamos que las botas no pertenecían a los Santoya.

La cara de Delko se arrugó. Estaba claro que entendía lo que quería decir Caine, y tampoco le gustaba nada. Pero no dijo ni una palabra, lo que ya era decir mucho.

—Perdóname, Eric. Tengo que llamar a un juez.

Los ojos de Delko se animaron.

—¿Un domingo por la mañana?

—Sí, un domingo. No me importa si está en la iglesia o en el campo de golf. No te alejes porque pronto te pediré que vayas a recoger algo por mí.

—Aquí estaré, H.

—Ah, Eric, una cosa más...

—Dime.

Caine levantó un dedo aleccionador.

—No le cuentes a nadie, y digo a nadie, lo que hemos hablado.

—Excepto a Calleigh y a Speed, quieres decir.

—A ellos tampoco, por ahora. Ya tienen bastante que hacer, de todos modos.

Caine hizo la llamada y una hora más tarde el fax escupió el documento que había estado esperando.

Volvió a buscar a Delko, que ahora estaba trabajando en el laboratorio, y dijo:

—Vamos.

—Creía que me mandabas a mí, H.

Con una risa amarga, Caine dijo:

—Eric, cuanto más lo pienso, más me cabreo.

Los ojos de Delko se abrieron mucho. Su jefe casi nunca decía palabrotas.

—Vamos los dos —dijo Caine—. Y Tripp también.

Mientras salían, Caine sacó el móvil y llamó al fiscal Ken LaRussa a su casa. Se puso su esposa y, después de hacerle perder un poco de tiempo, Caine la convenció para que fuera a buscar a su marido.

Cuando LaRussa se puso al teléfono, sus palabras eran amables pero el tono era cauto.

—*Horatio, ¿qué puedo hacer por ti?*

—Nos vemos en el King Building dentro de media hora.

—¿Qué?

—No es necesario que lo repita, ¿verdad, Ken?

—*Horatio, seamos serios. ¿No puedes esperar a mañana? ¡Es domingo, por el amor de Dios, acabamos de llegar de la iglesia!*

—Me alegro de saberlo, Ken.

—¿Qué quieres decir?

—Ya has hecho tus plegarias. —El tono de voz de Caine se endureció—. Vamos a ir ahora y llevamos una orden judicial. Yo que tú estarías allí.

Caine apretó la tecla de colgar antes de que LaRussa pudiera responder.

En poco más de media hora, Caine, Delko y el detective Frank Tripp estaban en el King Federal Building y ya habían cruzado el control de seguridad del vestíbulo, donde los esperaba LaRussa muy nervioso. El abogado llevaba vaqueros, una camisa azul y una expresión de estar echando chispas por haber tenido que ir allí un domingo por la mañana, pero Caine presintió que era una pose, al menos en parte.

LaRussa estaba aterrorizado.

Y no era de extrañar.

De todos modos, a Caine le importaba muy poco el estado de ánimo del fiscal, y cuando LaRussa se acercó a ellos, pregonando a gritos su indignación, se limitó a entregarle la orden judicial y siguió andando hacia el ascensor. El fiscal siguió al trío invasor mientras leía el documento, y lo atrapó justo cuando se abría la puerta.

Al entrar, LaRussa tenía una expresión atónita y horrorizada, como si comprendiera el nuevo rumbo que había tomado la investigación. O quizá se daba cuenta de que...

—¿Drogas? —balbuceó el fiscal—. ¿Os lleváis drogas como prueba?

—Unos lotes concretos —dijo Caine, señalando la orden judicial en las manos temblorosas del fiscal—. Para analizarlos.

—¿Analizarlos?

—¿Hay eco aquí o qué? —preguntó Tripp.

—Tenemos pruebas sólidas de que unos agentes se están llevando cantidades sospechosamente grandes de drogas para analizarlas, y hemos de asegurarnos de que están devolviendo la misma cantidad que se han llevado —dijo Caine.

—O la misma sustancia —intervino Delko.

Mirando primero al supervisor del CSI y después al joven, LaRussa dijo:

—¿De qué estáis hablando?

Caine miró a Delko para pasarle la pelota.

—Estamos hablando de llevarse Coca-Cola y devolver gaseosa —explicó Delko.

—¡Oh! —dijo LaRussa levantando las manos—. ¡No, de ninguna manera! ¡Esto no es posible!

LaRussa estaba furioso, con los brazos en jarras, desafiante, y la orden de registro colgando como un banderín de la cintura.

Caine dirigió una mirada compasiva al fiscal.

—Espero que tengas razón, Ken. —Caine entornó los ojos y su amabilidad se hizo más dura y despiadada—. Porque, si me equivoqué confiando en ti y tú estás detrás de todo esto, te esposaré y te arrastraré a la casa de la muerte personalmente.

Esto hizo callar a LaRussa de golpe.

El silencio era más útil, porque los tres agentes tenían trabajo que hacer. Al final salieron con varias bolsas de drogas: cocaína, marihuana, metadona, heroína, una despensa farmacéutica personal en la parte trasera del Hummer.

Durante todo el rato que pasaron dentro, el fiscal estuvo observando y desesperándose, pero sin decir nada. Caine ignoraba si LaRussa no sabía qué decir, o sólo pretendía proteger sus derechos constitucionales.

A petición de Caine, Speedle y Calleigh los esperaban en la puerta cuando Delko entró el Hummer en el garaje. Al bajar del coche los recibieron con ánimo festivo.

—¡La oficina del fiscal del Estado! —exclamó Speedle.

Calleigh dio un apretón al brazo de Delko.

—Estás hecho un cazafederales —dijo, y Delko sonrió encantado.

Caine se acercó dando la vuelta al Hummer, pero no sonreía; su expresión sombría sumió a su personal en un silencio avergonzado.

—No hay nada que celebrar —dijo precipitadamente, con las manos en las caderas.

Buscar a los malos en un edificio federal no era el giro que él habría querido para aquel caso, y no tenía ningún deseo de que sus CSI lo aplaudieran.

—Ya sé que hemos topado de vez en cuando con el agente Sackheim y con el FBI, y con otros departamentos federales —dijo—, pero si esto toma el cariz que parece que toma, significará una mancha para todos los cuerpos policiales de Miami.

—¿No te alegras de que por fin tengamos una pista? —preguntó Calleigh, un poco a la defensiva.

Caine la miró con el ceño fruncido.

—¿Si me alegro de poder arrestar a más policías? No. Y no creo que vosotros tampoco, si lo pensáis bien.

Speed y Calleigh asintieron, un poco desinflados.

Inmediatamente Caine se sintió mal por el rapapolvo; después de tantas horas de trabajo, a los chicos les habría venido bien un poco de festejo, aunque fuera desencaminado.

—Chicos —dijo amablemente—, si LaRussa está detrás de todo esto..., si él es el jefe de la biblioteca que presta armas y drogas... le arrestaremos, como a cualquier otro empleado federal. Pero no vamos a recrearnos en ello.

Delko dijo a sus compañeros:

—Pensad en cómo nos sentimos con Asuntos Internos.

Esto fue suficiente, y todos asintieron. Caine dijo:

—Otra cosa: procurad trasladar el material siempre según el manual. No quiero

que nadie nos acuse de dar el cambiazó aquí. Éste es el lote de moscas de los federales.

—¿Moscas? —preguntó Calleigh.

—Si te acuestas con perros, te levantas con moscas —dijo Caine, con las cejas arqueadas—. No quiero que nosotros también tengamos que darnos un baño de insecticida.

Calleigh le sonrió.

—Eres tan elocuente, Horatio...

Él se rió un poco.

—A trabajar, chicos.

Descargaron el Hummer en silencio, colocaron las bolsas de contrabando en carros y se llevaron los carros al laboratorio. Delko supervisaría los análisis mientras los demás trabajaban con el resto de las pruebas.

Mientras iba pasando bolsas a Speedle, Caine preguntó:

—¿Cómo va con las cintas?

—La calidad de esas cintas no es precisamente el no va más, H. No distinguirías a Halle Berry de Pee Wee Herman.

—¿Las cámaras estaban trucadas?

—Así lo creo. Imagino que nuestros malos creían que nadie se fijaría en esas cosas y metieron un poco de mano al foco.

Asintiendo, Caine dijo:

—Se las daremos a Tyler y que él les aplique su magia.

—Tyler no está, H. Para algunos, hoy es domingo.

Caine ofreció una diminuta sonrisa a Speed.

—Llámallo y dile que el lunes se ha adelantado.

Cuarenta y cinco minutos después, Tyler Jenson, con un aspecto muy desaseado, llegó al laboratorio. El joven técnico de imagen y sonido, esbelto y de cuello largo, tenía una sonrisa simpática y espontánea y el pelo rubio y despeinado.

También tenía buena disposición, y cuando se acercó a Caine y a Speed preguntó:

—¿Qué puedo hacer para ayudar?

El supervisor del CSI le explicó el problema.

—Bueno, a ver si logro convertir un vídeo en un DVD.

Jenson acompañó a Caine y a Speed a la habitación diminuta que albergaba el equipo de vídeo del técnico. Encendió algunos interruptores, giró algunos botones y después se sentó en la silla del capitán, frente a la pantalla del ordenador, mientras el equipo zumbaba y se calentaba, como un 747 preparándose para despegar.

Enseguida vieron una imagen en blanco y negro desenfocada. Para disgusto de Caine, la mala definición de la cinta de seguridad de la que se quejaba Speed era cierta.

—Vaya por Dios —dijo Jenson retóricamente—. No hay duda de que alguien ha manoseado el equipo. Pero si me dejáis un par de horas, puede que consiga

transformar este pantano en un bonito paisaje.

—Eso estaría bien —dijo Caine—. El tiempo es oro.

Jenson sonrió.

—¿No es siempre así?

—Sí, pero esta vez es una bomba.

—Entendido —dijo Jenson, y los echó.

Los dos hombres bajaron por el pasillo hacia el despacho de Caine.

—H —dijo Speed—, ¿qué quieres que haga mientras esperamos?

Buena pregunta. Calleigh estaba trabajando con LaRussa y Matthers, Delko estaba analizando las drogas, y ahora Jenson trabajaba en la cinta.

Entonces recordó su conversación con Alexx y dijo:

—Descubre lo que puedas de las víctimas.

—Vaya, creo que ya tengo el informe listo, H. Eran traficantes de drogas de lo peorcito.

—Joanna Burnett no —recordó Caine.

Speed frunció el ceño.

—No. Ella no, pero ella fue una baja accidental...

—Haz como si fuera otro asesinato. Busca un motivo.

—¿Como qué? ¿Hablo con el marido?

—No. Un buen punto para empezar son los amigos. Pregunta quién era su mejor amiga y habla con ella. Discretamente. Que no se entere todo el mundo.

Speed le miró aturdido.

—Si es lo que tú quieres, H, lo haré. Pero para mí no tiene sentido.

—Para mí sí. Hazlo.

Speed se fue.

Otra vez en su despacho, Caine estaba sentándose en la silla cuando sonó el móvil.

—Horatio —dijo Caine.

—Soy Sackheim, Horatio. —La voz del agente del FBI estaba tensa de ira—. *¿Qué diablos está pasando en el edificio federal?*

—Forma parte de mi investigación, Bob.

—*¿Qué se ha hecho de lo de mantenerme constantemente informado?*

—*¿El detective Tripp no está en contacto contigo?*

—*De forma selectiva, por lo que parece. Si sospechabas que había una brecha de seguridad en el almacén de pruebas del King, ¿por qué diablos no me lo dijiste?*

—Podría haber sido prematuro. No deseaba estropear la reputación de Ken LaRussa innecesariamente. Estamos todos en el mismo equipo, ¿no, Bob?

—*¡Dios santo! ¿Te das cuenta de la cantidad de casos, de cuántos departamentos pueden verse comprometidos por esto?*

—Por eso nos lo tomamos con calma, Bob.

—*En cuanto a mí, esto es un insulto a la buena fe. ¿Te gustaría enfrentarte a una*

acusación de obstrucción a la justicia, Caine?

Un doble clic dio a entender a Caine que tenía una llamada en espera.

—Tengo una llamada por la otra línea, Bob. Tendremos que seguir hablando más tarde.

—*Caine, no te atre...*

Y Caine cogió la otra llamada.

—*Soy Jeremy, Horatio. ¡No puedo creer que hayas arrestado a Ken LaRussa!*

—Las buenas noticias viajan deprisa en esta ciudad. Pero, Jeremy, yo no lo he arrestado. Sólo nos hemos presentado en el edificio federal con una orden de registro.

—*¿En serio? ¿Por qué?*

—Teníamos que comprobar algunas cosas.

Después de un breve chasqueo, Jeremy dijo:

—*¿No es un poco tarde para hacerte el misterioso conmigo, Horatio?*

—Puede ser, pero intento curar una herida que me hizo tu jefe.

—*Matthers te ha pegado una bronca.*

—*¿A ti no?*

—*La verdad es que lo he evitado a él y a la oficina. Todo lo que he hecho para ti ha sido en mi tiempo libre, y sólo he pedido favores a amigos e informadores.*

—Te lo agradezco. —Caine intentó mantener un tono de voz despreocupado—. En cuanto al edificio federal, no querría ser origen de más rumores infundados. Ya has visto lo que ha pasado. ¿Cuántas personas creen que hemos arrestado a LaRussa esta tarde?

—*Bueno, es lo que se dice en la calle* —dijo Burnett—. *Yo no sé qué pensar: LaRussa es una comadreja egoísta, pero nunca habría creído que fuera corrupto.*

—Ahora no puedo decirte más, Jeremy. Pero si consigues alguna pista de dónde está Mendoza...

—*Oye, por eso te llamaba también. Me han dado un soplo sobre nuestro jefe Culebra. Puede que nos estemos acercando a Mendoza. ¿Qué quieres que hagamos si damos con él?*

—*¿Damos?*

—*Nickerson me está ayudando en esto.*

Caine se agitó en la silla; la preocupación de Matthers por que Jeremy se convirtiera en un Harry el Sucio cruzó por la cabeza del CSI.

—Si tienes una pista, Jeremy, pásasela al detective Tripp; esto es un caso de la policía, y si vas de lobo solitario, no podré protegerte.

El tono de Burnett fue serio pero tranquilizador.

—*Te entiendo, Horatio. Quiero a Mendoza vivo tanto como tú. Quiero que pague por lo que le hizo a Joanna, y no con una bala. Quiero que esa mierda se pudra en el corredor de la muerte hasta que un día le den la inyección letal que se merece.*

—Jeremy, te lo repito: si sabes algo de Mendoza, dímelo ahora.

—*Déjame comprobarlo primero. Te prometo que no haré nada precipitado.*

Caine no sabía si creer a Burnett o no, pero el agente de la DEA trabajando a lo Eliot Ness podía ser la única posibilidad de encontrar a Mendoza antes de que el gobernador mandara a la guardia nacional.

—De acuerdo, Jeremy, sigue con tu pista, y si encuentras a Mendoza nos llamas enseguida, a mí o a Tripp.

—*Por supuesto.*

—Lo digo en serio, Jeremy Si te involucras directamente, puedes estropear la detención, y ese maldito bastardo podría escaparse.

—*Es tuyo* —dijo Burnett—, *si lo encuentro.*

Y colgó.

Calleigh llamó al marco de la puerta abierta. Caine levantó la cabeza y le indicó que pasara.

Ella se sentó en una silla frente a él y dijo:

—¿Crees de verdad que Kenneth LaRussa instigó esta guerra de bandas?

Caine estiró los dedos:

—Me imagino lo que pasó...

»Ken LaRussa cierra alianzas secretas con una o varias bandas, comparte contrabando y suministra armas para poner en marcha la guerra de bandas. Manipulando las alianzas y contratando a los Santoya como asesinos, el fiscal se deshace de sus colaboradores simulando más bajas de la guerra de bandas.

»Intenta eliminar al único hombre que conoce lo bastante las bandas para no dejarse engañar por este plan: Jeremy Burnett.

»Entonces LaRussa manipula a la policía para que crea que él mismo ha puesto freno a la guerra, y se catapulta en la atención nacional.

»Pero no contaba con que nosotros lo pillaríamos antes —dijo Caine terminando aquella posible versión de los hechos.

—Tampoco contaba con que muriera Joanna Burnett —dijo Calleigh.

—Ni con que Jeremy sobreviviera.

—Supongo que todo cuadra... —Calleigh se sentó en el borde de la silla, con los ojos brillantes y llenos de interrogantes—. Pero, Horatio..., parece tan limpio. Está felizmente casado, no tiene problemas económicos, tampoco tiene mucho dinero, es bueno con el gato y adora a sus hijos. Hasta paga siempre los impuestos a tiempo, por lo que he sabido. Y su mujer es muy activa en la comunidad hispanoamericana y trabaja contra todo lo que representan las bandas.

—¿Tú crees que todo eso es verdadero? ¿O es sólo una fachada?

—Si lo es, es una fachada muy elaborada. El señor LaRussa simplemente no parece la clase de hombre que piensa que el fin justifica los medios, al menos no a esta escala.

Caine se encogió de hombros.

—Del almacén de drogas del King Building salen armas y quizá drogas sin que nadie se entere. ¿Y quién es responsable de esa sala?

—LaRussa, por supuesto; pero eso sólo lo convierte en un mal administrador, no en un delincuente.

—Un punto válido —dijo Caine—. Pero incluso si sólo es culpable de negligencia, ¿cuántos habrán muerto por su causa?

Ella no tenía respuesta para eso.

—Ahora pasemos a Matthers —dijo Caine—. El jefe de la DEA.

—¿Tienes alguna hipótesis en la que encaje él?

—Sería más o menos la misma que la de LaRussa, sólo que el objetivo de Matthers no sería la política, sino ascender en la DEA en el ámbito nacional.

Apareció Delko y se echó en el sofá verde que había contra la pared.

—La cocaína y la heroína que hemos analizado en el cromatógrafo de gas y el espectro de masa son las dos puras...

Caine arqueó una ceja.

Delko sonrió como un niño.

—... puro bicarbonato de soda, quería decir. Y la marihuana ha resultado ser orégano.

Caine echó una mirada a Calleigh.

—El hombre que estaba al mando es el responsable.

—¿Quién es el responsable? —preguntó Delko.

—Ken LaRussa —dijo Calleigh—. Al menos eso es lo que piensa Horatio.

Delko se encogió de hombros.

—Tiene sentido... Era el responsable de la sala de pruebas.

—Lo que digo yo —dijo Caine— es que, tanto si él es nuestro cerebro como si no, ha sido negligente y habrá que pararle los pies.

Desde la puerta, Speedle dijo:

—Adiós Washington D.C., pues. —Entró y se dejó caer en el sofá, al lado de Delko—. ¿Es la hora del recreo? H, acabo de hablar con Laura Parker.

Calleigh y Delko miraron a Speed como si hubiera hablado en swahili.

—La mejor amiga de Joanna Burnett —explicó Speed.

Pero Calleigh y Delko seguían sin tener ni idea de qué iba aquello. Caine no se paró a explicárselo, sino que preguntó a Speed:

—¿Qué te ha dicho?

—Nada, dice que quiere hablar contigo, H. No confía en nadie más.

—Tu fama te precede —dijo Delko a Speed.

—Qué simpático —contestó Speed, y después se volvió hacia Caine—. Por eso me he tomado la libertad de concertar una cita.

—¿Dónde y cuándo?

—En la tienda de Hutchinson, en Galloway, dentro de media hora.

Toni Escobedo, la técnica de ADN, les llamó la atención con un golpecito en la puerta abierta.

—El ADN que sacamos del Archer, del baño del hotel, no corresponde a ninguno

de los Santoya —dijo dirigiéndose a Caine.

Los otros dos CSI se quedaron atónitos con la noticia, pero Caine la recibió estoicamente; le habría gustado estar sorprendido; sin embargo, no haber encontrado las botas de ninguno de los hombres en la casa ni en el coche había convertido en probable el informe de Toni.

—¿Tienes idea de a quién puede pertenecer? —preguntó.

—Todavía no, teniente. Pero no está en el CODIS.

El Sistema de Índice de ADN Combinado era un archivo de ADN, igual que el VICAP lo era de delincuentes violentos y el AFIS, de huellas.

—Estoy buscando en otras bases de datos —continuó Escobedo—, pero tardaré más.

—Sigue con ello —dijo Caine, consciente de que el tiempo era un bien del que no disponían.

Ella ya se iba, pero volvió y dijo:

—Ah, una cosa, el ADN pertenece a un afroamericano.

Caine frunció el ceño pensativamente.

—¿Podría tratarse de un cubano?

—Podría, porque no todos los cubanos son hispanos puros; algunos tienen antepasados africanos. Sí, supongo que el hombre podría ser cubano.

Eso los llevaba a Mendoza y los Culebras.

El grupo se dispersó y Caine fue a la cita con Laura Parker.

La tienda de Hutchinson estaba apenas a dos kilómetros de la sede del CSI. Caine compró un par de cafés, pagó en la caja y se instaló en uno de los reservados junto a la ventana. A última hora de la tarde de un domingo, el local estaba casi vacío y la hilera de reservados era toda de Caine.

Y de Laura Parker.

La mujer entró de prisa, sin mirar a la cajera, y fue hacia el reservado de Caine; se sentó antes de que él pudiera levantarse cortésmente para saludarla.

Laura Parker era una rubia menuda y atractiva de casi cuarenta años, aunque su belleza estaba desfavorecida por la falta de maquillaje, las ojeras y la nariz enrojecida... de llorar, no de beber. Llevaba un chándal vaquero con una camisa de algodón rojo debajo.

—Señor Caine —dijo.

Caine salía lo bastante a menudo en las noticias para que no le extrañara que personas que no conocía le reconocieran a él.

—¿Señora Parker?

La mujer asintió con la cabeza.

—Pensé que le apetecería un café.

—Gracias.

Pero no lo tocó. De hecho, ninguno de los dos tocó los vasos de poliestireno durante aquella breve conversación.

—¿Era la mejor amiga de Joanna Burnett?

Ella asintió; a pesar de su estilo de club deportivo, sus modales eran furtivos, como si fuera una delincuente a la fuga.

—Desde el instituto.

—Siento mucho su pérdida.

—Gracias. Joanna hablaba bien de usted, señor Caine.

—Llámeme Horatio. ¿Puedo llamarla Laura?

Ella tragó saliva.

—Claro.

—¿Por qué ha querido que nos viéramos aquí? Mi despacho está cerca. Si está nerviosa, en un lugar público...

—Es mejor que un sitio donde pudiera encontrarme con Jeremy Burnett o uno de sus compinches.

Caine asintió.

—Ya. ¿Y por qué no deseaba encontrarse con Jeremy? Imagino que si Joanna era su mejor amiga, también sería amiga de él.

—Demasiado amiga... hace tiempo. —Sacó un paquete de tabaco del bolsillo de su chaqueta. Lo encendió, temblorosa—. ¿Le importa?

—No. Usted relájese. He venido a escuchar y a intentar ayudar.

Ella sacó humo, como un dragón.

—Debe comprenderlo, señor Caine..., Horatio. Joanna y yo..., nuestra amistad. Oh, Dios mío, no sé ni por dónde empezar.

—Por el principio es lo mejor.

Mirando por la ventana a la calle que empezaba a oscurecerse, dijo:

—Mi matrimonio se rompió hace unos tres años. Siempre había envidiado a Joanna y a Jeremy. Por su matrimonio perfecto. Una noche, en el club, me encontré sola con Jeremy, fuera, en el porche, e impulsivamente lo besé. Estaba un poco borracha.

Caine no dijo nada.

Ella soltó un suspiro humeante.

—Al día siguiente lo llamé al trabajo y me disculpé. Le dije que estaba muy avergonzada y... él me dijo que le había gustado. Que siempre le había gustado en secreto, y... ¿tengo que continuar?

—Tuvo una aventura con Jeremy.

—Sí. Breve, tórrida, indigna, lo que era de esperar. Y por supuesto, perdí a Joanna, cambié ese estúpido flirteo por la mejor amiga que he tenido... Bueno, la perdí hasta el mes pasado.

—¿Por qué el mes pasado?

Gesticulando con el cigarrillo y dibujando surcos con el humo, la mujer dijo:

—Me llamó un día, sin más, y yo me eché a llorar y me disculpé. Acabamos quedando para almorzar. Me contó que ella y Jeremy tenían problemas y que su

matrimonio había terminado. Le pregunté si él... Si había vuelto a engañarla. Y ella dijo que no, pero que ella sí.

—Ella tenía una aventura.

—Exacto. Hacía tiempo que fantaseaba con vengarse. Me dijo que lo había hecho impulsivamente..., seguramente como yo con Jeremy la primera noche..., aunque había evolucionado en algo más serio. Que quería contárselo a Jeremy y que se divorciarían. No tenían hijos, o sea, que sería... Pero entonces, la semana pasada, volvimos a almorzar juntas y me dijo que se lo había pensado mejor. Que últimamente Jeremy estaba encantador y que había vuelto a enamorarse de él.

—¿Y el hombre con el que se estaba viendo?

—Hablé con ella la mañana del día en que murió. Había quedado con él en el motel, uno adónde iban a menudo... pero pensaba cortar. —Tragó saliva y se apretó un puño contra la frente—. Aquella misma tarde, ¡la tarde del día en que murió!

—Tranquila, Laura... no se ponga nerviosa. ¿Qué más le dijo?

Agitándose con inquietud, ella contestó:

—Que iba a explicárselo todo a su marido. Pensaba que si podían perdonarse el uno al otro..., los dos habían fallado, al fin y al cabo..., podrían empezar de nuevo.

En la mente de Caine se formó una hipótesis rápidamente: ¿Un amante celoso podía haber atacado a los Burnett en el exterior de su casa? Imitando la masacre de la banda del día anterior para disimular.

—¿Quién era él, Laura? ¿Quién era el hombre?

—No lo sé. Eso no llegó a decírmelo. Una discreción comprensible. Pero yo creo que era alguien cercano a Jeremy.

—¿Por qué lo cree, Laura?

—Bueno, mire, empezó porque quería vengarse de su marido. Jeremy tuvo una aventura conmigo..., su mejor amiga. Por eso yo pienso que ella eligió a uno de sus mejores amigos. Para empatar.

Caine le dio las gracias a Laura Parker por su ayuda y le aconsejó que no dijera nada de aquello a nadie.

En el aparcamiento de la tienda, Caine ya estaba encajando las piezas...

El ADN del hombre con el que Joanna se había acostado el día en que había muerto —para despedirse de su aventura— identificaba a su amante como un afroamericano.

Gabe Nickerson encajaba en aquella descripción. Y otra cosa: era el mejor amigo de Jeremy.

Además, era un exagente de la DEA que estaba al corriente de lo que se guardaba en el almacén de pruebas del edificio federal.

Dirigió el Hummer hacia la casa de Nickerson.

Hacía seis meses —toda una vida—, Caine había estado en casa de Nickerson para celebrar una incautación de drogas especialmente importante, un caso que afectaba a varios departamentos y que habían dirigido Burnett y Nickerson contra los

Culebras.

Utilizando el teléfono manos libres, Caine llamó al juez Javier Ojeda a su casa; le había echado una mano cuando una prostituta murió en la ducha de Su Señoría. De modo que el juez no discutió mucho al pedirle Caine una orden de registro de la casa de Gabriel Nickerson.

A continuación, Caine llamó a Alexx.

—¿Cuánto tardaríais Toni y tú en ver si coinciden dos muestras de ADN?

—*No mucho. ¿Por qué?*

—Quiero que comparéis el ADN del compañero sexual de Joanna Burnett con el de la muestra del baño del Archer Hotel.

—*Lo haremos.*

—Comunícame los resultados en cuanto los tengas.

Su siguiente llamada fue para Speedle.

—Speed, llama a los demás y reúnos conmigo para ejecutar la orden de registro que encontraréis en mi fax.

—*¿Cuál es la dirección?*

Cuando Speedle se enteró de quién era el dueño de la casa, se quedó atónito.

—*¡No, H! ¿Está Gabe detrás de esto?*

—Al menos, del asesinato de Joanna. Y creo que del resto también.

—*Dios mío... Nos vemos allí.*

Caine no había avanzado mucho, con el sol poniente y el cielo encendido de púrpura y rojo en su retrovisor, cuando lo llamaron. Era Burnett.

—*Tenemos a Mendoza acorralado en Little Havana.*

Las manos de Caine se tensaron sobre el volante.

—¿Dónde?

Burnett se lo dijo.

—No te muevas, Jeremy. ¿Está Gabe contigo?

—*A mi lado.*

—No hagas nada hasta que llegue yo, ¡prométemelo!

—*Te lo prometo.*

—Si no por mí, Jeremy, hazlo por Joanna.

—*Horatio, por el amor de Dios. ¡Te lo prometo!*

Y Burnett colgó.

11

Morir con dignidad

Horatio Caine giró al este por Northwest Twenty-fifth Street, con la sirena aullando y las luces parpadeando en rojo y azul contra un cielo cuya oscuridad era casi completa; el anochecer finalmente dejaba suelto al fantasma.

Apretó los frenos, giró a la derecha y aceleró en la salida sur de la Palmetto Expressway. Sorteando el ligero tráfico del domingo en la SR826, Caine rezó por llegar a su destino antes de que Burnett y Nickerson atacaran el escondite de Mendoza; como CSI estaba acostumbrado a llegar al escenario cuando el tiroteo había terminado, pero esta vez deseaba fervientemente que no hubiera empezado todavía.

Su llamada para pedir que varios agentes uniformados llegaran antes que él al escenario se había complicado con la noticia de una batalla entre los Faucones y los Mitos en Little Haiti, que parecía tener ocupados a todos los coches patrulla disponibles de la ciudad.

—*Hay una guerra de bandas en marcha, teniente* —le recordó amablemente el telefonista.

Por un segundo, deseó que la guardia nacional ya hubiera llegado.

Habló por radio con los miembros de su equipo para informarles de adónde se dirigía y de lo que quería que hicieran en casa de Nickerson. Speedle le dijo a Caine que el detective Frank Tripp estaba en camino para reunirse allí con la unidad de CSI.

—*Pero volveré a llamarlo, H* —continuó Speed—, *y le diré que se dirija a Little Havana. Necesitarás refuerzos.*

—Bien.

—*H, Alexx está aquí, quiere hablar contigo.*

Speed se la pasó.

—*Horatio, no sé cómo lo supiste... pero el ADN del Archer y el del amante de Joanna coinciden.*

—Dile a Speed que te lleve algo de la casa de Nickerson para realizar otra comparación.

—*Realmente quieres colgarle la cuerda a Gabe Nickerson.*

—Más bien apretarle las esposas en la espalda.

Le dio las gracias a Alexx por la información, colgó el teléfono y después se maldijo, pensando que era cuestión de muy poco tiempo que Nickerson y Burnett actuaran. Si es que no lo habían hecho ya antes de llamarlo. Era muy fácil llamar a Caine después de los hechos y hacer ver que el tiroteo era inminente cuando en realidad ya había terminado...

Cogió una salida de la autovía, se pasó un semáforo en rojo al final de la calle y apretó fuerte el volante al doblar por Tamiami Trail. En cuanto hizo el giro hacia el este apagó la sirena y dejó sólo las luces encendidas. Quería llegar deprisa, pero tampoco quería anunciar su llegada antes de tiempo. Sin refuerzos, necesitaba el factor sorpresa a su favor.

El tráfico en Tamiami Trail era más denso que en la autovía, y los cuatro carriles avanzaban a la misma velocidad. En algunos coches iban familias que salían a cenar o se dirigían a la última misa, en otros sólo iban parejas que paseaban porque por fin el tiempo era bueno, después de varios días de un calor absurdo y nada de lluvia.

Moviéndose a un paso de tortuga que le hizo dudar de la eficacia de llevar puestas las luces, Caine fue avanzando hacia su destino. Tamiami Trail acababa en Southwest Eighth Street, la misma calle pero con un alias, algo muy común en Miami: casi todas las vías tenían al menos dos o tres nombres. Southwest Eighth o Tamiami, se llamaba Calle 8 en el corazón de Little Havana.

En cuanto Caine cruzó Southwest Twenty-seventh Avenue, el ambiente del barrio circundante cambió. Había más y más rótulos en español, los estéreos de los coches aullaban salsa, no rap, la mayoría de transeúntes de la acera eran sin duda hispanos. Se trataba de un barrio de trabajadores, de gente que había huido de la opresión para vivir el sueño americano. A Caine le gustaba la música y la comida de Little Havana, pero sobre todo le gustaban las personas. Todos los días luchaban por salir adelante y labrarse una vida mejor para ellos y para sus hijos.

También pasaban las noches batallando contra la influencia negativa de los Culebras y la cultura de las drogas, traída primero por Johnny *el Patán* Padillo y después fomentada por su sucesor, Antonio Mendoza.

Aunque los Culebras habían conseguido meter un pie en la zona, no habían podido apoderarse de ella del todo. A diferencia de Little Haiti, donde el difunto Andrew Chevalier lo había llevado todo con un puño de hierro enguantado de terciopelo, Mendoza se había enfrentado a la resistencia de grupos muy activos dentro de la comunidad hispana, como la panda con la que se había involucrado Ken LaRussa.

La dirección que Burnett había dado a Caine estaba al sur de la Calle 8 y, cuando finalmente tuvo la oportunidad, Caine dobló a la derecha. En cuanto entró en el vecindario residencial que había a pocas manzanas del ajetreo de las calles mayores, el tráfico desapareció. Aunque la Calle 8 estuviera constantemente asediada por los coches, sólo las personas que vivían en aquel tranquilo vecindario se aventuraban en las tortuosas calles laterales.

Varios giros a la izquierda, a la derecha, después recto y finalmente otra vez a la izquierda llevaron a Caine hacia el este, esta vez cerca de Shenandoah Park. Apagó el parpadeo y, media manzana más adelante, al acercarse a su destino, también apagó las luces. Al entrar en la calle no pudo evitar pensar que Burnett le había dado una dirección falsa.

Qué fácil para Burnett sería mandar a Caine en una persecución sin sentido mientras la venganza del agente de la DEA acababa con Mendoza. La terrible ironía era que Burnett estaría poniendo la guinda a la deslealtad de su excompañero, Nickerson, el hombre que —sin saberlo Jeremy— se había acostado y luego había asesinado a su amada esposa Joanna.

En la mente de Caine se había formado una hipótesis más o menos instantáneamente al oír la confesión de Laura Parker en la tienda.

Nickerson está aliado en secreto con Mendoza y suministra al señor de la banda drogas confiscadas por los federales y armas del almacén confiscadas a las bandas. Siempre cerca de su excompañero Jeremy —que todavía es agente en activo de la DEA y un peligro evidente—, Nickerson cede a sus emociones y se ve envuelto en un lío extraconyugal con la hermosa Joanna.

Cuando Joanna rompe con él y le dice que lo confesará todo a su marido, Nickerson utiliza la guerra de bandas como excusa para escenificar un ataque contra Jeremy; tanto Jeremy como Joanna son sus objetivos, pero el chaleco Kevlar salva al compañero de Nickerson.

Si eso era cierto, Jeremy corría el inminente peligro de que Nickerson escenificara de nuevo el asesinato del agente de la DEA ahora en el contexto de la detención de Mendoza.

Y —quizás el giro más irónico— la otra persona que estaba en peligro era el propio Antonio Mendoza: Nickerson podía matar al jefe de los Culebras o manipular al dolorido Jeremy para que lo hiciera. De un modo u otro se cubrirían los rastros de Nickerson y, al mismo tiempo, se ejecutaría un doble engaño al jefe de la banda.

Entonces, en el caos provocado por el enfrentamiento entre los jefes de las bandas, Nickerson asumiría el comercio ilegal de la droga en Miami. ¿Quién mejor para cumplir el ambicioso plan de montar una red de criminales que un hombre que había sido agente en Miami durante veinte años?

Y como indicaba la información de Alexx, el propio Nickerson había participado en la matanza del Archer, posiblemente con uno o con los dos Santoya —ahora muertos—... a los que Nickerson había ejecutado más tarde.

Sin embargo, la llamada de Jeremy complicaba las cosas: Nickerson sabía que Caine venía, lo cual representaba que el CSI estaba dirigiéndose a una trampa, una emboscada en la que tanto él como Jeremy parecerían las víctimas de una redada en un refugio de una banda.

Podía esperar a los refuerzos, Tripp no tardaría en llegar. Pero si esperaba, Jeremy podía morir...

Fue a la manzana indicada y vio el coche de Burnett aparcado un poco más adelante, a la izquierda. Caine aparcó el Hummer detrás del vehículo. Salió y cerró la puerta lo más silenciosamente posible; miró dentro del coche de Burnett y no vio nada ni a nadie.

Todo parecía en calma. De hecho, el vecindario entero parecía presa de una

tranquilidad fantasmal, no se oían teles, ni radios, ni niños chillones. Era como en un estereotipo cinematográfico: «Tranquilo, demasiado tranquilo».

La casa de la dirección que le había dado Burnett estaba dos puertas más arriba, al otro lado de la calle. Con el máximo sigilo del que era capaz, avanzó lentamente, con la nueve milímetros en la mano, la placa colgando de una cinta al cuello —al fin y al cabo, andaba por un barrio con un arma, de noche—, buscando sin parar con los ojos algo fuera de lugar o un movimiento delator.

Ahora las nubes tapaban la luna y las pocas estrellas no brillaban. El tiempo, que unos escasos minutos antes era bueno, parecía haber cambiado para adaptarse a aquella calma espeluznante; el aire era caliente y húmedo, y Caine, mientras avanzaba, se sentía como si intentara respirar bajo el agua.

La casa tenía dos pisos y era de listones de madera. La mayoría de viviendas de este tipo que había en el barrio se habían derribado para construir otras de ladrillo, más fáciles de mantener y también más resistentes a las tormentas costeras del sur de Florida.

No había luces en la casa, y pocas en las casas vecinas. Aunque era temprano, parecía que todo el mundo se hubiese ido a la cama. Mirando a los lados mientras iba acercándose, Caine no vio señales de Burnett ni de Nickerson. Temió que ya estuvieran en la casa.

Tampoco se veía a Frank Tripp por ninguna parte.

El patio, como el de los vecinos, era pequeño, aseado y sin trastos. Las casas de aquel lado de la calle estaban silenciosas, eran casi todas de ladrillo oscuro, y Caine se preguntó si el agente de la DEA y su excompañero se habrían instalado en alguna de ellas. Había algunos coches aparcados en la calle, pero Caine no vio ninguna figura sentada en ellos, ni delante —un viejo truco de vigilancia— ni detrás.

Estaba mirando la casa —una residencia modesta que podía ser un escondite perfecto y seguro para un señor de la droga— preguntándose qué hacer a continuación, cuando se iluminó una ventana del piso superior y el estrépito de un tiro rompió el silencio.

Después se iluminó otra ventana y se oyeron dos tiros más, un poco apagados, procedentes del interior de la casa.

De repente Caine entendió la insólita calma del vecindario: era miedo. Seguramente aquéllos no eran los primeros tiros de la noche.

Con la nueve milímetros en la mano, Caine corrió al porche principal, donde vio que la puerta estaba entreabierta. Se agachó para no ser un blanco fácil y abrió la puerta de un empujón...

La habitación estaba oscura, no había luces en la casa. Con la pistola en la mano derecha, asió la pequeña linterna con la izquierda...

Caine tenía una buena vista del salón, a la izquierda, y una escalera frente a él. El salón recordaba al de la casa de Santoya: sofá negro de piel, sillón, mesa de cristal y mesita de café, una gran pantalla de televisión.

En el suelo de parqué de la vieja casa —el interior había sido reformado— había dos Culebras, uno a la izquierda, cerca del sofá, y el otro más o menos a la derecha del campo de visión de Caine; estaban boca arriba, y los tiros que tenían en la cabeza indicaban que estaban muertos.

Caine se escabulló dentro, con la pistola a punto, y apretó la espalda contra la pared. Encendió la luz para examinar el resultado de la matanza y, sin adentrarse en la habitación, interpretó los hechos con facilidad: el hombre más cercano a Caine había abierto la puerta y le habían derribado sin dificultades, mientras el otro recibió el tiro mortal al levantarse del sofá. Había un par de pistolas junto a los muertos, seguramente las suyas.

Caine escuchó atentamente.

Oía voces apagadas arriba. La entrada a la cocina dejaba ver una habitación pequeña y vacía, aunque podía haber algo acechando allí dentro. A la izquierda, cerca, contra la pared, estaba la escalera, de estilo abierto: tres escalones hasta un rellano seguidos de un tramo hasta otro rellano, detrás del cual era de suponer que los peldaños giraban a la izquierda.

En ese tramo medio yacía otro Culebra, con unos ojos abiertos que no veían nada y gran parte del contenido de su cráneo aplastado y esparcido por la pared de detrás, una pintura abstracta a la espera de un marco. La pistola en la mano del muerto podría haber formado parte de un engaño diferente, aunque también podría ser que la hubiera sacado para defenderse.

Caine empezó a subir la escalera, intentando no hacer ningún ruido y —CSI hasta la médula— no destruir las pruebas alrededor del cuerpo caído por encima del cual pasaba.

A media escalera, en el rellano, los peldaños hacían un giro inesperado. Había otra puerta enfrente y —mientras subía cautelosamente el tramo restante— empezó a oír la conversación. Ahora con claridad.

La voz de Jeremy Burnett decía:

—Está muerto y bien muerto.

—Bien —dijo Gabe Nickerson—. El mío también ha ido a ver a Jesús... Horatio ya no puede tardar.

—Ya estoy aquí —dijo Caine.

Una vez en lo alto de la escalera, el CSI entró en el amplio rellano cuadrado al que daban las puertas de varios dormitorios, incluida la puerta abierta de un baño, cuya luz encendida le permitiría ver.

Nickerson estaba de pie en un umbral a la derecha, y Burnett estaba agachado sobre el cadáver de Antonio Mendoza —tenía una automática del 45 en la mano— en otro umbral, a la izquierda.

Los dos hombres iban vestidos de negro, al estilo ninja, pero sin máscaras, y los dos llevaban una automática Desert Eagle en la mano.

—Te lo has perdido —dijo Nickerson, sonriendo—. No veas qué tiroteo.

—Gabe —dijo Caine—, quiero que sueltes la pistola, con calma, y que la dejes en el suelo. No quiero que se dispare. Jeremy, sé exactamente lo que ha pasado, haz lo mismo.

Parpadeando, Nickerson dijo:

—Horatio, no puedes...

—Sí puedo. Haz lo que te digo.

Nickerson y Jeremy se miraron y se encogieron de hombros. Después lanzaron las pistolas hacia Caine por el suelo desnudo; se detuvieron inofensivamente sobre la madera pulida.

Todavía en el umbral a la derecha de Caine, Nickerson levantó las manos, pero no del todo. A la izquierda, Burnett se quedó agachado sobre el cadáver de Mendoza; sin embargo, no levantó las manos. Por supuesto, Caine no se lo había pedido...

—Un tiroteo, ¿eh, Gabe? —dijo Caine—. ¿La matanza del día de San Valentín también fue un tiroteo? El asesinato de tus mercenarios, los Santoya, y la conferencia de paz en el Archer, ¿fueron tiroteos?

Nickerson sonrió de nuevo.

—¿Quieres que diga algo, Horatio? No me has leído mis derechos todavía.

—Cuando se ha sido policía... Gracias por el consejo —dijo Caine.

Le leyó los derechos, pero la posición de cada uno —Caine de espaldas a la escalera, Burnett agachado sobre el cadáver y Nickerson con las manos levantadas— no varió.

—¿De qué va esto, Horatio? —preguntó Burnett.

—Bueno, dejaremos que hablen las pruebas cuando llegue el momento.

—¡Por favor, tío! ¿De qué demonios va esto?

Caine hizo un ligero gesto con los hombros y dijo:

—Compartiré contigo una pequeña prueba, Jeremy. Tu amigo Gabe dejó una gotita de sí mismo en el Archer Hotel, una diminuta muestra de orina que lo sitúa en el Archer en el momento de la matanza.

En realidad, no se habían comprobado todas las pruebas sobre ese punto: el tirador del Archer Hotel era el amante de Joanna y el ADN identificado era de un afroamericano, pero Caine se sentía lo bastante seguro para hacer la afirmación frente a Nickerson y soltar un farol que podría desencadenar una confirmación voluntaria.

—No me lo creo —dijo Jeremy.

Caine continuó:

—La misma muestra de ADN se ha comparado con el semen hallado en el cuerpo de Joanna. Ella y Gabe tuvieron relaciones sexuales unas horas antes de que él mandara a los Santoya a mataros...

Burnett meneó la cabeza.

—Qué tontería. ¿Gabe y Joanna?

—No lo escuches, compañero —dijo Nickerson.

—Tenían una aventura —repuso Caine—. Quería vengarse de ti por tu lío con

Laura Parker, su mejor amiga. Así que ella y tu mejor amigo... ¿Te haces una idea?

Mirando furiosamente al hombre que tenía frente a él, Burnett dijo:

—Gabe..., me has mentido...

Nickerson, alarmado, dijo:

—¡Está jugando contigo, Jeremy!

La mirada de Burnett se desvió hacia Caine.

—Estás jugando conmigo, Horatio... Joanna me amaba. Sé que me amaba.

—Te amaba —dijo Caine—. Por eso cortó con él... y tenía pensado decírtelo. Y por eso Nickerson quería que muriera.

Y en ese momento Caine lo supo: se dio cuenta del error que había cometido. Jeremy no era el blanco, nunca lo había sido: era sólo Joanna.

La idea apenas había cruzado la cabeza del CSI cuando Burnett, todavía agachado, cogió la 45 de los dedos inertes de Mendoza y, poniéndose de pie de un salto, disparó contra Nickerson, que ni siquiera tuvo tiempo de bajar las manos; la cabeza del hombre explotó salpicando sangre, huesos y masa cerebral, y su cuerpo cayó hacia atrás en el suelo, como un saco de grano caído de un camión.

—¡Suéltala, Jeremy!

Caine y Burnett estaban ahora cara a cara —apenas a dos metros de distancia— con las respectivas pistolas a punto.

Los rasgos de Burnett estaban tan tensos como su puño cerrado, las venas le sobresalían de la frente bajo el flequillo oscuro de César.

—Me mintió. Hijo de puta...

—Baja el arma, Jeremy, no vas a ir a ninguna parte.

Como para subrayar la advertencia de Caine, las sirenas sonaron en la noche. Lejanas, apagadas, pero acercándose...

De todos modos, Burnett no bajó el arma.

—Me... me dijo que Joanna lo había descubierto... que había descubierto que...

—Que tú y Nickerson trabajabais juntos. En lo de las drogas. Con otro socio, el difunto Mendoza, que probablemente os ayudó durante años a organizar redadas para confiscar droga; poca cosa para él, pero mucha para sus competidores.

—Eso... eso son suposiciones, Horatio. Cíñete a las pruebas.

—No son suposiciones, son afirmaciones basadas en las pruebas. —Caine entornó los ojos—. Gabe te dijo que Joanna había descubierto el negocio que os traíais tú, él y Mendoza juntos. Que sabía que os estabais expandiendo, que planeabais apoderaros de todo el comercio de droga de la ciudad y colgarle a Mendoza la guerra de bandas que habíais puesto en marcha para vuestro golpe de Estado secreto.

Las sirenas estaban acercándose.

Burnett, con los ojos borrosos pero el arma todavía apuntando a Caine, dijo:

—Sí... sí. Él me dijo que Joanna..., que lo sabía. Y Joanna era la persona más honesta del mundo... Ya sabes lo idealista que era... con todas sus causas. Y... Gabe

dijo... dijo que tenía que desaparecer.

—Y tú se lo permitiste, Jeremy. Hasta te pusiste en la línea de fuego, porque sabías que tu chaleco te protegería. Código Naranja, ¿verdad? Y te pusiste delante de ella, para protegerla instintivamente en el último minuto, para quedar mejor... ¿Qué más da? Ayudaste al asesino de la mujer que te amaba.

Burnett tragó saliva.

—A la que yo... a la que yo amaba.

Las sirenas seguían aullando.

El CSI prosiguió:

—Las emociones son algo curioso, mira cómo permití que nuestra amistad me cegara. Debería haber sabido, casi desde el principio, que te equivocabas demasiado con la matrícula... ¿Un observador entrenado como tú? Cuando vi la matrícula real del Lexus, en casa de los Santoya, me di cuenta de lo equivocado que estabas. Intentabas colgárselo a Calisto, es evidente. Pero yo estaba ciego. Por la amistad.

Burnett meneó la cabeza.

—Sé que nunca lo comprenderás, Horatio... pero después de tantos años en la DEA, trabajando para arrestar a tipos que... que volvían inmediatamente batallando contra un problema que jamás desaparecerá. Gabe y yo... al principio, era sólo un plan de jubilación, pero...

—Pero os volvisteis codiciosos. Queríais ser los Caracortada de las bandas. Y por eso Gabe creyó que Joanna tenía que morir, porque si te contaba su aventura con él, quién sabe lo que habrías hecho. Quién dice que no lo habrías matado...

Burnett levantó un poco más el arma y de repente su brazo parecía más firme. Y su mirada. Había tomado una decisión.

—Dispara, Horatio.

—¿Qué?

—Dispárame, o yo dispararé contra ti...

—Baja el arma, Jeremy.

La sonrisa del hombre era sólo una sonrisa en teoría.

—¿Te pido demasiado? Dispárame, pon tu arma en la mano de Mendoza y cuéntales cualquier historia. Tienes la casa llena de pandilleros muertos y dos agentes de la DEA muertos... Puedes ahorrar mucha vergüenza a todos los cuerpos de policía.

La risa de Caine fue breve y lúgubre.

—¿Y que quedes como un héroe? ¿Y Gabe también? Ni hablar.

Las sirenas ya estaban frente a la casa y se apagaron de golpe.

—Concédeme esto, Horatio... Éramos amigos. No me hagas apretar el gatillo... No quiero disparar contra ti, Horatio. Pero juro que lo haré si no me ahorras esta miseria.

—No.

La barbilla de Burnett se tensó.

—¿No puedes dejarme morir con cierta dignidad, por el amor de Dios?

El brazo de Burnett se tensó, su dedo se cerró un poco más sobre el gatillo... y Caine disparó una vez, dos veces, tres veces.

Las balas dieron a Burnett en el torso, como si le hubieran clavado tres espinas, y le mandaron hacia atrás, a través del umbral de la puerta.

Caine saltó por encima de Mendoza y entró en el dormitorio, donde yacía Jeremy Burnett, con la mirada ciega puesta en el techo. El CSI se guardó el arma y se colocó los guantes de látex, después se inclinó para recoger la 45 que Burnett había soltado al caer.

La cara de Burnett se volvió hacia Caine:

—Eres... eres un hijo de puta.

Caine dirigió a su viejo amigo una sonrisa tensa.

—Sabía que llevarías puesto el chaleco Kevlar, por eso disparaste a Gabe en la cabeza. ¿Quién sabe cuántas costillas te habrás roto esta vez?

—Eres un hijo de... No podías hacerlo, no podías dejarme morir con honor.

Caine se puso de pie y miró a Burnett.

—Jeremy, esto no funciona así, no puedes morir con honor... si no vives con honor.

Burnett no dijo nada más.

El CSI recibió al asombrado detective Tripp, que apareció en lo alto de la escalera empuñando el arma.

—¿Qué demonios...?

—Podemos empezar con que he visto cómo Jeremy Burnett ha asesinado a Gabe Nickerson —interrumpió Caine—. Burnett está ahí dentro. Esta casa no se ha examinado. Léele los derechos a Burnett, por favor. Y sácalo de aquí. No quiero que esa basura contamine más mi escenario del crimen.

Y Horatio Caine bajó y dejó que Tripp y sus policías uniformados hicieran su trabajo. Cogió el móvil y llamó a Speed. Pidió a su personal, que estaba trabajando en casa de Nickerson, que se presentara en el refugio de Mendoza.

Como había dicho a Tripp, tenían un nuevo escenario del crimen que investigar.

Del mismo modo que Caine se había negado a mentir para proteger la reputación de Jeremy Burnett, las pruebas insistían en contar la verdad.

Toni Escobedo, la técnica de ADN, tras comparar una muestra de la casa de Gabe Nickerson —tomada del cepillo de dientes del difunto exagente de la DEA— con el ADN de la gota de orina que Caine había recogido del hotel, demostró de forma concluyente que Nickerson había orinado en el retrete del Archer Hotel antes de que él y Burnett bajaran y mataran a los tres traficantes y sus lugartenientes.

Las huellas electrostáticas recogidas en el baño del Archer coincidían con las botas de Nickerson, y las huellas de la casa de los Santoya coincidían con las de

Burnett: las mismas botas que el dúo había llevado en su última matanza, en la casa franca de Mendoza.

Tyler Jenson, el especialista en imagen, había mejorado hasta lo suficiente la cinta de vídeo de la sala de pruebas del James Lawrence King Federal Office Building para que se viera a Burnett y a Nickerson mientras dejaban droga falsa en lugar de la droga auténtica que se habían llevado, y también mientras sacaban armas de las cajas de seguridad.

Aunque Ken LaRussa fuera inocente, estaba acabado como candidato político, y era probable que perdiera su puesto como fiscal del Estado, después de permitir que aquello ocurriera bajo su mando... y en sus mismas narices.

Caine sabía que algunos dirían que Burnett y el difunto Nickerson eran unos héroes por matar a unos traficantes de drogas, sin importar las circunstancias. La tesis de los periódicos sensacionalistas sería que los dos antiguos agentes de la DEA eran como vigilantes, no aspirantes a señores de la droga.

Caine estaba dispuesto a concederles esa «dignidad», esa pizca de «honor».

Caine se reconoció responsable del asesinato de los Santoya. Eran asesinos, pero había sido él quien le dijo a Burnett que el equipo del CSI estaba buscando a los primos, y había dado a los agentes de la DEA la oportunidad de limpiar su rastro antes de que la policía y el grupo del ERS llegaran al escenario del crimen.

También había llegado tarde para salvar a Mendoza y sus guardaespaldas. Lo lamentaba, por mucho que la muerte de un jefe de banda sin escrúpulos pudiera considerarse un beneficio para la comunidad.

Hacía una semana, Miami era el hogar, aunque contra su voluntad, de cinco bandas importantes. Ahora todos los jefes estaban muertos, y docenas de pandilleros habían muerto en un estallido de violencia que terminó cuando los medios de comunicación se apresuraron a sacar la historia del golpe planeado por Burnett y Nickerson.

La guardia nacional no ocuparía Miami, al menos hasta el próximo huracán...

De todos modos, el problema de las drogas no desaparecería, y las mismas bandas —en cuanto se reagruparan y apareciera un nuevo liderazgo— sin duda volverían a prosperar. Lo hacía inevitable la realidad de la situación y la población de Miami.

Y Horatio Caine no disfrutaba con la mala prensa que adquirirían, sin poder impedirlo los cuerpos de seguridad, ahora que los medios se regodeaban con la imagen de policía corrupto y codicioso del agente de la DEA Jeremy Burnett, que se había embolsado dinero a costa de la triste realidad de los pobres infelices adictos a las jeringuillas que llenaban sus brazos de droga.

Por supuesto, podía hallarse cierta gratificación en la seguridad de que algún día Jeremy Burnett se enfrentaría a su propia jeringuilla, concretamente, a una inyección letal.

El domingo por la noche inspeccionaron la casa de Mendoza —de hecho, fue a primera hora de la mañana del lunes—, y después los CSI se reunieron en la central,

en la sala de conferencias, para que Caine los felicitara a todos.

A pesar de lo cansados que estaban, les pudo la curiosidad; se habían pasado seis horas recogiendo pruebas en el escenario del crimen, y ahora querían entender lo que había sucedido. Caine se lo explicó: dos policías presuntamente honestos como Burnett y Nickerson podían volverse corruptos. Al principio, Caine se negó a hacer comentarios al respecto.

—No lo sé, H —dijo Speed—, en cierto modo es fácil ver que hombres como Jeremy Burnett y Gabe Nickerson se sentían tan frustrados en el trabajo que... ya sabéis...

—¿Que esa desilusión finalmente se tornó en cinismo? —preguntó Alexx.

—Sí —dijo Speed asintiendo con la cabeza.

—Y después en codicia —apuntó Delko.

—Creo que fue una cuestión de poder —dijo Calleigh—. Imagínate, finalmente por encima de los señores de la droga... ejecutando sin ningún temor a los mismos criminales que se les habían escabullido en todos esos años.

—Y después apoderándose de su negocio —dijo Delko con una mueca de disgusto.

—Sí, ya lo veo —asintió Speed.

Y Horatio Caine dijo:

—¿Sabéis qué?

Todos le miraron.

—Yo no lo veo.

Con esto, la última palabra de su jefe, la Unidad del Crimen CSI se retiró cada uno a su casa. Tenían el día siguiente —u hoy, que ya era lunes, al fin y al cabo— libre.

Al menos en teoría.

Notas

[1] Las matrículas de Florida pueden llevar diferentes diseños: una naranja, un delfín... *(N. de la T.)* <<